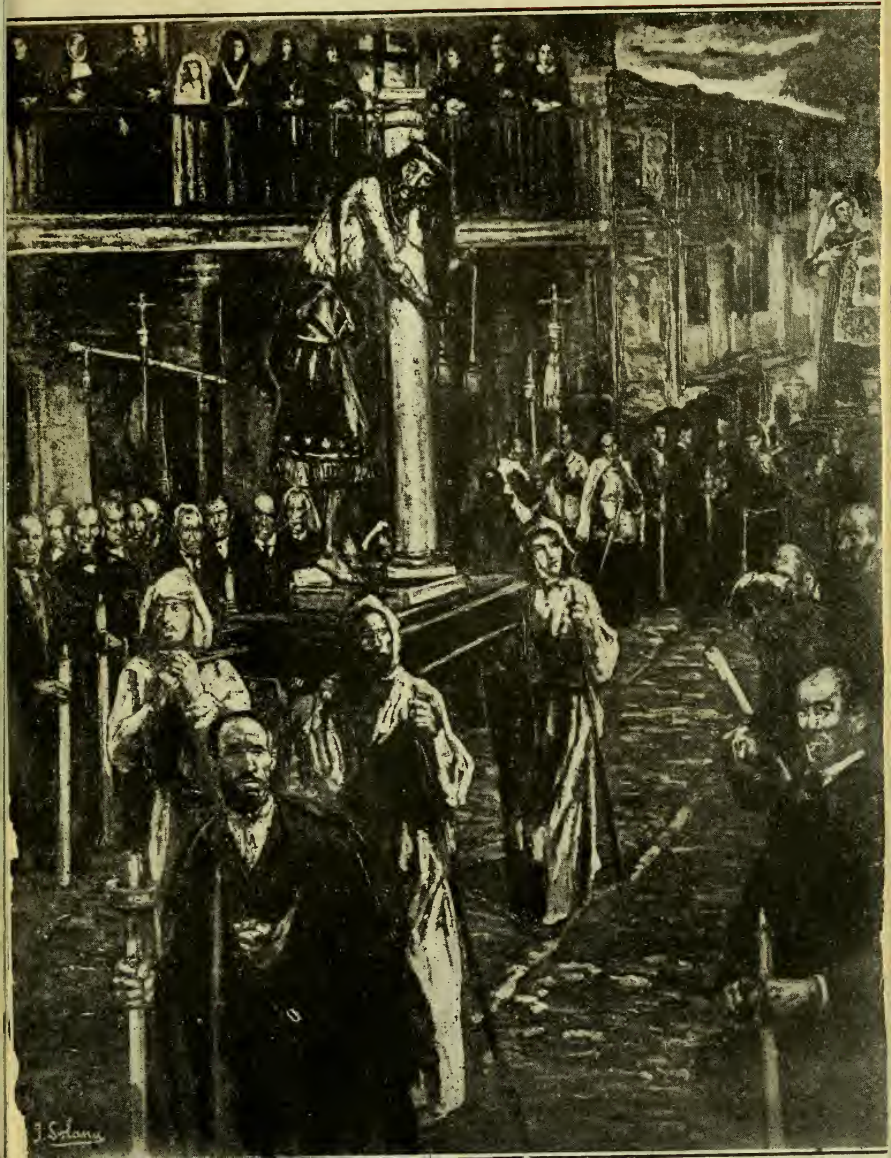
the
university of
connecticut
libraries

hbl, stx DP 223.5.G88 1920
Espana negra.
3 9153 00518942 0

Ir/223/.5/G88/1920

José Gutiérrez-Solana

La España negra



LA ESPAÑA NEGRA

OBRAS DE

José Gutiérrez-Solana

Madrid: Escenas y costumbres (1.ª serie).

Madrid: Escenas y costumbres (2.ª serie).

La España negra.

EN PREPARACIÓN:

Madrid y sus pueblos.

JOSÉ GUTIÉRREZ-SOLANA

LA ESPAÑA NEGRA

MADRID

1920

PRÓLOGO DE UN MUERTO

PRÓLOGO DE UN MUERTO

Yo, lector, tenía anunciado hace seis años, pero en proyecto más de quince, escribir un libro llamado La España negra; tenía ya empezados los primeros artículos, por los que tuve que emprender muchos viajes y no pocos sacrificios y molestias, y más tarde, a fuerza de trabajo, pues todo cuesta trabajo, casi terminado el libro, me encontré con el rabo por desollar: me faltaba lo principal, me faltaba el prólogo. ¿Sería incapaz de hacerlo? ¿Tendría que recurrir a otro?

Esto me tenía atrozmente preocupado, pues yo, desde chico, había oído decir que sólo los dementes y los niños están incapacitados, y la sola cosa de ir a casa de Esquerdo o ponerme la chichonera de una criatura en la cabeza a mi edad, agriaba mi carácter, me ponía fuera de sí. Además oía continuamente una voz escalofriante, una voz que me producía calambres y que me repetía a todas horas: tú no verás publicado tu libro; si lo llevas a un editor, te lo rechazará; tienes que tener en cuenta que todos los editores y libreros son muy brutos, y que la mayoría, antes de serlo, han sido prestamistas o mulas de varas, y si lo llegaras a dar a la estampa por tu cuenta, no dejaría de ser un atentado a la Academia de la Lengua; esto no te debe preocupar, porque todos los académicos no son más que idiotas, mal intencionados.

Pero te veo muy mal; tu salud está muy resentida; cada

día bebes más vino, más cerveza, más alcoholes y fumas más, y el día menos pensado haces crac, como una bota vieja; en fin, tú verás; lo mejor que puedes hacer es acostarte temprano y cuidarte.

Estas fatídicas palabras parece que se han cumplido. Yo me he muerto, lector, creo que me he muerto; este libro quedará sin prólogo.

Aquel maldito dolor de cabeza, aquel resonar de huesos, aquella distensión de los tendones que parecía arrancar la carne, tenía que terminar en tragedia, y así ha sucedido.

¿Era yo el que estaba metido en un ataúd muy estrecho, con unos galones amarillos y unas asas y cerraduras que tenían puestas las llaves pintadas de negro como los baúles del Rastro, y la tapa que iba a encerrarme para siempre, arrimada a la pared, con una larga cruz amarilla y con mis iniciales J. G.-S. en tachuelas tiradas a cordel, y una ventana encima de estas letras con un cristal?

Así ha sucedido; soy yo el que me veo entre cuatro velas, que proyectan fantásticas sombras en la habitación y que es lo único que me distrae en esta soledad; tengo los brazos rígidos a lo largo del cuerpo; en las mangas se me han hecho algunas cortaduras (1), lo mismo que en el pantalón, por las que asoma el blanco de la camisa y el calzoncillo. Un pañuelo negro, que seguramente subió la portera, oprime fuertemente mi mandíbula y deja marcada una raya en el pelo, que tengo algo crecido, seguramente lo puso para que no se desarticulara mi mandíbula y no me desfigurara; para mí es un tormento; varias veces he intentado chillar,

---

(1) Entre la gente del pueblo y pobre que viste a los muertos, existe la costumbre de hacer estos cortes con una tijera en la ropa cuando está en buen estado, pues creen que es la manera de hacerla respetar de los violadores de sepulturas, que en otro caso se apoderan de ellas para usar las o venderlas en las prenderías.

abrir la boca; pero este pañuelo parece de hierro, me oprime con tal fuerza que me impide hacer el menor movimiento; la lengua la tengo seca, como de papel, y siento las venas de mis sienes hacer tic tac al compás de un viejo reloj de caja alta que tiene un ventano tapado con un cuero por el que se asomaba a cantar un gallo al dar las horas; su péndulo daba de vez en cuando en los costados de la caja con un ruido seco parecido a los huesos de una calavera muy pesada. Los ojos los tengo cerrados, pero veo tan claramente la habitación como cuando tenía vida. Los balcones están abiertos de par en par y corridas las persianas; de vez en cuando llega distante hasta mí el ruido de las ruedas de algún carro o el taconeo de algún transeúnte sobre las losas. Lo que más me inquietaba y me producía verdadero horror es el no oir pasos en toda la casa; parecía ésta desierta, nadie me velaba, se habían olvidado de mí; una mosca se posó en mi mano y la recorrió durante un largo tiempo; yo la notaba, pero ella hacía su recorrido sin la menor preocupación sobre una cosa inerte como una mesa, un trapo; sentía muy cerca el olor de los cirios, que chisporroteaban y que con el viento que entraba por los balcones daban siniestros bandazos a lo largo de las paredes, y creía adivinar a través de los cristales de una larga vitrina pintada de negro, cuyos estantes estaban llenos de figuras góticas de maravillosos policromados, la sonrisa burlona y casi humana de una virgen primitiva a la que yo tenía gran cariño, con la cara muy brillante y blanca como un «clonws»; era la única nota optimista entre tanta tristeza; corría la cera y caía en gruesas gotas sobre la alfombra con un ruido seco y desagradable; de pronto el viento hizo que rodara un candelabro hasta mi caja; sentí el terrible pánico de ser quemado, quise gritar, pedir socorro, pero fué en vano; ni un grito salió de mi garganta; quise mover mis brazos, pero fué inútil, estaban rígidos; hice un supremo esfuerzo por

incorporarme, pero no pude conseguir ni moverme una línea; la luz fué disminuyendo por momentos; sólo veía pequeñas lucecitas por el techo parecidas a estrellas; luego nada, estaba muerto...

Una brusca sacudida dada a mi ataúd debió despertarme; luego un hombre, grotesco como un enano, me cogió del cuello de la americana, me sacó de la caja, y quitándome el maldito pañuelo me hizo poner de pie como un muñeco. ¿Dónde están los baúles, que llevo dos horas esperándote a la puerta con el carro? Estás borracho, eres tonto. ¿No decías que te llamase temprano?

Este enano había coincidido con la hora de mi entierro, cuando estaba el coche fúnebre a la puerta de mi casa y todo el acompañamiento esperándome para llevarme a enterrar en el cementerio de hombres ilustres. Al entrar tiró a un cura de bruces en la habitación, que venía a echarme el responso; atropelló a los viejos del asilo, que estaban en el portal con sendos cirios en las manos, y discutía a grandes voces con un hombre que tenía nariz de porra y el sombrero calado hasta las orejas, el dueño de la funeraria, que con cuatro criados, vestidos con delantales negros hasta los pies, se empeñaban en meterme dentro del ataúd y echar la llave a la cerradura; el dueño daba órdenes para que me bajasen al coche de muerto; que si yo no estaba contento con aquel ataúd irían a por otro mejor; pero que me tenían que llevar al cementerio, pues ellos no querían quedar en ridículo. Pero mi hombre me zarandeó de lo lindo, y gracias a ésto recobré el conocimiento y evitó el triste fin de que fuera enterrado vivo.

Poco después sentía que me quitaban las botas, y que entre él y mi criada me metían en la cama, con una botella de agua caliente a los pies; me pusieron sanguijuelas y me tomé algunas medicinas que él mismo preparó.

Yo no sé el tiempo que estuve durmiendo. A la mañana

siguiente me encontré con el traje y las botas llenas de polvo; me puse a cepillarlos como sacudiendo el polvo del cementerio; mi baúl, con cantoneras y mis iniciales en tachuelas doradas, estaba sin hacer.

Me volví a acostar, y cuando me disponía a dormir, una cortina se levantó y entró un hombre muy bajito sin dar los buenos días, con cara de besugo, todo boca y orejas, y dijo: «¡Levántate, hombre, y anda! ¡Yo esperando abajo con el burro y tú sin levantarte y como un muerto en la cama! Haz la maleta, que vas a perder el tren como ayer.» Me tiró de las piernas y me hizo salir de la cama y ponerme de pie, y sin darme casi tiempo para arreglar mis cosas, me encontré en el portal, luego en la estación, y un poco más tarde estaba perfectamente acondicionado en un vagón de tercera; sonó el pito del jefe de la estación, se cerraron las últimas portezuelas de los coches y el tren emprendió su marcha camino de Santander. Yo, desde la ventanilla, un poco conmovido, mandé un último saludo a este pequeño hombre, a quien tan agradecido tenía que estar.

SANTANDER

SANTANDER

Ha progresado mucho. Hoy está haciendo un magnífico edificio de Correos, un Banco de España, un flamante teatro. El antiguo se quemó; era un venerable teatro, en el que cantó Tamberlik. Sus paredes, hoy arregladas, sirven para almacén. Ha hecho también un gran hotel a la moderna, con todos los adelantos, y una gran avenida con el nombre de una ilustre dama, y un palacio, estilo inglés, en la península de la Magdalena, que ha regalado a los reyes. Ha cubierto de tierra el muelle, formando un bulevar bordeado de plátanos. Ha derribado el antiguo Casino del Sardinero para construir uno más grande y más blanco, en el que unos señores, vestidos con chaquetas encarnadas y pantalones cortos, salen a tocar a la terraza.

Hay también un real *tennis* en la Magdalena, con premios; un real Tiro de Pichón, con premios también, donde se fusila impunemente a estas aves, mientras las damas, vestidas con trajes ligeros y vaporosos, toman el té, y unas reales carreras con muchos más premios. Pero nosotros sentimos más admiración por el viejo Santander de hace algunos años. Todavía no estaba hecha la estación del ferrocarril de Bilbao; lo que son hoy los jardinillos del muelle era entonces agua; los barcos anclaban hasta muy cerca de las casas del muelle, y en lo que hoy son paseos y hay estatuas y fuentes, veíamos en seco y varados, cuando la marea era baja, los pataches, traineras y algunos barcos de

vapor. A lo lejos, alguno de alto bordo, que hacía el viaje a la Habana, a la Argentina, a Veracruz, aquellos barcos en que ponían sus ojos los que les parecía la Montaña pequeña, los que querían medrar.

La orilla del muelle la constituía una hermosa calle de fincas altas y macizas, todas patinadas por la humedad y la lluvia, algunas venerables por su antigüedad, como la del Gobierno civil y la que hoy sirve de albergue al Banco de España; pero entre todas se destacaba la que mandó construir mi tío D. Antonino, llamado *el Pasiego*, a su regreso de Méjico; es una enorme y cuadrada casa de piedra sillería, desde los cimientos al tejado; en la azotea tenía un juego de bolos, que hubo que suprimir por temor a que alguna bola perdida fuera a caer sobre la cabeza de algún transeúnte.

Estas viejas casas del muelle tenían unas hermosas vistas: por un lado la bahía en toda su extensión, y por la parte posterior la plaza de la Libertad, en cuyo centro había un quiosco de música, que no tardará en ser sustituído por la estatua de los héroes de la libertad, Daoiz y Velarde, que ya desmontada de la plaza del Pescado espera su colocación. Aquí tocaba la banda municipal y cantaba el Orfeón Montañés trozos escogidos de los valses de Baudofil, sobre las olas, los aires montañeses, trozos de ópera y zarzuela ya en desuso; en fin, toda esa música que ha oído una generación de santanderinos durante las mañanas y tardes de los días de fiesta y en las noches de verano y de ferias. Las plantas bajas de las casas del muelle las constituían en su mayoría oficinas de comerciantes que habían hecho el dinero céntimo a céntimo y pulso a pulso, o comercios más o menos ricos; en éstos se podía tomar el pasaje para la Habana, Veracruz, Buenos Aires, y los marineros podían adquirir redes, aparejos, trajes de hule, anzuelos y toda clase de menesteres para la pesca.

También había antiguas tiendas de comestibles, en donde se hablaba inglés y en las que se vendía la dura galleta para los barcos, pues entonces no había los refinamientos de hacer pan en ellos. Entre éstas se distinguía la de Charles.

En algunas de estas oficinas se sentaban por la tarde los señores graves con grandes levitones, hablando de política, de las oscilaciones de la Bolsa y de la entrada y salida de los barcos mercantes. La mayoría eran ingleses, que venían de Glasgow, Liverpool, Newcastle y Cardiff. Los capitanes de estos barcos tenían la cara roja y el cuello curtido por el mar; mascaban unas pastillas de un tabaco prensado muy duro y negro; era gente de mucha sangre fría y valor, que a veces se hacían a la mar en plena tormenta por haber dado su palabra de que en tal fecha se hallaría en el punto de su destino. Por la noche salían a pasear por el muelle y a beber copas de aguardiente en los cafés. Los marineros cambiaban el tabaco inglés de pipa por el de cajetillas españolas, por gustarles mucho; eran de una generosidad tan grande, que al pisar tierra gastaban todos sus ahorros y daban muchas propinas; alguna vez ocurría un suceso trágico: uno de estos marineros, que se había perdido de sus compañeros y estaba borracho, iba dando traspiés por los muelles a altas horas de la noche, cuando estaban apagados los faroles, y andando a tientas buscando su lancha para ir a su barco, dándose una costalada se caía al agua y se ahogaba. En las plantas bajas de las casas del muelle había antiguos cafés: El Áncora, El Suizo, donde había reuniones de comerciantes y militares y se jugaba desaforadamente al chamelo y metían un gran ruido con las fichas, como si quisieran romper el mármol de las mesas. En estos cafés parecía prohibida la entrada a las señoras, pues no se veía más que, como cosa exótica, alguna extranjera o forastera.

Las señoras tenían su reunión en sus casas, tomaban

chocolate elaborado en los conventos y hecho por las monjas a toda confianza, y luego se iban a rezar el rosario y a oir el sermón a la Catedral, a San Francisco, al convento del Prado de Viñas otras optaban por la iglesia de los padres jesuítas; en ésta cada padre tenía un confesonario con su nombre para que pudieran elegir.

Hoy el muelle se ha convertido en un hermoso paseo, sus andenes se han ensanchado, tomando terreno al mar a su derecha; se ha construído un espacioso jardín, en el que hay un templete de música muy sólido, pues el antiguo se lo llevó el viento Sur, y en que está también la estatua de Pereda. Por la noche este paseo toma un aspecto fantástico, se iluminan los farolas de sus andenes y sentados desde cómodas sillas o en bancos, y al son de la música, vemos desfilar por ellos todas las muchachas de Santander, entre ellas algûnas verdaderamente guapas, y las modistillas, muy dicharacheras y compuestas. Durante la estancia de los rreRy el *Giralda* o algún barco de guerra lanza sobre las fachadas de las casas, a lo lejos del Sardinero o sobre las montañas colindantes, los potentes rayos de sus reflectores, que la iluminan con una fuerte línea de luz y que al cesar parece quedar todo más obscuro, como la pantalla de un cinematógrafo que se fuera apagando. Por el bulevar suben tranvías eléctricos, que van al Sardinero y al paseo de Menéndez y Pelayo. Éste es uno de los más importantes de Santander, arranca desde el sanatorio del doctor Madrazo y termina en Miranda, desde donde se divisa una hermosa vista: el mar en toda su extensión, hasta perderse a lo lejos, en el que se ven unas lanchas de pesca y hay un barco que parece como de juguete y que va dejando a lo lejos una estela de humo. También hay aquí un banco de piedra en forma de herradura, donde se sientan los viejos con las calladas entre las piernas.

El paseo de la Concepción arranca un poco en cuesta; a

su derecha e izquierda está lleno de simpáticos hotelitos; en sus andenes, de trecho en trecho, hay álamos y está asfaltado en toda su extensión.

En una de estas casas pasé parte de mi infancia; este paseo estaba entonces poco poblado y todavía existía la antigua Plaza de Toros, que no tardó en ser derribada para llevarla a sitio más lejano. Desde los balcones de mi casa se veía una vista admirable: la terminación del muelle y la gran explanada de Puerto Chico; se veían entrar y salir los barcos y el ruido de las sirenas llegaba claro y quejumbroso, como si lo tuviera uno al lado. Se veía la enorme animación de Puerto Chico; las mujeres, con las piernas desnudas, abrumadas por el enorme peso de los capachos llenos de plateadas sardinas, por cuyas rendijas iba escurriendo todavía agua y escamas que se les pegaban en el pelo; otras iban cargadas con bonitos azulados y con reflejos metálicos, con las agallas todavía chorreando sangre, enormes y panzudos. Luego cruzaban marineros con trajes pintorescos, las boinas, sus vestiduras de hule y sus enormes botas con suela de madera, que metían mucho ruido en el empedrado, llevando a cuestas las redes llenas de plomos y corchos y los remos de las traineras.

Al mediodía veía, desde las ventanas de casa, en el mar, grandes explanadas de arena, donde estaban las barcas tumbadas con las velas puestas a secar al sol, que arrancaba miles de puntos al agua, tan brillantes, que cegaban la vista; hombres y mujeres, con los pantalones y las faldas arremangados, cogían vericuetos y demás mariscos; cuando subía la marea se daban mucha prisa en entrar a sus botes; éstos empezaban a cabecear, y al poco tiempo estaban a flote.

Después de cenar me asomaba a la ventana: era una cosa fantástica el cielo, cómo ocultaban a la luna los nubarrones y cómo corría ella hasta verse en medio del cielo; entonces

el mar relucía como un espejo y los barcos se veían negros y recortados. En las noches en que el cielo estaba muy obscuro se veían parpadear a lo lejos las luces de los barcos, y ya un poco avanzada la hora se oían voces varoniles y robustas que despertaban a los marineros para ir a la pesca; otras, una voz chillona de una mujer, que se prolongaba con un aire de angustia y que acababa por indignarse por la tardanza de su marido para bajar; luego resonaban los pasos de unas fuertes botas y las discusiones y blasfemias de un malhumorado a quien habían sorprendido en pleno sueño.

Luego volvía a oirse la voz prolongada de una mujer y la de un chico que llamaba por otro barrio, y los ladridos de algún perro, esos perros pequeños y sucios, de lanas amarillentas, con los ojos colorados como un tomate y sin pestañas, que estornudan mucho y tosen bronco, que huelen a pescado y que llevan en todos los barcos de pesca, amigos de los grumetes y fieles compañeros de los marineros.

Por algún balcón que se abría se veía una mujer en paños menores y el correr de una vela que proyectaba sombras alargadas en las paredes de las casas vecinas. Luego la luz de las ventanas se iba apagando, se hacía el silencio, que de pronto era turbado por el ruido ronco y estentóreo de una sirena, que luego se hacía más agudo y penetrante, como el de una voz sobrehumana que clamase y pidiese auxilio.

A la caída de la tarde, Puerto Chico presentaba una gran animación; era la hora en que las trianeras traían el pescado, y la gente conocida de la ciudad, que volvía del paseo para ir a rezar el rosario a la iglesia de Santa Lucía, se entretenía, para hacer tiempo, viendo llegar a las barcas. Las mujeres de los pescadores se metían las faldas entre las piernas, bajaban con los pies descalzos unas escalerillas de piedra, y con un cuchillo abrían las entrañas a los pescados,

y metiéndoles las manos tiraban las tripas al mar; al concluir la limpieza quedaba un gran trozo de agua al lado de las barcas teñido de sangre. Las campanas de la Almotacenia repicaban sin cesar; aquí se pesaban en grandes básculas los bonitos y los capachos de sardinas; muchas veces había discusiones y peleas; dos pejinas se pegaban con saña y ferocidad, se arrancaban el pelo y concluían por arañarse la cara. Estos insultos y discusiones interminables los oía con frecuencia. Enfrente de la huerta de mi casa estaba el barrio de Tetuán; a los hombres se les oía poco, pues dormían o estaban en la taberna; pero las mujeres no había día que no riñeran y discutieran con una riqueza de palabras que para sí la quisiera la Academia de la Lengua.

El día de los Santos Mártires, que eran los patronos de Santander, San Emeterio y San Celedonio, era de gala para todo el pueblo; pero preferentemente para los que vivíamos en el paseo de la Concepción, por estar al lado de Miranda, que era donde se celebraba la fiesta con toda alegría y animación. Por la mañana había gran misa cantada en la Catedral, en la que oficiaba el obispo; dentro de la iglesia se hacía una pequeña procesión, llevando en una bandeja los relicarios de plata en que estaban encerradas las verdaderas cabezas de los santos Emeterio y Celedonio (1), que llegaron a Santander en un barco de piedra de no se sabe de qué lejanas tierras, pues esto todavía no se ha podido aclarar.

Asistían a esta procesión el gobernador civil y el militar; el alcalde y todo el Concejo en masa, con frac y levitas algo pasadas de moda y unas chisteras enormes. Llevaban por encima del chaleco los fajines de concejal, con las armas de

(1) En Calahorra también se conservan los dos relicarios de Emeterio y Celedonio, que son patronos de este pueblo montaraz y de gente algo aborricada.

Santander bordadas en seda. Detrás iban, muy graves y tiesos, los maceros, con sus dalmáticas de terciopelo rojo, las armas del Ayuntamiento bordadas en el pecho, sus pelucas blancas y amarillentas y unos bonetes llenos de plumas; las piernas muy delgadas y torcidas, con grandes arrugas en las medias, pues generalmente todos eran viejos, y en las manos, con guantes blancos, unas grandes y pesadas mazas de plata.

Toda esta vestimenta les daba un cierto aire porteril y pendejo de modelo de un cuadro de historia.

Los catedráticos llevaban colgado del cuello un cordón con una medalla. Daban una vuelta muy despacio alrededor de la iglesia el obispo con unos curas que llevaban en unas andas el brazo de San Germán, que era una canilla encerrada en un frasco de plata y cristal, y las cabezas de los santos bajo palio, y otros curas que echaban alrededor grandes nubes de oloroso incienso. Detrás todo el elemento civil y los catedráticos. Y la iglesia llena de bote en bote.

Mientras tanto, las campanas de la Catedral repicaban alegremente y estallaban bombas y cohetes. Los balcones de todas las casas estaban adornados con colgaduras, con la bandera española o colchas de la cama, y en ellos asomada mucha gente. Todos los sitios inmediatos a la Catedral, así como el antiguo puente de Atarazanas, estaban llenos de animación; pero la fiesta de los Mártires, donde presentaba un aspecto más pintoresco y alegre, era a la terminación del paseo de la Concepción en Miranda.

Era ésta una pequeña capilla rodeada de un campo, desde el que se veía el mar. Desde por la mañana temprano llegaban mujeres y viejas desde Cueto, Peña Castillo y Santander con capachos llenos de manzanas, peras, ciruelas, higos, avellanas, nueces... y se instalaban enfrente de la ermita para vender su mercancía. Luego, a las primeras ho-

ras de la tarde, empezaba un baile muy concurrido de romeros a lo alto, a lo bajo y a lo ligero, acompañado por el tamboril y el pandero; y muchas devotas, poniéndose la falda por encima de la cabeza o un pañuelo, entraban en la ermita.

UN ENTIERRO EN SANTANDER

UN ENTIERRO EN SANTANDER

Es una tarde desapacible del mes de noviembre; de vez en cuando cae un chubasco, que no tarda en ser barrido por el viento Sur, tan fuerte, que deja limpias las carreteras; un puñado de pequeñas piedrecitas vienen disparadas a nuestra cara; las ráfagas de aire nos quieren arrancar de cuajo el sombrero hongo que llevamos, por prevención, muy metido en el cráneo; nos vuelve el paraguas al revés, hace que nuestra capa salga arrastrando por el suelo, y hasta dar con nuestros huesos contra una pared no para.

El cielo azulea durante algunos momentos de una manera vergonzosa y no tarda en obscurecerse, tomando un color amarillo y desagradable. Una porción de gente se amontona cerca del portal de una casa modesta, esperando con impaciencia que bajen al finado, que parece que se hace de esperar. Enfrente de esta casa está el convento de las Hermanitas de los Pobres, y en el soportal están ya los viejos de los entierros, que esperan cachazudamente acompañar a este muerto, como nos acompañarán a nosotros y como se acompañaron ellos, pues esta es su misión y para esto parece que han nacido. Son ancianos que ya no sirven ni para sostenerse los pantalones; pero que en estos casos tienen un aspecto decorativo y se hacen imprescindibles; todos llevan grandes hachones encendidos en las manos, y casi todos visten de negro con levitones y gabanes dejados

por inservibles. Poco tiempo después se oye el ruido de gente que baja las escaleras y llena el portal; los pobres dejan paso y se llevan la mano al sombrero; aparecen unos señores vestidos de negro, los parientes del difunto, llevando a hombros una pesada caja que colocan en el coche de muerto, resbalando por su rodillo para evitar los golpes. Después la comitiva empieza a organizarse: detrás del coche, que arranca con lentitud, los parientes con grandes gasas en el sombrero y guantes negros; luego los curas, que empiezan a cantar con voces de buey, entre ellos el señor Marcisidor, bajo profundo de la Catedral, vestido de negro y con un aspecto muy clerical; lleva una enorme capa que le cae hasta las puntas cuadradas de sus descomunales botas, buena peana para sostener tal capa, que se tendría sola de pie en el suelo; sus pliegues son tan duros y pesados, que azotan las piernas de los que caminan a su lado. A continuación se colocan los viejos de los entierros con sus grandes velas y un estandarte negro, donde unas ánimas en pena se retuercen entre las llamas. Luego seguimos todos los amigos y conocidos del muerto; detrás marchan unos coches en que irán hasta Ciriego los parientes y allegados del muerto. En los balcones hay asomados unos cuantos vecinos y curiosos.

Pasamos por enfrente del Parque de Bomberos, y que hoy con la lluvia parece más desteñido y presenta un color sucio de sangre de toro; en su portal, que forma un gran arco, hay sentados unos viejos bomberos, que saludan muy respetuosos el paso del muerto y a los curas. Cruzamos la calle del Martillo y entramos en el bulevar; a lo lejos vemos unos barcos carboneros, que están descargando unos hombres metidos en una capucha de saco que les tapa la cabeza; parecen negros, pues el carbón con el sudor forma churretes en sus caras como si saliesen de una mina. Pasamos bajo el puente nuevo de Vargas; desde abajo se ve la

calle de encima; en una cuesta sobresale la torre de piedra negruzca de la Catedral y el túnel de la cripta del Cristo, y entramos en la calle de Atarazanas: ésta es la calle más típica de Santander; a su entrada hay un mercado, que fué el antiguo café del Brillante, donde los más famosos cantadores de flamenco y las mejores bailadoras trabajaban; un poco más allá está el mercado de pescados; a su paso notamos un fuerte olor a mar; fuera hay siempre unas cuantas mujeres pesando el pescado en el suelo, y en unas mesas bajas hay muchos capachos y cestos con langostas, amalluelas, percebes y caracoles: estos caracoles negros, que son tan feos y que metidos en vinagre se convierten en nácar y los pegan en las cajas de costura donde pone «Recuerdo de Santander» y las venden a los forasteros; también venden estas pescadoras los fantásticos caballos de mar, que se conservaban como una curiosidad. En unas estacas, atados de una cuerda para secar al sol, cuelgan largas colas de patas de pulpo, y en las tablas se pega una masa blanduzca de calamares, con un olor penetrante y muy agradable.

En una rinconada, que huele a podrido por los muchos restos de pescado tirados en medio de la calle, se ven unas altas escalerillas de piedra y un montón de casas sórdidas, con figones y cafés en la planta baja, y en los balcones muchos letreros de casas de huéspedes, comadronas, hospedajes para embarazadas en el portal, que decía: «Agencia de colocación de criadas y amas de cría»; se ven muchas mozas que vienen de los pueblos a servir y duermen allí hasta que son colocadas. Estos portales estaban llenos de equipajes de comerciantes y de gente que viene de América, gente viciosa que va por la calle con la chaqueta al hombro y sombreros de paja en pico, como los de los segadores; hombres cetrinos y de caras poco recomendables.

Esta calle da salida a la cuesta de Gibaja, donde están las casas de mujeres de mala vida; cuelgan de los balcones

muchas colchas; desde la calle se ven empinadas escaleras de estas casas; en los portales hay pozos para subir el agua y un bombillo metido en una alambrera; la mayoría de los cristales están rotos por las piedras; por eso a la caída de la tarde cierran los portales, porque es cuando recorren la calle los grupos de camorristas y llaman a la puerta; una mujer desgreñada se asoma a mirar por el balcón para ver qué clase de gente son. A derecha e izquierda todas las casas de la calle de Atarazanas están llenas de tiendas, camiserías, mercerías y sastrerías; en los escaparates hay alineados unos cuantos muñecos o maniquíes vestidos de niños, con las piernas, los calcetines y las botas pintadas en el cartón; unos son rubios y otros muy morenos, y no falta algún negrito travieso que guiña un ojo y tiene en la boca una colilla: la cabeza de cartón de éste tiene mucho brillo y un negro azulado. Estos muñecos son un anuncio muy llamativo, y nos miran con sus ojos de cristal y nos invitan a pararnos y ver sus trajes de marinero; otros con cazadoras de pana y otros serios, vestidos de largo como los hombres. De los balcones de estas tiendas cuelgan a la calle muchas blusas de mujer y camisas de hombre. Hoy el viento los agita sin cesar; parece que quisiera llevárselas; otras veces las infla como si fueran globos, y al hincharse estas camisas y blusas parece que las da forma humana; las mangas parece que se mueven y nos amenazan, y otras veces caen flácidas a lo largo, como desfallecidas y cansadas. Luego entramos en una plaza, en cuyo centro hay una pretenciosa farola; enfrente está el nuevo Ayuntamiento, macizo y amazacotado, construído la mitad y esperando la demolición de la vieja iglesia de San Francisco para tomar la mitad del cuerpo que le falta a este noble y austero edificio. En este Ayuntamiento, la mayoría de los días de sesión, los ediles se insultan como pejinas y se tiran los tinteros a la cabeza. Luego cruzamos la Alameda Primera: es una hermosa calle,

ancha, con andén en el centro, que tiene bancos y árboles a derecha e izquierda; en este momento un timbre repiquetea sin cesar; es el cinematógrafo Narbón que llama al público, pues va a empezar una nueva película de series. Algunos acompañantes del muerto se separan sigilosamente como si le hicieran una nueva traición y se dirigen al teatro. Por encima del cinematógrafo y a lo lejos, encima de una montaña, se ve la cárcel; fué antiguamente convento y hoy amenaza ruina; es un edificio triste y lóbrego, lleno de humedad y miseria.

Por unas ventanas pequeñas enrejadas vemos asomar de vez en cuando una cabeza o un brazo que agita un pañuelo y que no sabemos para qué; por aquel sitio hay muchas cuestas con unas casas misteriosas; las vallas de algunos solares están tumbadas por el viento y los faroles torcidos y rotos los cristales, que por las noches proyectan sombras fantásticas como de llamas en las fachadas de las casas.

En un talúd lleno de sombras se abre un trozo de cielo descolorido encuadrado entre las fachadas de un patio: por bajo de los cimientos se siente ruido de agua; un gato, asustado y perseguido, que le ha tocado en la cabeza una piedra tirada de lejos, sale disparado y hace muchos esfuerzos por meterse en el primer agujero que ha encontrado y por el que no cabe; después que se ha logrado escurrir como una serpiente, se siente un ruido dentro de la pared de la casa como si se hubiera caído a un pozo. En una esquina hay una tienda muy pobre de comestibles, siempre cerrada la puerta, y en el techo cuelgan unas vejigas amarillas y un trozo negruzco de tocino. Hay una fila de casas alquiladas para dormir la gente miserable. En un portal, lleno de humo porque el hornillo tarda en tirar, hay mujeres sentadas en unos bancos esperando la comida. El patrón, que es ciego, envuelto en una manta, anda metiendo la vara por debajo de los asientos y golpeando con ella los

rincones para despabilar a los que duermen y que se marchen si no quieren pagarle otro día de hospedaje.

En otros portales se ven mujeres con botas y abrigos de hombre, con el pecho y las canillas llenos de arañazos de rascarse la sarna; llevan en el bolsillo un trozo de pan mugriento; una está sentada en el quicio de la puerta, con la barbilla tan pegada a las rodillas, que más que forma de persona parece un montón de trapos; otra tiene rapada con un capacete de costras y pecas en la cara arrugada y sucia y parece un hombre. Más arriba de estos barrios está la Fábrica de Tabacos y el viejo y soportalado Hospital Provincial, que tiene un Depósito donde hacen la autopsia a la gente asesinada y a los suicidas.

Tras los cristales de una ventana baja se ve una ancha cama de hierro con una colcha roja; en la cabecera tiene cruzado entre los hierros un rosario muy grande, como esos que traen de Lourdes, y un cuadro del Purgatorio. Algunas mujeres llevan niños enfermos a operar, y salen de esta casa de dolor tristes o alegres, según el diagnóstico médico.

A la terminación de la Alameda Primera hay unas casas bajas de enormes portales, fábricas de pan; se respira un baho muy caliente de olor a masa; se ven dentro varios burros cargados con cuévanos llenos de libretas; una mujer pone un pie en un poyo de piedra del portal para subirse al burro, y después que se sienta cómodamente en las ancas, con un bergajo arrea al burro.

Luego entramos en la Alameda Segunda: magnífico paseo de los más antiguos de Santander. El coche para en la ancha carretera para emprender el largo camino hasta el cementerio de Ciriego, el más romántico de todos, porque en los días de resaca llega hasta él el ruido de las olas y en el fondo se pierde a lo lejos la inmensidad del mar.

Hemos llegado al fin: aquí se despide el duelo.

Los concurrentes se acercan a los enlutados parientes

del difunto, que están descubiertos, se quitan también el sombrero, y dándoles la mano les dicen: «Salud para encomendarle a Dios»; y al retirarse dejan paso a otros, que hacen lo mismo, mientras tanto los curas rezan un responso y cantan. Los pobres aprovechan este pequeño descanso para recoger un amarrado de tabaco que les reparten desde el coche del duelo, que al poco tiempo marcha a paso largo a Ciriego: este coche lleva los faroles encendidos, velados por una gasa. Los amigos se retiran y forman grupos, hablan del tiempo y de la salud, y algunos se van a un juego de bolos que está al lado, donde están jugando los indianos en mangas de camisa; todos tienen la cabeza blanca de pensar en el dinero y hacer números; juegan en mangas de camisa, aunque haga mucho frío, para dárselas de pollos; son petulantes; llevan un pedruzco de brillante en la sortija y cadena de oro, gastan faja y tienen todos tipo de patán y tendero; algunos prefieren entrar dentro de la taberna a jugar a la baraja y beber vino. También los viejos de los entierros se retiran y apagan las velas, guardándoselas en los bolsillos; para mayor comodidad, la ma; yoría marchan juntos, llevando al más viejo de la mano- pero otros quieren ir solos, están cansados de la sujeción, quieren ser independientes, tener un rato de libertad. La vejez, las enfermedades y la lucha por la vida los ha deformado; algunos van mirando a la tierra, la cabeza les pesa, tienen muchos años; otros son jorobados de nacimiento, y uno no se explica cómo han podido vivir tantos años; los hay tan desmemoriados que no saben a qué han venido ni adónde van; pero todos son buenos; a esta edad no existe la malicia y todos son tímidos y serviciales; los hay con un aspecto muy ridículo, que se acrecienta con las ropas prestadas: esas ropas inservibles, esas ropas que les dan de los muertos, que la familia ya no quiere y que sólo les trae recuerdos tristes, pero que a ellos a veces les sienta bien.

Me acerco a uno de ellos: es un viejo campechano y conocido, todavía algo fuerte; le invito a tomar café y lo acepta muy gustoso. Después de meterse el cabo de la vela en el bolsillo del gabán, entramos en un viejo café de marineros. Mientras tomamos el café y unas copitas, me dice: «Mire usted, mire usted; en el asilo no estamos del todo mal; las hermanitas son buenas y nos quieren; pero a veces nos falta el tabaco y el aticuenta, y esto no debía de eusder, porque lo necesitamos, y al fin y al cabo, ¡para los que vamos a vivir! Esto no debía de suceder, y esto nos obliga a recoger colillas de la calle, lo cual es denigrante, y ya ve usted, ¡qué hará esa gente que tiene tanto dinero, que parece que no se entera de nada!»

LA FERIA

LA FERIA

Una de las grandes distracciones del verano en Santander, y que todos esperan con impaciencia, es la inauguración de la feria. Comienza ésta el día de Santiago y coincide con las corridas de toros; por la noche hay una gran retreta, que parte del Ayuntamiento; la comitiva la forman una gran carroza alegórica, en la que van unas cuantas chicas guapas con trajes ligeros, vestidas de ángeles, envueltas en gasas, con el pelo suelto, con coronas de reluciente hojadelata y alas de trapo; detrás iban los bomberos, los municipales y los voluntarios con sus cascos romanos, botas de montar, un rollo de maroma a la espalda y el hacha y el pico a la cintura, llevando grandes hachones y bengalas en las manos; detrás una bomba, caprichosamente adornada, con una gran escalera. Luego venían los gigantones, la vieja Vargas y su marido, tambaleándose por el camino y volviendo mucho sus enormes cabezotas, mirando al revés, y las gigantillas, haciendo contorsiones, repartían vejigazos a los chicos que se acercaban a verlas de cerca, bailando al son de la dulzaina y el tamboril. Un hombre que iba a su lado disparaba muchos cohetes y se soltaban globos grotescos: uno era una vaca con dos cabezas y ocho patas, y algún enano barrigudo, que subía dando vueltas en el aire.

Cerraba la comitiva la banda municipal, tocando un paodoble; todos llevaban gorra de bisera; los músicos iban

muy derechos marcando el paso; tenían los carrillos hinchados de soplar y las caras congestionadas, mirando al público. orgullosos de su trabajo. Luego unos hombres tirando cohetes y detrás una porción de chicos y modistillas.

La comitiva, desde la plaza de Beceo, seguía muy despacio por la Alameda Primera hasta terminar en el Parque de bomberos; entraba la carroza y se daba por inaugurada la feria. La calle de Becedo estaba llena de pintorescas tiendas. Las primeras le entristecían: eran dos funerarias con los estantes negros llenos de ataúdes envueltos en grandes pliegos, viéndoseles las asas; otros estaban de pie, arrimados a las paredes, de los que colgaban muchas coronas; en una esquina había una escalerrilla de caracol que atravesaba el techo y daba a las habitaciones del dueño de la tienda; en el escaparate se veía, en una urna de cristal, el modelo de una carroza fúnebre de gran gala, hecha en aluminio y en miniatura. Otra era un establecimiento ortopédico. Esta tienda tenía en el escaparate varias muestras: una era la figura de un joven con un camisón rojo, con un aparato de metal en una de las piernas desnudas y el brazo levantado. Tenía esta figura una colocación parecida a la estatua de un emperador romano. Otra era un vientre muy abultado de una mujer, hecho en cartón y metido en un corsé-faja; una pierna enferma, colocada en un aparato de hierro, y un muñeco pequeño, los brazos apoyados en muletas y la cabeza y todo el cuerpo lleno de vendas, no viéndosele mas que la cara. En la casa de la esquina se veía, encima de un balcón, el farol rojo de la Casa de Socorro.

Pero luego, pasadas estas tiendas, se recreaba y se entrenía uno con las muchas boterías, donde se veía coser los pellejos en la calle; todo el techo de estas tiendas estaba lleno de botas de vino y cuernos con cantoneras para llevar a los toros. En una gurnicionería se veía de muestra un caballo blanco de madera, de tamaño natural, con la

montura y todos los arreos; dentro de la tienda había varios coches. Una alpargatería tenía de muestra una alpargata gigantesca; dentro de la tienda se veían muchos hombres fabricando calzado. Una taberna tenía adornado el techo de cadenetas de papel, colgando del centro un barco de velas, que negreaban de la cantidad de moscas que andaban por ellas. En estas tabernas se vendía de todo: comestibles, pescado, telas, y hasta pájaros metidos en sus jaulas.

En grandes portalones que daban a otra calle estaban las herrerías de veterinario: en éstas siempre hay alguna mula o caballo a la que están herrando; un chico tira de un gran fuelle, avivando el fuego del hornillo, del que saltan muchas chispas.

Las cocheras, llenas de estos simpáticos coches santanderinos llamados cestas, con su gran tornillo del freno y el toldo y las cortinillas de hule negro; en algunas de estas cuadras se ve un coche de muerto, blanco, para niño, con cuatro ángeles en el techo, y diligencias llenas de barro, con los cristales empolvados, que vienen de los pueblos.

En la última cuadra están pegados en la pared carteles canallescos, llenos de la bandera española; los carteles de las corridas de toros de Santander, y las robustas mulillas que mañana enjaezarán llenándolas el rabo de cintas y la cabezada y el collar de borlas y banderas.

La feria empezaba en la Alameda Segunda: era éste un hermoso paseo en línea recta que terminaba al llegar a la Plaza de Toros. Este paseo, el más antiguo de Santander y el único que se conserva sin hacer reformas, tiene unos bancos de piedra y unos altos y centenarios árboles llenos de raíces que le sombrean. En la noche de la inauguración se encendían los arcos de la iluminación, que eran de hierro, pintados de encarnado, llenos de tulipas de gas de distintos colores, y que se perdían a lo lejos, en disminución, en un aspecto fantástico; en sus costados presentaban gallardetes

con banderas cruzadas con los escudos de todas las provincias de España, incluyendo los de las perdidas colonias. Estos arcos, que iban en disminución, destacaban en el cielo azul de la noche, tachonado de estrellas; sus globos salteados tenían algo de juegos malabares de circo, de constelación de estrellas.

A su derecha e izquierda se encontraban, en barracas de madera, los puestos, que los había de todas clases.

A la entrada de la feria había sacamuelas, subastadores, rifas humildes de cajetillas y puros secos de 15 céntimos; en medio se veía un conejo dormido y viejo, que nunca tocaba a los que jugaban: otra de estas rifas era la de los caramelos: era un carrito con un tablero lleno de rayas de colores muy bonitos. Los caramelos tenían unos preciosos y brillantes colores: amarillos, rojos y verdes; representaban figuras y animales: un hombre y una mujer cogidos del brazo; los caballos tenían seis patas para que los chicos chupasen más caramelo. Los fotógrafos al minuto, que trabajaban de noche y retrataban a las criadas y soldados, tenían unos lienzos pintados con el cuerpo de una torera o una mujer en traje ligero, con pantalones y medias de rayas, botas altas, la chambra de mangas de jamón y la blusa abierta enseñando los pechos; tenía este lienzo un agujero donde asomaban la cabeza los retratados, y las fotografías, una vez hechas, daban la ilusión de que el cuerpo no era postizo.

Luego venían las barracas formales, donde dormían de noche los dueños, que echaban los encerados; eran verdaderas tiendas en que se vendían corbatas, lentes para la vista cansada, gemelos para teatro, pipas de madera y boquillas de espuma de mar, ligas, botones; en fin, todo lo que hacía falta. Las barracas de rifas, con sus cartones numerados: aquí había muñecas, relojes de pared, despertadores, lámparas, cuadros, floreros y esos cromos tristes de asuntos de caza, donde un jabalí devoraba a un cazador vestido de tra-

je de pana y polainas; a su lado había una escopeta de dos cañones.

En otro unos leones hacían presa, en el desierto, a los camellos de una caravana de beduínos, y la caza del tigre; un tigre gigantesco se subía al castillo de paja de un elefante y se agarraba con las cuatro uñas para devorar a todos los cazadores.

Y el más sangriento era el de la lucha con unos jabalíes a machetazos.

Siempre en estos cromos había varios heridos y muertos: un hombre tirado en el suelo con la camisa llena de sangre; otro, mientras clavaba su cuchillo en el vientre a un león, que con sus garras tenía presa la cabeza de su matador y su frente y el cuello de la camisa empapada en sangre; el cazador tenía mucho de héroe en su colocación.

Mas allá estaban los tiros al blanco: uno era de patos nadadores, sobre los que se tiraban unas argollas de paja, que cuando quedaba dentro de la cabeza daba derecho a llevarse el pato, y también cuadros mecánicos de latón. Un pequeño circo de focas amaestradas y habitaciones con crímenes; los criminales arrastraban a una mujer por los pelos hacia la cama y a su marido le llevaban al arca donde tenía guardado el dinero para que la abriese, levantando los puñales amenazadores por encima de su cabeza. Cuando los tiradores daban en el blanco todas estas figuras se movían con gran ruido de resortes.

Otros de estos tiros eran más crueles: Se disparaba sobre una paloma que estaba metida en una caja de hierro y no asomaba más que la cabeza.

El tiro del tonel.

Dos chicos metidos en unos toneles se ponen de pie y se agachan, desapareciendo en la cuba para que no les dé los pelotazos; la gente procura apuntarles a la cara; ellos bajan muy ligeros el cuerpo para esquivar los golpes; estas pelotas, tiradas con rabia, rebotan en el hierro de la pared como balas.

El pim pam pum de la risa.

Es una rueda que da vueltas, a la que están sujetos unos doce monigotes de cartón, vestidos con trajes y sombreros viejos. Cuelgan atados por el cuello a una cuerda y parecen ahorcados al ponerse el círculo en movimiento: sus pies marcan en el suelo sombras trágicas; entran por una puerta y salen por otra; uno tiene uniforme de Caballería; en las manos tiene guantes verdes, y las piernas se bambalean con botas de montar; otro soldado, con gorro de cuartel y la guerrera azul, tiene una cabezota muy gorda y la boca abierta, donde le faltan muchos dientes; otro es un paleto, con la cara encarnada y sacando la lengua; va en mangas de camisa y con la manta al hombro. El que está vestido de negro resulta el más trágico cuando asoma por la obscuridad de la puerta y se ve el blanco de su camisa y la cara muy amarilla, con la barba crecida y el sombrero echado por la frente. Detrás de él le brillan los ojos a un negro, con los labios y la lengua muy rojos. Las pelotas rebotan alrededor de estos muñecos, que tienen algunos rota la nariz o una oreja de los golpes, y cuando les dan en la cabeza y les tiran el sombrero resultan más ridículos, pues enseñan el cogote negro y barnizado y la cabeza de forma

de vagón del que va vestido de levita. Alguno se queda del golpe con un brazo o una pierna levantada.

Venían luego la gran barraca del circo, la de las figuras de cera y algunas de fenómenos, la que adivinaba el pensamiento, el hombre pez, el hombre esqueleto y el gigante aragonés, nacido en Sallent, montañas del Pirineo aragonés.

El Museo de figuras de cera.

Entramos en el gabinete sensacional; nunca podremos disimular la impresión de misterio que nos produce estas vitrinas de gente que parece muerta y que seguirán usando los mismos trajes que llevaron puestos en vida y que nos contemplan con sus ojos crueles, impasibles y fijos. En las paredes cuelgan espejos grotescos, donde la gente se mira un poco asustada; en uno aparece un enano, con una anchura descomunal de hombros, y en otros largo y delgado como una cerilla, o la frente muy grande y los ojos y las facciones en miniatura. El entarimado de este Museo está muy lustroso, y con el calor se pegan algo las suelas de las botas.

Aquí tienen ustedes—dice el explicador, que es un viejo con chaquet, botines y peluca postiza, con mucho acento francés—mi Museo, mi maravillosa y sorprendente colección de figuras de cera, todas de tamaño natural, visitadas por todos los reyes de Europa. Mi levita se llenaría de condecoraciones al no estar las medallas en esa vitrina encerradas. Este, el grupo del célebre Pranzini y sus víctimas. En este armario, el galante asesino de mujeres está en la prisión, de pie, delante de una mesa baja, con mantel, donde hay una botella de vino y los platos; se dispone a comer; viste un abrigo corto; el cuello de la camisa es muy bajo, por el cual asoma su robusto cuello; gasta patillas rubias y

bigote; lleva un sombrero muy grande y alto, hongo; tiene un tipo de pasante de colegio; le rodeaban, un poco separados,los carceleros y abogados, y no hace el menor caso de un pliego que le presentan, notificándole que al otro día será ejecutado en la guillotina. Él, con la cabeza erguida y las piernas firmes, parece mirar a la otra vitrina, donde están sus víctimas. Se las da de caballero y de hombre elegante porque sabe que en su poder hay cartas de las mujeres más distinguidas parisienses. La otra vitrina tiene un cartel que dice: «Cadáveres, hechos con cera, de Madame de Motille, Anita Gremert y María, victimas del célebre asesino Pranzini. Estas figuras están fielmente copiadas del natural en la Morgue de París.»

Delante de esta vitrina hay mucho púhlico parado y es la que llama más la atención. Se ven tres cadáveres medio desnudos. El de la romántica señora de Motille tiene la camisa desgarrada y los pechos y las piernas al aire, con una enorme cortadura en el cuello. El de la doncella, Anita Gremert, tenía una herida muy profunda que le cogía todo el cuello y cortaba su garganta. Estaba en camisa de dormir; su cofia, tirada en el suelo, estaba llena de sangre. María, la infeliz niña, hija de la doncella, tenía el cuerpo muy encogido; su cabeza cortada, sólo se unía al tronco por algunas vértebras; su pelo rubio estaba rojo por la sangre, y en una mano tenía profundas cortaduras de haberse defendido. Estos cadáveres tenían el pelo suelto y enmarañado y denotaban que el asesino las había cogido brutalmente de ellos para degollarlas, y los ojos, muy abiertos, tenían una expresión de terror. En un estuche estaba el cuchillo con que cometió Pranzini su crimen: era grande como el de un carnicero y tenía el mango de marfil.

En esta vitrina verán ustedes la explosión de una bomba en el gran teatro del Liceo, en Barcelona, durante la representación de la ópera *Guillermo Tell.* La gente, vestida de

frac, huye atropellándose; una mujer muy escotada, con un collar de perlas al cuello y en la mano un abanico de plumas, con la cara desencajada y los ojos cerrados como si estuviese durmiendo, tiene apoyada la cabeza en el hombro de un caballero, que está con la cabeza colgando del respaldo de la butaca y la pechera de la camisa llena de sangre; ella tiene las piernas arrancadas y el vuelo de la falda y las enaguas chorrean sangre. En el suelo se ven colas de trajes blancos, arrancadas por las pisadas, y montones de zapatos, abanicos y chales, y muchos muertos de bruces; en las paredes del teatro hay estampadas huellas sangrientas de manos abiertas y sesos estrellados; ancianos calvos muertos, con los brazos en cruz y toda la ropa destrozada por la explosión, después de haber sido lanzados al aire. Estas figuras tienen grandes churretes de cola por la ropa; y los zapatos están de una manera grosera pegados. Algunas de ellas, por el calor, tienen despegados los brazos y las manos, y la cera se ha derretido en las orejas y parece que están llenas de miel; pero todas vestidas con gran lujo de alhajas y sedas.

En esta otra vitrina que tengo el honor de presentar a ustedes—dice el dueño de las figuras—está Juana Weber, la secuestradora de niños. Nos acercamos al cristal y vemos a una mujer ya de edad, con la carne fofa y muy blanca, vestida de negro, con los ojos bajos y la cara de gato, con algo de bigote rubio. En la guarida de este ogro encontró el Juzgado un saco lleno de costillas y tibias de niño, y los médidicos forenses analizaron unos frascos con sangre y grasas de los niños, que vendía como medicamentos a los curanderos y echadoras de cartas. En una guardilla aparecieron unos niños desnudos aún con vida, con las piernas y el pecho como esqueletos, que la infame secuestradora les daba de comer carnes en estado de descomposición y salchichón con gusanos.

Las figuras mecánicas.

POTOLOSCHY Y SU SORY

Tiene este clown una melena en punta de pelo rojizo, una gola al cuello y un traje muy lujoso de raso negro; la figura está cortada por la cintura y es de tamaño natural; sus ojos de cristal, pintados de rojo alrededor para que resulten más grandes; se abren y se cierran los párpados, haciendo guiños a un ratón que tiene en la mano, cogido por la cola; se le escapa y se le mete por el pecho por un misterioso agujero. El clown pone una cara muy afligida y mueve la cabeza, haciendo visajes y abriendo mucho la boca; saca de ella tirando de la cola al ratón; abre mucho los ojos; entonces, y con aire de satisfacción, se ríe y mueve los labios, pintados de bermellón, como si hablase.

Los clowns malabaristas.

El fondo del armario es de espejos, que le sirven de marco anchas almohadillas de seda roja, y el suelo, de alfombra. Dos clowns cogidos del brazo vienen andando y se adelantan por unos railes al abrirse de golpe las puertas de su caja. Uno está vestido de negro; una gola roja recorta su cuello, donde destaca su cabeza pintada de blanco y los labios y arrugas de la frente de azul y encarnado; en el pecho tiene una gran estrella bordada con hilos de oro, y lentejuelas por todo el cuerpo. El otro clown viste malla de rosa y corpiño de raso blanco; el pelo, en tirante tupé, es de un rojo de fuego y la otra mitad negro; se agarran la punta del pie y empiezan a bailar. De la caja sale una música de órgano, y un palo que sostiene un plato que da

vueltas se inclina sobre la frente de uno y pasa a la del otro.

Estas figuras aparecen triplicadas al reflejarse en el fondo de los espejos, y sus esbeltas piernas siempre están en alto.

Las demás figuras de cera.

En un pasillo más sombrío vemos las últimas vitrinas. En una dice un letrero: Reproducción en cera de Julia Pastrana; nació en Méjico y murió en 1860, después de dar a luz un niño en Moscú. Los cuerpos de madre y hijo fueron embalsamados y se conservan juntos en el Museo de Prauscher; los colmillos y dientes de Pastrana han sido robados.

Vemos una figura algo despatarrada de una mujer enana, con cara de mono y con una larga barba; los brazos están llenos de pelo, lo mismo que la cara; tiene un traje de falda corta de una riqueza oriental, rojo escarlata, lleno de bordados, y su pelo sucio y caído, están llenos de brillantes, y el gran collar de perlas gruesas que lleva al cuello, del que cuelga una cruz, y unas botas de hule bordadas con los mismos adornos que la falda.

En la vitrina de al lado están los suplicios de los revolucionarios chinos. Una fila de chinos tenían la cabeza metida en tablas muy pesadas que les dejaban sin movimiento y poco a poco se iban aplastando contra el euelo. Otros estaban en cruz, atados con cadenas que se les iban metiendo en sus carnes.

Otros estaban con las manos atadas, y en un tajo el verdugo, con un sable muy afilado y pesado, cortaba las cabezas de varios golpes, hasta desprenderlas del tronco. A otro chino muy delgado le llevaban al suplicio por las calles. En un campo le ataron a dos estacas muy grandes clavadas en el suelo que le servían de cruz; el verdugo le estaba cortando las piernas con un cuchillo.

Los espectadores que contemplaban la ejecución estaban tan tranquilos como si no tuviera importancia.

Otro verdugo se subía a los palos, y en un momento le dejaba cortados dos grandes trozos de carne de ambos pechos; el reo contraía los brazos, y rechinándole todos los dientes hacía mover los maderos con el impulso de sus nervios. Se prolongaba mucho este suplicio, y con los ojos vueltos al cielo se iba desangrando hasta morir.

El dueño de las figuras, dice: «Señores, aquí verán todos los grandes criminales, los presidentes y reyes asesinados; pero ahora les voy a presentar a mi mujer, que está encerrada en esta vitrina, pero ésta no es de cera, aunque se lo han creído, dada su inmovilidad. Esta es de carne y hueso. duerme, come y habla.»

En un almohadón rojo de terciopelo coloca el tronco de una mujer que no tiene piernas. La mujer abre su abanico, con una gran cinta, de la que cae un borlón, se da aire y contesta a varias preguntas que la hace su marido; es una francesa de cuarenta años, fea, pero muy bien peinada y vestida, que habla con una voz afónica y antipática y que a mí me da una impresión de macho, de coger una bandera, ponerse una banda de general y un bolsón a la cintura para pedir dinero y hablar de su patriotismo militar.

Al salir de este Museo, junto a un corral que hay detrás del circo, vemos patas de caballo y de asnos con sus cascos y herraduras y alguna cabeza de estas caballerías, cuyos despojos han servido psra mantener a los leones del circo.

A la terminación de estas barracas el paseo quedaba un poco más recogido, con menos luz; aquí había unas grandes filas de sillas, donde la gente se sentaba para escuchar la banda municipal o al orfeón, que desde un quiosco tocaba escogidas piezas; había también un café al aire libre, donde se despachaba refrescos, cafés y helados; un poco más arriba estaban los Tíos vivos, más o menos lujosos, y a la ter-

minación del paseo las churrerías, apestando a humo y aceite; aquí venía la gente del bronce, que estaba hasta las altas horas de la mañana bebiendo copas y tomando churros; dentro de estas barracas, que parecían tiendas de campaña, se veía la suciedad y los colchones de los que dormían en ellas; a veces había pendencias y riñas. En los campos de enfrente había bailes de «agarrao» y tiro al blanco, en los que se hacían apuestas.

En los días de corridas de toros la gente se aglomeraba en los andenes para ver la salida: primero desfilaban las carretas con los toros muertos, ya vaciados y moviendo su cuerpo, cubierto de sangre, al traqueteo del carro; luego los picadores, con el mono sabio detrás; algunos de estos caballos parecían como lavados y con heridas sangrando; eran las curas que les habían hecho, servían para la corrida siguiente. Luego venían, en coches de sus admiradores, los matadores de moda, Reverte, Montes y el *Algabeño;* luego, en coches descubiertos, vestidas de manola y con claveles en la cabeza y las mantillas de encajes, las muchachas de Santander eran caras conocidas, se discutía quién era la más guapa y si llevaba bien puesta la mantilla.

Luego la gente entraba en el circo, subía a los columpios o jugaba a las rifas, y los que estaban más cansados entraban a refrescar en la fábrica de cervezas de la Cruz Blanca; este establecimiento, que estaba desierto en invierno ahora se llenaba de gente.

En los días de corrida el espectáculo era más brutal: los que volvían a pie venían cantando, con las botas de vino ya vacías y las cestas de la merienda, con banderillas en las manos, arrancadas por su mano del toro al tirarse al redondel al terminer la corrida, y los más borrachos vomitaban donde podían, y los pendencieros se metían con algún tranquilo transeunte y alguna pobre mujer embarazada, a la que daban un susto.

EL SAGRADO CORAZON

EL SAGRADO CORAZÓN

Esta fiesta se celebra el 30 de mayo en Santander, con gran solemnidad; unos días antes de efectuarse reciben casi todos los vecinos unas circulares o recordatorios para su puntual asistencia, que se cuelguen en los balcones colgaduras, y los que tengan jardines o huertos manden la mayor cantidad de flores disponibles; por eso cuando llega ese día todas las medidas están tomadas: en los balcones lucen iluminaciones y cromos de los Sagrados Corazones de Jesús y María, y la fiesta resulta siempre muy brillante. En la iglesia que tienen los jesuítas en la calle de la Compañía empieza desde las cuatro de la mañana la Comunión general; apenas amanece y todavía están los faroles encendidos, en esa hora en que sólo vemos pasar algún marinero con sus recias botas, resonando por la calle, o algún jugador impenitente con los ojos hundidos y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, o algún borracho terco que se empeña en hacer equilibrios y que al final da con sus huesos en tierra, amenazando de muerte a los que cruzan a su lado, vemos pasar las devotas: son señoras que vienen del muelle, del río de la Pila, de la calle de San Francisco; procuran apartarse del que cruza a su lado, llevan mantilla negra y en sns manos enguantadas el devocionario y el rosario; detrás de alguna va la criada llevando debajo del brazo una silla plegable para que la señora se siente.

Luego suben una amplia escalera; en una plataforma se destaca sobre la blanca fachada y sobre su luz azulada, pues empieza amanecer, una enorme escultura del Sagrado Corazón, hecha en yeso; está colocada sobre una gran bola dorada que representa el mundo, con los brazos extendidos en actitud de predicar. La cabeza está erguida y con una raya en el centro, y el pelo le cae sobre las espaldas en melenas rizadas, y una barba también rizada y en punta. En un costado tiene una ancha herida y sobre ella un rojo corazón con rayas doradas; después sigue una escalera, y a la terminación encontramos la entrada de la iglesia; en cuyo portal hay unos pobres muy modestos y pulcros, son unos pobres educados, no molestan ni dan chillidos, sólo extienden la mano demandando una limosna. La iglesia es grande, de mucha altura, imitando el estilo gótico; pero quitándole toda su parte severa y grandiosa, aquí no hay piedra ni pátina obscura y venerable de los siglos; es ladrillo recubierto de yeso, todo muy blanco y limpio y los sillares se imitan con líneas negras pintadas. Están suprimidos los cuadros, esos cuadros negros y tristes de las iglesias; aquí sólo hay algunos frescos con colores muy brillantes pintados por algún padre jesuíta o algún joven precoz muy comedido, muy académico y protegido de alguna ilustre dama.

En cambio el órgano es soberbio, es la última palabra de la música: tiene muchas voces, imita la voz humana, la flauta y el óboe: es un órgano melifluo para ser tocado por un jesuíta con acompañamiento de violines y de jóvenes congregantes.

En los altares las imágenes son muy sencillas, son santos de yeso, santos de bazar llenos de purpurina y recargados de encajes: en uno principal está el del fundador de la Compañía, San Ignacio de Loyola; va vestido de negro; en una mano, pequeña y regordeta, tiene un bonete de forma

anticuada; en su enorme calva brillan las luces de las velas y tiene una barbita rubia y recortada; su aspecto es algo repugnante, parece un redomado hipócrita. En este momento no deja de sonar la puerta, son nuevas devotas que entran; algunas se arrodillan ante un altar de su devoción y luego se acercan a los confesonarios; desde donde estoy se oye un cuchicheo de voces femeniles; una voz más gruesa y nasal las interrumpe de pronto, es el confesor que hace alguna indiscreta pregunta.

Estos altares de madera tienen forma gótica, son muy coquetones y en todos ellos hay una chapa esmaltada con el nombre del padre a que pertenece: Padre Lasaleta, padre Oramendi, padre Antón. En el centro de la iglesia hay unos bancos grandes divididos en dos series; en los primeros se sientan las mujeres, muchas de pueblo, algunas que van a confesar; detrás se sientan los hombres; éstos están menos concurridos, pero hay bastantes congregantes; se distinguen porque llevan colgado del cuello una cinta azul y blanca con una medalla de plata. Son los luises.

A las diez empieza una misa solemne, una misa a gran orquesta; en el altar mayor, entre cientos de luces, brilla el Santísimo Sacramento, expuesto en su custodia de plata sobredorada. La gente, que ha comulgado y oído esta interminable misa, empieza a retirarse; es necesario comer, cambiar de traje y prepararse para la procesión de la tarde.

La procesión.

Empieza a la seis de la tarde y se organiza con el mayor orden en la iglesia de los jesuítas. Nosotros preferimos verla desde alguna bocacalle inmediata a la iglesia de los jesuítas. Todos los balcones están llenos de gente, desde

donde esperan verla pasar. Están muy adornados con colgaduras, y algunos con arcos de flores y farolillos japoneses; pero donde se ha hecho un verdadero derroche, sobre todo, es en el muelle, donde vive la gente burguesa y comerciantes ricos.

Primero aparecen unos cuantos estandartes y pendones, detrás de los cuales caminan los cofrades y luises de ambos sexos; todos llevan del cuello medallas de plata, sujetas con unas anchas cintas de colores y en las manos velas encendidas; algunas las llevan rizadas, muy caprichosas, y que parecen banderillas; otras las llevan rodeadas de un papel que sirve de palomilla para no quemarse la punta de los dedos; van cantando un himno al Sagrado Corazón, y un jesuíta, alto y desgarbado, dirige la parte musical con aire autoritario. De vez en cuando desafinan mucho y sueltan gallos. El jesuíta los para en los momentos oportunos para que no alteren el orden de la procesión.

Las cintas de los estandartes las suelen llevar los luises más distinguidos; van todos muy acicalados y planchados; llevan guantes blancos de cabritilla. El que lleva el estandarte suele ser de mayor estatura, y lo sujeta en una especie de banderola que cruza sus hombros al estilo militar.

Detrás viene una imagen de la Purísima, de cartón piedra, vestida de azul y blanco y cubierta materialmente la peana de flores naturales; ésta la llevan en hombros los cofrades jóvenes y fuertes del Sagrado Corazón; de la peana parten una porción de cintas blancas, que tienen de la mano unas niñas muy pequeñas con trajes blancos y medias de color rosa, vestidas de angelito; de sus cuellos penden unos pequeños cestos llenos de flores; en sus espaldas, unas alas de papel dorado. Detrás van otras de más edad, que han hecho la primera Comunión y que llevan velas rizadas y encendidas en la mano; todas van vestidas de blanco, con velo de gasa y corona de azahar, parecen pequeñas

novias; algunas, con el trajín del día y de tanto madrugar, van muy descoloridas; parecen muertas o figuras de cera. Después vienen las personas serias y mayores: el obispo, ya viejo y achacoso, anda muy despacio, viste de seda morada; en la mano, enguantada, fulgura una sortija de amatista rodeada de brillantes, y lleva una pequeña vela apagada. A su lado, el gobernador civil, con frac y bastón de borlas, y el militar, vistiendo el uniforme de general.

Caminan a su lado los canónigos, con sus vistosos trajes y mucetas, y una porción de curas, con sobrepellices. Detrás vienen los concejales y catedráticos; éstos con sus fajines y aquéllos con un cordón al cuello, del que pende una medalla.

Después vienen las hijas de María, entre las cuales hay muchas señoras de edad; casi todas van vestidas de negro; algunas son muy achacosas y tranquean al andar; otras son sumamente gruesas; vienen casi todas cantando, pero lo hacen con dificultad y trabucan la letra.

Finalmente, sobre una especie de navío, aparece el Sagrado Corazón de Jesús; es también una estatua de cartón pintada de blanco y purpurina, las manos extendidas y un gran corazón chorreando sangre en el centro del pecho; le rodean muchos curas y congregantes, y a su paso, desde los balcones, cae una verdadera lluvia de flores y papelitos con inscripciones.

Reinaré en España
y con más veneración
que en otras partes.

—

Daré a los sacerdotes
la gracia de mover
los corazones.

—

Las almas tibias
se harán fervorosas, etc...

—

Otros llevan en colores el signo de la cruz con un corazón en el centro y una leyenda en la parte superior de la cruz, que dice:

IN HOC SIGNO VINCES

Cierra la comitiva la banda municipal, tocando, y un piquete de la Guardia civil, que separa a la gente que se aglomera a su paso.

Durante todo el trayecto de la procesión hay un grueso cordón de gente que admira a las imágenes y saluda a las personas conocidas que van de congregantes en la procesión. Algunas suelen ser accidentadas, y hasta suele haber carreras; en una de las últimas, unos marineros holandeses presenciaban la procesión sin descubrirse al paso de la virgen; esto produjo tal indignación en un padre carmelita, que se abalanzó sobre uno de ellos, le pisoteó el sombrero y le dió tan fuerte bofetada, que le descoyuntó una mandíbula, haciéndole guardar unos días cama. Los marineros hicieron una enérgica reclamación ante el cónsul de su país; y se les dió una satisfacción. Por fortuna, estos sucesos desagradables ocurren de tarde en tarde.

SANTOÑA

SANTOÑA

Es este pueblo montañés muy marinero, y como el Astillero, Castro-Urdiales y Laredo, de los más importantes de la provincia, pues el mar les da mucha alegría. Tiene Castro una hermosa plaza, donde está enclavada la Catedral; en los muros traseros de la colegiata, los marineros recuestan sus espaldas los días de huracán para resguardarse del viento; en clavos metidos en sus junturas, que son grandes bolas de piedra, cuelgan los encerados y las redes puestas a secar.

Ya cerca de Santoña, y llegando a Treto, vemos una porción de vagones de mercancías que destacan sobre el mar; estos vagones, abiertos a los cuatro vientos en su marco negro, el cielo encuadrado y encerrado, resalta más brillante y limpio que el resto del ancho celaje.

Un gran trecho de los muelles está ocupado por toneles de pescado y capachos cubierto con encerados. Unos hombres, metida la cabeza en sacos que le sirven de capucha y que les cae por la espalda, bajan y suben por un tablón que se bambolea y cruje al peso de sus pies descalzos; descargan harina de unos barcos viejos, pintados de negro, ancianos y veteranos pataches, cuyas maderas están agrietadas por los temporales y la carcoma.

Algunos de los descargadores que no llevan sacos a la cabeza tienen el pelo, los bigotes, la barba y las cejas empolvadas, y la cara y las manos blancas.

A lo lejos vemos el enorme peñasco de Santoña, que parece de acero negro, y las casas que se destacan hundidas y guarecidas a su pie. Cruzamos un largo puente; aquí hay muchos barcos pesqueros para transportar la gente a Santoña; cuando parten tocan una sirena ronca, cuyo sonido, gritos y silbidos como locomotoras, aturden los oídos; están desproporcionados para barcos tan chicos.

Al irnos acercando a Santoña contemplamos más de cerca al pueblo de Laredo; la mar está muy baja y en seco hay muchos pataches y barcas tumbadas en la arena con las velas colgando de los palos y otras recogidas; los marineros andan muy de prisa, descalzos, a pesar de lo inclinado que están los barcos, sin caerse; alguno sale de una casa camarote con un plato o una fuente a lavarlo en la cubierta, y luego desaparece por la escotilla como si se lo hubiera tragado el barco.

En los cascos afilados de estos navíos hay un mascarón de escultura pintado de color de carne: representa una sirena con la trenza y pechos de mujer y cola de tiburón; en otros es un caballo de mar o un pez fantástico.

Cuando nos vamos acercando a Santoña, un velero, en la mar gruesa, lucha con las olas y nos da la ilusión, a esta gran distancia, de que casi no se mueve; lleva todas las velas desplegadas al viento y de pronto hace un rápido viraje y empieza a ganar tierra.

Estos son los mismos veleros que iban a Méjico y que anclaban en Santander antes de las reformas, junto a los portales de las casas del muelle, hoy cegadas sus aguas y convertidas en unos jardines para paseo y esparcimiento de la gente de la población.

Ya vemos de cerca Santoña, relumbrando al sol todos los cristales de las ventanas de sus casas y las blancas arenas de la playa, y sus calles nos ciegan la vista y se ve más la capa de polvo cálido del pueblo.

El presidio.

Al poco tiempo de desembarcar entramos en el viejo presidio; es éste un destartalado caserón, largo como un cuartel. A su puerta están las garitas de los centinelas; militares de infantería, con fusiles cargados, se relevan de noche y día vigilando las puertas del edificio y las cercanías, en las que también se ven algunas garitas.

Pasamos a un patio, el más grande del presidio, donde andan sueltos los detenidos próximos a cumplir la condena; se parece mucho este patio al Mundo Nuevo o Américas del Rastro, o a la cubierta de un barco de emigrantes, donde todos se sientan bajo la campana que llama a comer, y miran mucho al reloj que está en la caseta al lado de la brújula y un par de salvavidas pintados de blanco, pues saben que hay que trabajar y llevar obra hecha dentro del oficio, porque la vida es muy dura a la llegada. Todo este patio está cruzado con estacas y cuerdas, donde ponen a secar las ropas los presos los días de sol; pasean en grupos, con las manos a la espalda y mirando al cielo, y hablando sobre si el buen tiempo durará; pero, generalmente, el cielo siempre está nubarrado durante el invierno y amenazando lluvia. Hay una agrupación de casas bajas hechas con esteras y estacas, como las de los industriales del Rastro de Madrid; en un cajón están los zapateros, con sus mandiles de cuero y un montón de botas viejas y de tacones arrancados con azuelas; con un punzón van haciendo agujeros en las suelas y pasando los cabos encerados; también hay alpargateros, sombrereros y sastres modestos que, sentados en el suelo, echan remiendos, cuchillos a las americanas y culeras a los pantalones.

Un viejo, tranqueando, se sienta buscando el respaldo de la pared y el apoyo de sus rodillas; cuelga del cuello de la

chaqueta su cabeza pesada, llena de venas y algún chichón de caerse de una silla contra el suelo al estar dormido y algo bebido. A este pobre viejo ya nadie le hace caso y él sólo se tiene que manejar y acostarse.

Este patio cuadrado y espacioso presenta un aspecto triste; el cielo está encapotado y todo tiene un color de tierra y hollín; los presos, con sus gorros y su uniforme de paño grueso color café, tienen el color muy pálido, aceitunado de estar tanto tiempo encerrados en las habitaciones altas, donde no da la luz; por eso tienen ese color de correa y muchos se han quedado casi ciegos y usan gafas; unos afeitados y otros con largas barbas, cejas pobladas y capacetes de pelo cubriéndoles las orejas; sus manos están sucias y las uñas largas y negras, como si hubieran estado varias noches en el tren sin lavarse; abundan mucho entre estos presos los hombres chatos y bajos de estatura.

Y produce miedo ese hombre de pelo rojo amarillo como de fuego, con las muñecas robustas y los dedos llenos de un pelo rojizo; su carne blanca, fofa y como lavada, parece que no tiene sangre; roja es su camiseta, amarillo el pañuelo que lleva al cuello; el crimen de este hombre debe ser algo sangriento y repugnante.

En el fondo del patio hay unas cocinas muy bajas de ladrillo, con muchos hornillos, donde hacen la comida y fríen en grandes sartenes sardinas y cuecen patatas y alubias en los calderos; te da un aspecto pintoresco a estas cocinas los vasares llenos de pucheros y aceiteras.

Estos cuatro muros tienen un balconcillo que sirve de corredor a los dormitorios y salas interiores; de trecho en trecho hay unas ventanas cruzadas con barrotes de hierro.

En las salas de los reclusos, a poca altura del suelo, hay unas tarimas, donde duermen envueltos en sus mantas pardas con grandes rayas blancas. En otra sala los camastros están en fila a lo largo del dormitorio y clavadas de

las paredes de yeso. Hay catres recogidos y cerrados. Algún enfermo, metido en su camaranchón, tiene la cara amarilla y está echado boca arriba, con los ojos clavados en el techo. Un farol de petróleo que iluminaba mortecinamente la habitación proyectaba un círculo de luz y sombra, que a veces se agigantaba o la dejaba casi a obscuras, al irse, gastando la mecha. En el techo de estos dormitorios se ven muchos desconchados, donde se filtra el agua, que en los días de lluvia cae gota a gota, como el tic tac de un reloj, en unos calderos que ponen debajo de estas goteras.

Luego se van recorriendo pasillos llenos de manchones de humedad y todos negros, donde las ratas han comido el suelo, y han puesto refuerzos de latón, claveteados, para enterrarlas; pero de vez en cuando una del tamaño de un gato se mete debajo de un mueble.

Los zócalos están llenos de cruces, con fechas y nombres, caras de mujeres arañadas con las uñas y grabadas en la piedra con las navajas.

En un rincón, en un banco, uno de esos bancos de presidio, aceitosos, con grandes cribas y agujeros, se ve el petate de un preso, que han traído en el tren, en un antiguo vagón de tercera. En la obscuridad se ven mover los pesados capotes de los guardias civiles, el brillar asesino de sus tricornios de hule y los fusiles bajos que llevan a la mano. El preso aparece con todo el cuerpo y las piernas amarradas y con las manos como en oración, fuertemente atadas. Se adelanta a saltos al banco, para recoger su ropa; pero le ponen unos pesados grilletes en los pies y manos, y la pareja de guardias civiles, sin contemplación, le empujan con la culata a la puerta de un negro calabozo.

Las demás salas del penal.

Algunos presos están aislados en cuartos pequeños, donde están encerrados. Cruzamos unos pasillos obscuros, llenos de manchones que forman un bulto abombado, que tienen manchas rojizas de clavos y que echan gotas de agua a lo largo de las paredes, dejando al secarse unos chorretes negros. Unas luces de aceite arden de trecho en trecho y se respira un fuerte olor de humedad. Se siente al pasar el desnivel del suelo y los tablones crujen. Parecen estos rincones poblados de locos y fantasmas. Se sienten voces y toses, que suenan en los calabozos broncas y secas.

A la altura de una persona vi unos ventanos negros con barillas de hierro; en uno asomaba una mano que se movía.

El celador descorrió un cerrojo. En un cuarto muy pequeño se veía un preso, tumbado de pechos en el suelo. En otro calabozo se sentían muchas voces, como si hablasen al mismo tiempo varias personas.

—Aquí hay un loco—me dijo el empleado, abriendo la puerta.

Y los dos dentro, iluminó con su farol un bulto echado sobre un montón de paja. Era un viejo medio desnudo, con el pelo muy largo y las uñas como garras. Tenía en el suelo un cántaro con agua, sin beber, y un pedazo de pan. Hablaba con gritos agudos y acento catalán. Sus dedos recorrían su cráneo de arriba abajo y hablaba vertiginosamente y con voces tan distintas que daba miedo. Al cerrar la puerta seguían sus voces, como si nunca acabara.

En este momento nos cruzamos con un hombre alto, de barba y con nariz bien dibujada, parecido a esos bandidos gallegos.

Era Planas, que está condenado en este penal a cadena

perpetua. Porque un juez de su pueblo pegó una bofetada a su anciana madre, Planas le mandó al día siguiente un regalo en una caja, y al abrirla el juez estalló la dinamita que contenía y quedó ciego y manco de las dos manos.

Muchos criminales que entran en este presidio, fuertes y jóvenes, van perdiendo energías poco a poco, hasta quedarse como un viejo y sin saber defenderse, perdiendo la razón al final al dejarles salir de la prisión por haber cumplido la condena.

—¿Ve usted ese preso que está apoyado en esa puerta? —me dijo el guardián—. Es un anarquista que atentó contra Alfonso XIII en una jura de banderas. Es Sancho Alegre.

Yo me fijé en un hombre bajo y fuerte que tenía unos ojos muy grandes y la cara muy expresiva.

Luego pasamos a una sala grande, donde el guardia me enseñó varios muebles hechos por los reclusos—. En esta cómoda—me dijo—se escapó uno de los presos; él mismo la hizo, y cuando supo el día que iba a ser vendida se metió en uno de los cajones, y al verse en la calle hizo saltar la tapa y se escapó. Estos agujeros los hizo él mismo para poder respirar.

Después abrió un armario, que era un arsenal de armas. Había pistolas, puñales, navajas, punzones, cuchillos y leznas.—Estas son las armas que les quitamos a los presos, pues al dormir se tienen miedo los unos a los otros y las esconden bajo el jergón.

En esto se acercó un viejo burlón, con gorro de lana y gruesas zapatillas y levitón de presidiario, riendo y tirándonos de la americana; abrió una boca desdentada y nos dijo que él mató a siete moros con un fusil. Luego supe que era el tío Lobo, que andaba mal de la cabeza, pero que era ya inofensivo; lo de los moros, que se empeñaba él en creerlo, no era sino cinco soldados españoles que mató él estando

de centinela, cuando era mozo, en un ataque de locura.

En las paredes se veía un cuadro de fotografías de delincuentes, gente repulsiva, con pañuelos al cuello y bigotes caídos y cráneos calvos, espadistas, atracadores, monederos falsos, asesinos que han tenido tiroteos con la Guardia civil en despoblado y han asesinado viajeros para robarles disfrazándose de empleados del tren con gorras de galones, barbas y bigotes postizos, que algunas veces, al ser sorprendidos, han saltado por la ventanilla y se han tirado del estribo estando el tren en marcha, internándose en el campo, amparados por la obscuridad de la noche y llegando a algún pueblo vecino, dejando abandonado en el asiento del tren algún cuchillo ensangrentado y un hacha.

Otro de los retratos es un viejo afeitado, con faja como un carretero: cuatrero o ladrón de ganado, pone en esta fotografía.

Todos estos criminales tienen un cartón en la solapa de la americana con un número; pero lo que llama más la atención son los retratos de los homicidas, uno con la cabeza en pico, alargada como un pepino y los ojos distraídos; otro está desnudo hasta la cintura, tiene las manos cruzadas junto a los hombros, en esta postura que los hacen poner los guardias civiles, o con los brazos en alto para registrarles los bolsillos por si llevan algún arma, amenazándoles mientras tanto con la boca de los fusiles.

Este criminal, que ha hecho cinco crímenes, contrasta su cabeza erguida, sus ojos pequeños y brillantes, que miran agresivos y la boca desvergonzada con la humildad de su cuerpo, desnudo como un disciplinante, con las manos abiertas y cruzadas junto al pecho.

Al lado del retrato de asesinos hay un cuadro en colores de Frenología, Fisonomía y Quiromancia; está reproducido en cartón piedra y de relieve la masa encefálica y el cerebro de un hombre, con un color gris, un brillo de bar-

niz muy desagradable, todo lleno de números y rayas rojas.

En los cuadros fisionómicos hay varios retratos de hombres célebres con títulos en francés. Vicente de Paúl, debajo dice: «bondad, caridad»; Lavater, «observación, apreciación»; Voltaire, «espíritu cáustico»; Sterne, «espíritu de sabiduría», Homero, «poesía»; Kleber, «cólera»; Cartuche, «perversidad»; y, por último, unas manos abiertas con muchas rayas y números en las falanjes de los dedos y en sus palmas, aquí entra la quiromancia, el esperitismo y las ciencias ocultas. Hay también unos cuadros, en color, de alcohólicos; unas cabezas enormes con la cara roja, la barba y los pelos erizados y los ojos fuera de las órbitas; de la boca, muy abierta, parecía que iba a salir una voz ronca como un gruñido lleno de blasfemias; sus manos inertes casi ya no tienen fuerza para sostener una botella de vino y en su frente parece que todas las ideas están embotadas y que su cerebro se ha ido reblandeciendo hasta hacerse líquido.

En un cuadro de estos cartelones, como los que sacan los curanderos en las plazas de Madrid, hay un caso de *delirium tremens*. El borracho, con la camisa hecha jirones y el pantalón azul lleno de manchas y desgarrado, enseñando la carne de sus piernas, muerde las sábanas y las maderas de su catre y huye asustado por los pasillos, viendo alucinaciones y bichos por las paredes; tiene los pies sin botas, con calcetines blancos. En otro cuadro viene atado con unas cuerdas y le atrancan dentro; después llega el médico, cuando está dando unos saltos que llegan cerca del techo, rodeado de los enfermeros.

Los locos.

Bajamos por una escalera de piedra a la planta baja del edificio. La luz que entraba por un ventano de la bóveda, iluminaba aquellos pasillos enormes, con muros de piedra

altos y sucios, como los de una Audiencia de pueblo. Recostados en las pared ·s, varios loqueros con largas blusas, fumaban y leían el periódico. Un hombre de gran estatura, de rostro atezado y vestido de negro, estaba apoyado en una columna con los brazos cruzados; de una mano que salía por debajo del codo colgaba. de un anillo de hierro, un manojo de grandes llaves. Era el carcelero.

Descorrió unas puertas enormes de madera que andaban sobre unas ruedas en unos carriles en el suelo, y tras una reja vimos unos cuantos locos que estaban desnudos, a pesar del frío que hacia. Uno de ellos tenía en la cabeza una corona de rey, hecha con alambres y cachos de cartón. Otro os locos se había hecho una tiara, y decía que él era el des papa y hacía a los otros locos que le chupasen y besasen los pies. Había uno pintando un reloj con carbón en el yeso de la pared, y se pasaba todo el día moviendo aquellas agujas fantásticas; aquel hombre no dormía, preocupado con aquel reloj. Unos locos andaban en camisa con las piernas desnudas, y corrían como argadillos; parecía que no pesaban; daban saltos inverosímiles y no se les sentía al andar. Alguno se meaba y sus pies mojados se marcaban como las pisadas de los caminantes por la nieve, primero muy fuerte, hasta que van perdiéndose a lo lejos; en las baldosas de este presidio eran los dedos separados, deformados por la edad, pies como esqueletos. El farol al moverse proyectaba sus sombras gigantescas en las paredes. De un rincón salió un viejo del jergón al ver la claridad, y poniéndose de rodillas sobre la sábana decía que él era Dios, pues había tapado el sol. Siempre que hay luz y ve la sombra que proyecta en la sábana—me dijo el loquero—dice que hace sombra al sol; tiene esta mania, y ya está todo el día así sin dormir. Al volver a correr las puertas de madera, tras la reja se sentían muchos alaridos y aullar, imitando a los perros, y golpes dados en la puerta.

Cruzamos un pasillo, y en unos sillones grandes y cuadrados, de madera, arrimados y clavados a las paredes, vi unos hombres sentados en camisa y atados a estas sillas de fuerza con unas fuertes correas por el pecho; el pelo era tan largo que casi les tapaba la cara; tenían los pies descalzos. Son locos rabiosos —me dijo el carcelero.

Pasamos una mampara de cristales y nos hallamos bajo la luz cruda de un patio; vi un largo corro de presos; en medio había dos asesinos: uno con una camiseta de grandes rayas rojas, un sombrero en la cabeza y los pies descalzos; el otro tenía un pañuelo atado a la cabeza como los manchegos, estaba en mangas de camisa y con alpargatas y ancha faja; los dos empuñaban dos grandes navajas, y se tiraban tajos al vientre y al pecho, luchando y dando saltos ágiles, mientras se tiraban a fondo para clavárselas; al de la camiseta roja le chiscaban mucho sus pies descalzos en el suelo, tenía mucha agilidad, y decía: «Prepárate para recibir este viaje», y le tiraba una navajada al muslo; el manchego decía, preparando bien la faca y tirándole un golpe al pecho: «Cuéntate con los muertos».

Los que estaban mirando aquel bárbaro duelo a cuchillo estaban entusiasmados y cruzados de brazos; otros se habían sentado en cuclillas y en primer término para ver mejor.

—Son los presos - me dijo el guardián que estaba en la puerta—, que están simulando un asalto a cuchillo. Esto los entretiene mucho en los ratos de ocio.

La corrida de toros en Santoña.

Al otro día era domingo de ferias y había toros; la Plaza está frente al penal; los presos, asomados a las ventanas del viejo edificio, tras las rejas, se entretienen viendo entrar la gente, los picadores y la cuadrilla a la plaza.

Desde su prisión oían los aplausos, los silbidos, los gritos de hombres y mujeres: «¡Que le den las orejas y el rabo!» Y aquella pobre gente sufría, en un día hermoso de sol, oyendo aquella barbarie que insultaba sus oídos, aquella cobardía amparada por la ley y viendo desfilar la gente cerca de sus ojos, bailando y cantando, para mayor escarnio; los viejos picadores, montados en caballos llenos de costuras y con las patas llenas de sangre, tranqueando; otros, cojos por los agujeros de las heridas, pasaban muy despacio, arrimados a las fachadas de las casas.

Como esta Plaza de Toros no tiene desolladero, sacan los cadáveres de los caballos a la calle, a muchos todavía vivos y cubiertos sus lomos de sangre, dándoles allí la puntilla, frente al mar, cerca de la orilla de la playa donde están anclados los barcos y las traineras que por la noche salen a la pesca, cuando el cielo está negro todavía, y el sol, redondo como la luna, sin fuerza y casi no alumbra, bajo el peso de los negros nubarrones, parece estar cogido entre dos planchas de cobre; el mar parece pegado al firmamento, como una decoración de teatro, y los barcos, con las velas extendidas y los cascos muy levantados por la poca mar, parecen sus siluetas, cansadas y tristes, a negros ataudes; la orilla, negra, con fuerte olor, tiene ligeros temblores y ruidos como un chasquido porque va creciendo la marea.

Dentro de poco, los bravos marineros saldrán al rudo trabajo de la pesca, tan lleno de peligros. Mientras tanto, a la caída de la tarde, frente a la Plaza, abren a los toros en canal con un cuchillo, para sacarles la sangre, y a hachazos, dos hombres fieros como dos leñadores, les cortan los cuernos.

Los niños de Santoña ven este espectáculo, que tanto instiga los instintos criminales, con los ojos muy abiertos; miran el carro lleno de caballos muertos, con las patas tron-

chadas y las lenguas colgando, llenas de tierra, lo mismo que sus ojos cristalinos, muy abiertos.

Al otro día, muy temprano, llegué donde estaban las diligencias, cuyos caballos estaban enganchados para marchar; al abrir la portezuela, encontré echado en los asientos y en el suelo un montón de gente, roncando, por no haber encontrado fonda; se respiraba un olor como a cabras, que daba náuseas; pronto partíamos, y el aire de la mañana olía bien, y refrescó el coche.

En el campo, por las afueras de Santoña, estaban en fila y abandonados, más de veinte caballos muertos en la plaza de toros.

Dentro de unos días estarían hinchadas estas carroñas, con los músculos rojos y descarnados, como los de los hombres plásticos que hemos visto en los escaparates de las tiendas de instrumentos de cirugía en la calle de Atocha, de Madrid; estas carroñas, en carne viva, y la cabeza, en esqueleto.

ROMERÍA DE LA APARECIDA

ROMERÍA DE LA APARECIDA

Hoy se celebra en toda la Montaña la fiesta de esta milagrosa imagen; desde las seis de la mañana salen los trenes llenos de romeros de Santander hasta Ampuero, donde hay preparados coches para recogerlos. También acuden gentes en peregrinación de Arredondo, Ogarrio, de la Cabada y el Calerón; de todos sus pueblos inmediatos parten los coches, cubiertos de polvo y atestados de peregrinos, tirados por caballos con las cabezadas llenas de cascabeles y cubiertos de sudor. Nosotros optamos por subir la cuesta a pie, aunque el día está muy caluroso, pero así veremos las cosas mejor; otros echan por los atajos para llegar antes. Por el camino y subiendo la cuesta vemos los tipos más extraños que podemos imaginar: viejas amarillentas con el pañuelo anudado al estilo de la montaña, llevando cirios para ofrecérselos a la santa imagen; otras llevan en brazos niños enfermos y tullidos, con la cara de cera y con ojos que parecen de vidrio; vemos también subir en un carrito de mano a uno que hace esfuerzos imposibles para subir la cuesta; van también cojos y tísicos apoyados en un bastón, que van dejando las pocas fuerzas que les queda en esta cuesta, que parece nunca acabar; pero en todos parece que se ve la esperanza, un deseo más de vivir. Los que van por los atajos tienen que sufrir más las molestias; el suelo está lleno de pedruscos y zarzas que van abriendo con sus cayadas y palos. A lo lejos se ven

las montañas veladas por la bruma, y entre vallas de piedra y campos de panojas amarillentas y secas asoman las casas, muy pequeñas, llenas de carcoma, con los balcones en cuesta; algunas son tan míseras, que parecen grilleras o esas casitas que hacen los chicos en la escuela dejando hueco un corcho y poniéndole una reja de alfileres para encerrar a las moscas; al pie de estas casas encienden hogueras para quemar el rastrojo y cuyo humo se une con el que sale de alguna chimenea. Por la carretera tenemos que dejar paso a los carros cubiertos de follaje, tirados por bueyes; van llenos de romeros que piensan divertirse, con sus cestas llenas de comida y buenas botas de vino; las mozas, rientes, alegres, sanas y coloradas como las manzanas, mezcladas con los mozos en traje de domingo, con sus fajas nuevas azul o roja y su reloj grande de plata con cadena de cordoncillo negro y sus pañuelos de seda de colores anudados a sus robustos cuellos; debajo de las boínas asoma un mechón de pelo en forma de melenas; otros lo tienen fuerte y acaracolado como los borregos; van cantando y tocando en el pandero coplas alusivas a la Virgen milagrosa. Los bueyes caminan despacio, enfundados en sus mantas de tela de saco, adornadas de borlones y trencillas rojas y en medio las iniciales de sus amos. Otros se dirigen en caballejos peludos y amarillos, llevando a las ancas alguna moza garrida, de senos abultados y grandes caderas, ataviada con sus mejores ropas que guardan en el arca al lado de las panojas y del lino. Detrás avanza un grupo de alegres romeros armando una gran algarabía; van cantando coplas a la Virgen; otros, tangos de la guerra de Cuba; se acompañan con el pandero y el tamboril; otros van dando gritos destemplados y desaforados, formando un conjunto bárbaro que resuena en los riscos y cuevas de las montañas. A cada momento pasan por la carretera coches llenos de gente que se dirigen al santuario, levantando una nube

de polvo y desapareciendo entre los chasquidos del látigo, los juramentos de los cocheros y el alegre sonido de los cascabeles.

Llega un momento en que el terreno se va haciendo más accidentado; tenemos que andar con cuidado por aquellos peñascos, rodeados de precipicios, para no resbalar; ahora tenemos que subir una cuesta llena de pedruzcos de tierra movediza y zarzas; hay un momento en que la ascensión se hace tan penosa, que tenemos que subir gateando.

Cuando pisamos la montaña vemos en el llano los coches como juguetes que se deslizan por la carretera. Al descender una cuesta aparece como un rosario la mancha negra de los romeros, que vamos dejando atrás y que parecen muñecos que se arrastran o un hormiguero humano.

La mañana empieza a estar fría y desagradable, amenazando lluvia; el cielo tiene un aspecto imponente, y los nubarrones tapan las cimas de las montañas; las nubes empiezan a condensarse y cae una lluvia sutil y penetrante; las mujeres se echan las faldas por encima de la cabeza y algunos abren sus enormes paraguas, bajo los que se cobijan todos los que pueden; la lluvia arrecia más, y los que no tenemos paraguas, como último recurso, nos subimos el cuello de la americana y nos metemos las manos en los bolsillos del pantalón.

A lo largo del camino vemos de vez en cuando un techado de forma de capilla, con un farol que alumbra a una imagen o a una cruz clavada en la pared, con un banquillo donde se guarecen los mendigos, que no dejan de acosarnos con sus peticiones; éstos salieron al amanecer y llegan a pie desde los pueblos cercanos para estar por la mañana en el campo de la romería.

En medio de la carretera hay un carro de toldo; el borrico que lo conduce está desenganchado y atado a un árbol, comiendo hierba; este carro tiene un colchón, con mantas y

sábanas; metido en esta cama hay un hombre gordo y espatarrado; para dar compasión, le salen fuera de la cama los muñones amorcillados y llenos de cicatrices del cosido de sus piernas cortadas; una muchacha, con un escapulario al cuello, pide una limosna para su padre y vende un romance, en donde se explica su historia, en el que dice que unos criminales penetraron en su casa de noche para robarle, le cortaron las piernas y acribillaron su cuerpo a puñaladas; él se queja mucho, y dice con voz plañidera: «¡Hermanos, no quiera Dios que os veáis como yo, enfermo y sin remos para ganaros el pan!»

Ya estamos cerca del santuario; se ve muy clara la iglesia y se oye el tañido de sus campanas, que están todo el día dando volteretas en el aire, pues se están celebrando misas sin cesar; se divisan los carros, el follaje de que están adornados, el humo de las hornillas en que se fríe la carne y la mancha negra de gente que se amontona en torno de la iglesia.

Se va despejando algo el cielo y ha dejado de llover; los coches van abriéndose paso por la carretera, llena de carros, de jinetes y de personas que aceleran el paso por llegar antes.

Al poco rato de marcha nos hallamos pisando los prados donde se celebra la romería: grandes carros, cuyas lanzas descansan en toneles de vino; los bueyes, desuncidos, pacen por la pradera; estos carros están abarrotados de alimentos, de trozos sangrientos de vaca y de ternera, que son descuartizados con grandes cuchillos y echados en espuertas para llevarlas a los merenderos para freir; otros carros llenos de tortas de pan moreno de borona, de pellejos de vino, que sangran sin cesar sobre jarras, sobre barreños, sobre vasos de a litro, llevando la alegría a todas partes.

Los merenderos, improvisados con su techumbre de lona, amarrados a grandes estacas, con sus mesas cubiertas

de blanco mantel y distribuídos los platos, los vasos y los cuchillos, todos nos disponemos a comer, a tomar la sopa bien caliente.

Oigo conversaciones de cosecha, de ganado, de cerdos. Estoy sentado entre labradores, que también creen que lo soy. Todos comemos con gran apetito y nos echamos grandes vasos de vino entre pecho y espalda. Cuando ya no nos dan más, me levanto y doy una vuelta por estos campos; veo bailes de flauta y tamboril; otros bailan el agarrao: mucha gente merienda en el campo la comida que ha traído de Santander y los pueblos; por todas partes se ven pasiegas con sus cuévanos de quesucos, vendedoras de nueces, de avellanas, de peras, de higos; un viejo tiene en su puesto un aparato de vistas. «¡Pasen ustedes y verán la guerra de Cuba, el desastre de Cavite y la muerte del general Margallo!» No lejos de éste hay un fotógrafo ambulante que retrata a las criadas, a dos amigas cogidas de la mano; y un hombre con un gran cartelón, en que señala con un puntero el crimen del capitán Sánchez, el descuartizamiento de Jalón en una artesa y el momento en que aquél fué fusilado.

Por detrás de este cartel sus cuadros pintados representan la sangrienta semana de Barcelona, los conventos de frailes y de monjas incendiados, saliendo desnudos y descolgándose por las ventanas, y las iglesias saqueadas y llenas de bombas de dinamita sus altares. El fusilamiento de Ferrer, en capilla y sus últimos momentos, al caer de bruces por la descarga, con el pañuelo atado a su frente tapándole los ojos en los fosos del castillo de Monjuicht.

Luego penetré en la ermita; el postigo estaba lleno de pobres implorando caridad. Había mancos llenos de vendas con sangre y pus que nos alargaban sus muñones, y también había cojos apoyados en las muletas; uno tenía una pierna que colgaba en forma de arco, envuelta en vendas,

tan encanijada y sin el menor movimiento, que se veía que era postiza y que la sangre de las vendas era pintura, y muchos ciegos; los había con gafas negras y parches en los ojos. Todos pedían a gritos y al mismo tiempo decían que la Santa Virgen de la Aparecida nos conservara la vista y nos diera la salud a todos. Algunos de estos pobres nos tiraban de la chaqueta. El portal de la iglesia estaba lleno de mostradores, con estampitas, medallas, escapularios e imágenes de todos tamaños de la Virgen milagrosa. Los frailes que las vendían tenían una risa muy maliciosa e hipócrita y se deshacían con las señoras y señoritas elegantes, haciéndolas guiños y zalamerías y dándolas las medallas y cruces de su correa para que las besasen.

La iglesia, por dentro, estaba atestada de gente; había muchas beatas con velas y algunas que venían de los pueblos vecinos, subiendo la cuesta de rodillas para cumplir una promesa. Entraban de esta manera en la iglesia. Se veía un largo cordón de estas mujeres enlutadas, con las rodillas desolladas y sangrándoles los pies descalzos, por los riscos de las montañas, con cirios en las manos, y después de dar varias vueltas por la iglesia, siempre arrastrándose con las rodillas, colocaban sus velas en un enorme hachero, y las que no cabían quedaban en montón y ardiendo, tiradas sobre las baldosas de piedra del templo.

Después me puse a mirar los altares con curiosidad. Una vitrina estaba llena de relicarios y ex votos, camisetas y trajes de niños, desteñidos por el tiempo; trenzas con sus lazos de seda descolorida, cortadas a raíz de las cabezas de niñas enfermas.

En un cuadro escrito debajo de la vitrina se leía este relato:

La niña María del Rosario Cornejo,
estando jugando con una muñeca,

se tragó un alfiler de los ordinarios,
que se le quedó clavado en la garganta;
la produjo una tos asfixiante, acompañada
de saliva sanguinolenta; pero la madre
ofreció a la Virgen de la Aparecida
un escapulario y una misa,
y la niña salió bien, según
atestiguan un médico
y algunos vecinos.

Había otro que se refería al atentado ocurrido en la calle Mayor contra los reyes por el anarquista Mateo Morral. Este cuadro era una gran fotografía, iluminada con colores muy chillones, en el momento de estallar la bomba sobre la carroza real; debajo tenía esta explicación:

Una madre se hallaba con su hijo
presenciando el paso de la comitiva
cuando ocurrió la catástrofe.
En aquel mismo momento
la mujer gritó: «¡Madre mía,
Virgen de la Aparecida,
sálvanos y salva a los Reyes!»
Y a esto se debe que
conservaran la vida.

Había también unos ojos de cristal, donados por una enferma.

Julia Rodríguez Rojo, natural de Ferrol,
tenía unas terribles cataratas.
Hizo este ofrecimiento a la Virgen
de la Aparecida y recobró la
vista el 23 de febrero
de 1850.

Debajo de esta ofrenda había un cuadro negro y antiguo. Su asunto eran unos veleros desmantelados que se iban a pique; otros barcos de vapor subían por una montaña de agua. El cielo era tan negro, que parecía de noche; tal era el fragor de la tormenta. Los marineros de estos navíos, al verse en aquel trance, se acordaron de la Aparecida y salvaron sus vidas.

En el muro de piedra donde está la pila del agua bendita hay un cartel que dice:

Prohibido ser impío
en este lugar.

También en este muro vi una inscripción donde se leía que allí fué donde se apareció la Virgen. En aquel sitio hay un boquete, una especie de nicho, donde los fieles esperan vez para meter la cabeza con gran devoción. Algunos oyen ruidos misteriosos. Hay quien oye hablar a la Virgen, sienten sus pisadas y su aliento.

Al salir de la iglesia ya casi anochecía. Una procesión de carmelitas descalzos que recorre los campos volvía de vuelta a entrar en el templo. En el pueblo donde habían hecho alto para comer se habían bebido todo el vino y tragado toda la carne de que disponían los vecinos para mantenerse una temporada.

En el campo de la romería los mayorales restallaban los látigos, y las mulas, impacientes, daban cabezadas moviendo las colleras de cascabeles. Yo apreté el paso para subir a una de estas diligencias, porque se acercaba la hora de cenar y volver a Ogarrio.

MEDINA DEL CAMPO

MEDINA DEL CAMPO

A las dos de la mañana llego a esta estación, que resplandece por la luz fuerte y fría de los arcos voltáicos; por las aberturas que deja la cristalería, a derecha e izquierda, se ve el cielo obscuro de la noche, donde parpadean las estrellas, y a lo lejos, y como perdida, alguna lucecilla roja de los almacenes de la estación y casas del pueblo. En las salas de espera hay gente durmiendo, mujeres sentadas en las cestas con las faldas por encima de la cabeza y muchos segadores tumbados en el suelo encima de sus mantas, con los pies desnudos e inmóviles como los muertos; tienen sombreros de cáñamo, de alas muy anchas, y algunos llevan sandalias. Como hace mucho calor, están sin chaquetas; por debajo de las fajas se ve la cintura del calzoncillo, lo mismo que la camisa, muy sudada de no cambiarse estas prendas en mucho tiempo, y las culeras del pantalón las tienen llenas de remiendos y agujeros, donde se ve la carne; en la correa llevan calabazas grandes y rojas para el agua; de las espuertas que hay tiradas en el suelo asoman los mangos de las hoces. Se oyen muchos ronquidos y tienen echados los sombreros y las boinas por encima de la cara para resguardarse de la luz y de las picaduras de las moscas. De aquel montón de segadores sale un olor a rebaño. En el suelo hay muchos zuecos atados y útiles de labranza; arrimadas a la paredes están las guadañas.

Entro en el comedor de la fonda a pedir alojamiento; éste está desierto; por algunos lados está a obscuras y alguna que otra lámpara encendida alumbra el mostrador; cerca de él, en un camastro, duerme el portero de la fonda; las mesas tienen, algunas, los manteles quitados, donde hay restos de cena; un camarero echa café a un comisionista catalán muy petulante, con una flor en la americana; unas cajas de cartón colocadas en pila en el suelo están llenas de medias y corsés de señora.

Subo con mi maleta a los cuartos dormitorios de la estación; en un pasillo hay una habitación con la puerta abierta, pues están subiendo los equipajes; se ven dos mujeres vestidas de luto; los sombreros y los cabás están encima de la cama mientras se asean y peinan. En las otras alcobas, que tienen la luz encendida, tras los cristales se ven las siluetas de las botellas a contra luz encima de las mesillas de noche.

Como no tengo sueño, abro la ventana de mi cuarto; llega un tren. El estruendo que produce al pasar por la plancha de hierro tiene eco en las paredes; queda parado un poco lejano de la estación; en el último vagón brillan los ojos rojos de tres faroles; en el techo del coche está la caseta del guardafreno; al otro lado del andén un farol, colocado entre árboles, proyecta sombras en el suelo; su luz hace brillar el acero de la vía.

Una locomotora da grandes resoplidos y salen de su chimenea lenguas de fuego que llenan el cielo de nubes de humo que toma formas fantásticas; entre una empalizada suben los postes de hierro de señales con faroles de colores de luz vivísima. A ese lado cae el pueblo y se ve la mole obsesionante del castillo de la Mota; alrededor de sus torres vuelan los cuervos. Un hombre subido en el techo de los vagones renueva el aceite de los faroles y otros barren los coches; en el suelo hay cajas de pescado; los mozos se ocu-

pan de cargar la mercancía en los vagones. En las puertas de mi cuarto oigo los ronquidos de algún viajero del cuarto de al lado; de vez en cuando le hace despertar a uno los silbidos y el paso de los trenes; esas esperas interminables que se suceden de uno a otro tren que llega retrasado varias horas, y en el sueño parece que se tiene muy cerca a esas grandes máquinas que, separándose del tren, hacen maniobras por la vía, alejándose y volviendo a la estación andando al revés; el escape del vapor de agua y su terrible y prolongado silbato concluye por despertarnos sobresaltados en nuestra cama.

El pueblo.

Por la mañana bajo por la carretera y entro en las calles del pueblo; un pregonero vocea el precio de las gallinas y del trigo y anuncia algunas bodas.

Doy con una plaza como una inmensa explanada; en medio tiene una fuente, con una escalerilla a bastante profundidad de la tierra; a lo lejos se ve una iglesia; entro en ella, y veo un Cristo milagroso, lleno de ex votos su altar. Me siento en un café a desayunarme, y el camarero me entera que en esta plaza se dan capeas y se celebran las famosas ferias de ganado, las más importantes de España; al acabar la feria, los mozos hacen una barrera con carros y empalizadas de palos, y se dan corridas de toros; todos los mozos del pueblo bajan con palos y banderillas a torear; alguna vez se sueltan toros muy grandes y duros, de la tierra, que dan una tremenda cornada y dejan moribundo a algún mozo; todos quieren torear, y discuten y bajan, con las grandes botas de vino, a dar un quiebro a cuerpo

limpio, y no es el primero que en estas discusiones ha clavado a otro una banderilla en el vientre.

Bajo los soportales de esta plaza, que están llenos de tiendas con los toldos echados, pasea la gente para resguardarse del sol; es la mayor de España. La gente que está en la acera de enfrente se la ve pequeña, por la distancia; yo, hasta la hora de comer, paseo por ella; es tal el encanto que tiene y tan distraída, que da ganas de no marcharse de allí.

Al medio día subo a la fonda del Castellano; en el comedor revolotean pegotes de moscas por el techo y nos andan por la cara y por el rapado de la cabeza. Hay muchos comerciantes almorzando, que no hablan más que del trigo y del vino; alguno se da un golpe en la calva y en las manos, con ánimo de aplastar a las moscas; los más sufridos son unos que comen en mesa aparte, tienen la cabeza redonda y frente saliente; están gordos, como canónigos, gastan coleta, y no hablan más que de toros y fuman grandes puros; uno tiene la mano hinchada como una bota de un golpe del cuerno del toro; pero dice que saldrá a picar esta tarde.

Cuando bajo a la calle veo debajo del balcón de la fonda los caballos de los picadores, esperando que éstos se vistan para llevarlos a la plaza; en los balcones se ve ya asomada alguna mujer, con traje llamativo, de color rosa, rojo, verde y amarillo, y mantilla blanca y alta peineta, ataviadas para ir a la corrida.

Paso por delante de la Audiencia: es éste un largo edificio, con un gran reloj en su torre; paseando por sus pasillos están los desocupados del pueblo hablando de política y leyendo el periódico; en un papel, pegado a una puerta, están señalados los juicios pendientes: hurtos, disparos, lesiones, muertos en riña, estafas e injurias. Los pasillos están muy obscuros y huelen muy mal a humedad y a retrete; los escribanos están copiando las causas criminales; en

los estantes de una librería se ven gruesos libros y montones de tolios atados; en una sala grande, como un teatro, bajo un dosel de terciopelo rojo, hay un Crucifijo y un retrato de la reina madre, hecho en cromo, muy rígido y tieso, vestido de gris perla y pasado de moda.

Debajo está la mesa de la presidencia y los sillones rojos donde se sientan los jueces: por los corredores van y vienen los secretarios, viejos, con las gafas caladas y la pluma tras la oreja; son tipos ridículos: uno con una gran joroba, otro con un lobanillo en la frente y una nariz llena de granos, y tan grande, que se le mueve al andar como la trompa de un elefante; por estos pasillos vemos correr las ratas y algún murciélago cruza como un rayo por el techo. Pasa el presidente de la Audiencia, y todos los porteros le saludan y hacen muchas reverencias; es un hombre muy alto, con un levitón, cuyos faldones le llegan hasta las puntas de los pies de lo agachado que está; de su bolsillo cuelga el rabo del pañuelo; este viejo carcamal anda tan despacio, arrastrando los pies, que suele tardar un cuarto de hora en recorrer el pasillo; como él va diciendo a los porteros y se sabe de memoria todos los escalones de su casa y de la Audiencia; este pajarraco, calvo y con patillas blancas, está pidiendo un ataúd muy largo y estrecho, como para su momia, y después de su defunción, su viejo levitón, vendido a un trapero, vaya a parar a las manos de a un prestamista de pueblo, que le tomará tanto cariño como el difunto, pues era como su pelleja.

Esta Audiencia queda en el centro de una plazuela, de la que arrancan cuatro de las calles más típicas de Medina del Campo, donde hay conventos de frailes descalzos. Éstos son tan holgazanes, que se levantan de la cama por la tarde; todo el día se lo pasan durmiendo y comiendo; tras las ventanas abiertas se los ve, con el pecho desnudo y en calzoncillos, lavándose en grandes pilones; sus barbas son tan lar-

gas que les llegan a la cintura. Enfrente están las casas de mujeres de mala vida, que les llaman mucho desde la calle; pero ellos no las hacen caso, porque para estos menesteres tiene la comunidad mejores mujeres entre las monjas. Anochecido, los cagones del pueblo, que salen de las casas de lenocinio, se ponen en fila, y bajándose las bragas, con las posaderas al aire, hacen del cuerpo bajo las rejas del convento; los frailes, que a esa hora suelen estar borrachos, se asoman por las ventanas y vomitan en las espaldas de los cagones y vuelcan sus pestilentes bacines.

Entro en una iglesia desierta; están desarmando unos altares barrocos, que los curas venden, para llevar a Madrid. Los vecinos de Medina no tardarán en ver nuevos altares de estilo gótico de bazar, en que brillará el blanco y la purpurina, para colocar un Sagrado Corazón y una Purísima comprados en la calle Mayor, de Madrid.

Pasamos por delante de una barriada de casas viejas; todas tienen en el alero del tejado una polea, a la que se ata una cuerda para subir y bajar los muebles por los balcones, por tener la escalera muy estrecha y no caber por ella. En alguna de sus fachadas se ve un santo metido en una hornacina o una cruz clavada; en un balcón bajo, tras un largo visillo echado, se transparenta al sol el cuerpo indeciso de una mujer cosiendo a máquina. Un hombre viene por esta calle cantando su mercancía y parándose en todos los portales; lleva en la mano una tabla de la que cuelgan muchos saquitos atados con las hierbas que pregona: ¡Llevo la raíz del traidor! ¡Llevo la hierbabuena! ¡También llevo la hierbaluisa! ¡Llevo la adormidera! ¡Llevo la flor del colirio! ¡Llevo la pulmonaria! ¡También llevo la ruda para las preñadas y la raíz del malvavisco! En las esquinas de estas calles se ven unas tablas pintadas: una es un carro lleno de trigo; el carretero marca la dirección con la tralla, y debajo dice:

«ENTRADA»

En la otra esquina, de un caballo de gran alzada, pe color de pizarra, tira un hercúleo mozo, que extiende el brazo. Debajo dice:

«SALIDA»

En el callejón del Infierno hay varios mesones; las diligecias, llenas de baúles y arcas esperan a que bajen los últimos viajeros; en este estrecho callejón se ven algunas confiterías y varias tiendas de granos; un muñeco de madera cuelga de un gancho de la puerta; es un labrador con la cara y las manos muy tostadas y rojas, en las que resaltan el blanco de las uñas y los ojos; tiene unos gruesos zapatones de campo; anuncia este establecimiento dónde hay hierbas que crecen en las aldeas y al borde de los caminos, empleadas en ungüentos medicinales; en los pequeños departamentos de unos cajones vemos las plantas que curan y las plantas que matan; aquí está la hierba de los pordioseros; la emplean los mendigos, para producir sobre sus piernas y brazos llagas artificiales y simuladas y excitar la compasión; la hierba sardónica, que contrae los músculos de la cara y hace que nos riamos involuntariamente; las; barbas de capuchino, vive como un parásito sobre varias plantas; esta hierba es la preferida para purgarse las monjas y las beatas; la Mandrágora, los campesinos llaman a esta planta árbol con cara de hombre; cuando la arrancaban de la tierra, el hombrecillo encerrado en ella daba ayes lastimeros y agudos gemidos para librarse de maleficios; preferían que la arrancase un perro, y la envolvían en seguida en un sudario, y entonces adquiría la maravillosa virtud de duplicar las monedas que en él se envolvían. Sobre esta planta se han formado muchas leyendas y supers-

ticiones; la empleaban mucho en las obras de magia y en las recetas los hechiceros. En los papeles en que estaban envueltas otras plantas tenían unos letreros con sus nombres: Espanta-Lobos, Dientes de león, Hongo asesino, Hierba piojera, Hierba belluda, Apocino o Caza-moscas. Al lado de esta tienda hay una peluquería con un letrero:

«SE APLICAN SANGUIJUELAS Y VENTOSAS»

En el escaparate está encerrado un muñeco de madera, un chico con el pelo y las piernas desnudas, a las que están pegadas muchos bichos verdes, parecidos a las orugas, que le chupan la sangre; tiene su cara una expresión dolorida y de miedo y lleva en las manos unas panojas.

De aquí salgo al campo donde está la plaza de toros; al llegar a sus puertas veo mucha gente, que entra en la enfermería, y me entero que un toro acaba de matar a un torero. En una mesa se ve al muerto con el traje de luces; la taleguilla está agujereada por las cornadas, y en el pecho, desnudo, tiene un gran boquete, por el que ha salido la sangre a borbotones y teñido su camisa de rojo; rodean al muerto algunos picadores de su cuadrilla, que se quedarán esta noche a velarle; desde aquí se siente el ruido de los aplausos y los silbidos, pues la corrida sigue como si nada hubiera pasado.

Al salir de aquí entramos en el patio de la plaza; en un carro hay un montón de cadáveres de caballos, con todo el cuerpo cosido a cornadas; en el suelo se ve alguno en la agonía estirar sus patas; la gente se sube a su panza y les dan patadas en los dientes y en las cabezas y les clavan sus navajas. En la pared, al lado de la polea para subir a los toros muertos en alto y depositarlos en el carro, estaba colgada la cabeza del toro que mató al torero; la habían cortado para disecar; la pared tenía un gran manchón de san-

gre que de su cuello salía. Tenía el testuz muy rizado, los ojos abiertos y redondos y los morros llenos de coágulos de sangre, que baldearon con un cubo, dejando con el agua más fiera su cara al rizarse el pelo, semejante al sudor cuando se vuelven locos por la rabia al luchar en la plaza. En el suelo, entre un río de sangre, estaba el cadáver decapitado de este toro.

Al salir de aquí subo al pueblo, pues me queda de ver el castillo de la Mota; su mole, a pesar del abandono y la acción del tiempo, tiene una imponente grandiosidad; todo él es de ladrillo, con profundas grietas, taladrado por el boquete de las ventanas, donde anidan los cuervos. En la puerta de entrada hay un niño jugando con un perro; sale a mi encuentro el guardián, que me invita a visitar el castillo, dejando ordenado a su hijo que no se mueva de allí. Subimos por unas pendientes escaleras en la más completa obscuridad, muy de tarde en tarde, pues estos escalones no se acaban de subir; el hueco de una ventana que da al campo nos deja ver las habitaciones interiores; por encima de nuestras cabezas sentimos azotar las alas de un pajarraco, que debe ser algún cuervo calvo, y que se recrea en andar por las vigas al descubierto y entre los escombros de las salas, que antes tuvieron un gran lujo y riqueza.

«Para estos bichos—dice el guardián sonando las llaves del castillo—tengo yo esta buena garrota.» «Puede que sea —le digo yo—algún erudito o chamarilero con los lentes puestos que esté buscando algo que llevarse.» Subimos a una torre llamada el tocador de la reina, lo que todo es ruina y habitado por cuervos; hace años estaría lleno de muebles, tapices y sillones; cuantos reposteros y magnificencia había en su comedor lleno de criados y los frailes de todos los conventos de Medina se llenarían la panza al comer con los católicos reyes y las damas de su corte. Desde las altas torres de este castillo vemos el espléndido paisaje Castilla,

desprovisto de árboles y llano como la palma de la mano; sopla un viento sano y agradable. Bajamos a la planta baja del castillo; las bóvedas y mazmorras están llenas de goteras y amenazando derrumbarse; el suelo tiene charcas de agua negra estancada de las lluvias pasadas; en estas cuevas desoladas parece que estamos viendo los potros, los tornos y demás aparatos de tortura. Aquí encerraban a los prisioneros de guerra; se veía en el muro una ventana donde se asomarían los desgraciados a la hora de darles la comida; las paredes conservaban alguna argolla donde colgarían las cadenas para estar atados por el cuello y brazos. Al bajar del castillo siento en mis piernas unas fuertes agujetas que casi no me dejan andar de tantas escaleras que he subido y bajado.

Entramos en el patio de Armas; las baldosas del suelo están arrancadas y se las han llevado para vender; hoy todo es un campo lleno de hierba; las columnas de granito están rotas por el suelo y todo es ruina y escombros; levantamos la cabeza a este patio y miramos recortada en el cielo la torre del homenaje, casi derruída. En nuestra fantasía parece que vemos colgar de sus ventanas banderas y magníficos tapices y que la tropa llena este patio; los guerreros, con sus armaduras que relampaguean al sol, vienen corriendo en sus caballos, los cascos y los bonetes llenos de plumas; se siente el estruendo de los tambores y el metálico y desgarrador sonido de las trompetas.

VALLADOLID

VALLADOLID

De esta noble y vetusta ciudad castellana, uno de los sitios principales es la plaza Mayor, con su acera de San Francisco, formada de casas viejas y sin simetría, que parece que unas se sostienen en las espaldas de las otras; todas tienen soportales, y siempre están muy concurridas de curas y de señoritas, acompañadas de militares, que tanto abundan en esta población. Hay también muchos compradores, pues en estos soportales hay excelentes comercios, que se iluminan mucho por la noche: sastrerías, sombrererías, relojerías y librerías con objetos de escritorio, muy mal surtidas de libros, pues se ve que en este pueblo se lee poco. Dan animación también a esta plaza los kioscos de periódicos y revistas de la localidad y Madrid, que vocean mujeres y chicos. Enfrente está la Casa Consistorial con su reloj, que nadie mira, pues aquí venimos a matar el tiempo y ninguno tiene prisa. En uno de estos soportales hay un café con los divanes agujereados, pero que encuentran muy cómodos estos jugadores de chamelo, que se pasan las horas tomando el veneno del café y fumando tagarninas; discuten con el ceño fruncido, tomando como cuestión personal sobre si uno de los jugadores colocó mal una ficha. Mientras tanto, un timbre repiquetea sin cesar, porque en el cinematógrafo y teatro de al lado se pone una película americana de aventuras criminalescas.

Otro de los paseos más importantes de este pueblo es el

Campo Grande; está cerca de la estación y es el más aristocrático y recogido; desde aquí se ven buenos edificios y tiene unos jardines con hermosos árboles y bien cuidado. Los domingos se ve muy concurrido; vienen por aquí muchas niñeras y soldados de caballería que toman cacahuets, castañas, y alguno se permite el lujo de fumar un puro; hay en este parque un estanque en que nadan patos, que son muy familiares de los chicos, que les echan migas de pan. A la entrada de este paseo hay una pretenciosa estatua de Cristóbal Colón, hecha por Susillo, que lo afea sobremanera.

La primera impresión de Valladolid es la de un poblachón grande y rico; tiene, sin embargo, pocos coches y los tranvías son anticuados y tirados por mulas. Nosotros dejamos las calles concurridas y de buenos comercios para internarnos por sus callejuelas y observar su vida trabajadora y pintoresca. Vamos recorriendo estas modestas y simpáticas tiendas de los quincalleros, las de paños que manda Segovia y las mantas de Palencia, colgadas de las puertas; también hay algunas de útiles de labranza, arados con la cuchilla brillante para abrir la tierra, tenedores, palas, hoces y otros utensilios. Al pie de estas tiendas están los aldeanos que vienen de los pueblos a hacer sus compras, con la manta al hombro y las alforjas, con anchos sombreros negros en sus cabezas y gruesos chalecos de algodón, que les sirve de abrigo y hace las veces de chaqueta, y las perneras de cuero y las alpargatas de piel, atadas a sus piernas por cruzadas correas. También abundan los graneros donde están almacenadas enormes cantidades de trigo que descargan de los carros que vienen de la trilla y con el que hacen este pan tan bueno de toda Castilla. Las prenderías tienen como muestra, lo mismo que las de Madrid, una falda pequeña; dentro se ve el armazón de un brasero de alambre para que quede ahuecada; cuelga esta faldeta de un gancho a la puerta y es el distintivo más caracterís-

tico de las prenderías. Entro en una; hay un patio lleno de hierros, butacas y sofás rotos, libros tirados por el suelo y cuadros agujereados. La prendera es una mujer con el pelo blanco y gruesa; la frente la tiene llena de bultos y descalabraduras, como si la hubiesen dado de garrotazos; dice que aquellas cicatrices fué cuando estuvo mala, de los dolores tan crueles de cabeza que pasó; cuando va a las casas a comprar, me dice que lo primero que hace es quitarse la falda de paseo y se queda con la bajera para poder trabajar más cómoda; me hace subir a la planta alta de su tienda; todos son cuartos negros, con montones de ropa que llegan hasta el techo y que ha hecho a préstamos; abundan mucho las gorras, pantalones y chaquetas militares que ya han cumplido el servicio; filas de botas viejas, en los estantes de un armario, y faroles de cementerio para el día de difuntos: cuelgan de las paredes muchas coronas de muerto. negras, con pensamientos morados, y otras blancas, de niña, que aún conservan, atada a sus alambres, la pequeña llave dorada de sus ataúdes; zapatos blancos y trajes de primera Comunión, amarillentos y empolvados; todo el suelo del pasillo está lleno de morteros de bronce y velones. Se abre una puerta, que es el comedor de la casa, y sale a nuestro encuentro un viejo muy alto, embozado en su capa y con gorra en la cabeza; tose mucho y dice que tine frío. «Este es mi marido, dice la prendera; antes él hacía de criado: iba a las casas después que yo había cerrado el trato, desclavaba las alfombras, los relojes y espejos, y se traía todo a las espaldas, pues para comprar no servía; no entiende más que de ropa vieja y desperdicios; hoy ya no puede ni con los pantalones y todo lo tiene que hacer una.» Él me invita a pasar al comedor, donde hay varios cuadros; en una mesa redonda, tapada con un hule de esos que tienen un agujero donde está el brasero, está cosiendo una chica, vestida de negro, muy morena y chata; tiene el cuerpo muy grande

y las caderas muy cortas, y parece un muñeco. «Es mi sobrina, dice el marido de la prendera; de tanto remendar la ropa al lado del brasero está llena de *cabras*» (1). Cuando salgo de esta prendería bajo por una callejuela, donde tocan mucho los organillos tirados por un burro; estos pianos tienen una música bulliciosa y detonante de cascabeles y platillos. En un callejón muy estrecho y en cuesta, donde hay muchas tabernas, está asomada al balcón una mujer, con la toquilla y la falda encarnada, lo mismo que las zapatillas; luego se asoma otra, con una bata abierta, asomando los pechos y el vientre desnudo; es paliducha y tiene el pelo amarillo.

Esta calle está llena de mujeres de mala vida; de las puertas de sus casas cuelgan colchas rojas. Los mozos de este pueblo y las mujeres son más chulos que en Madrid; llevan gorras de plato y muchos rizos y tufos por debajo de ellas; las mujeres hablan con un tonillo muy redicho, taconean fuerte y se mueven con desembarazo por las calles; las gusta mucho la mantilla y las corridas de toros; los curas tienen también en esta tierra mucho de chulo, con el sombrero algo terciado y los manteos cogidos con gracia y andan contoneándose mucho. Aquí, lo mismo que en Madrid, se han cambiado los nombres de sus calles más pintorescas por el de los caciques y políticos, pues todos los pueblos de España tienen la estatua de algún ministro hijo de la tierra.

Tiene Valladolid muchas iglesias, algunas muy notables, como San Juan de Letrán y la fachada de San Gregorio, su catedral; tiene unos amplios ventanales en sus torres, abiertos al aire; por ellos se ven correr las nubes; el redoble me-

---

(1) En los pueblos llaman *cabras* a esas manchas tostadas que les salen en los muslos a las mujeres, de pasarse cosiendo en el invierno las horas muertas con el brasero debajo de las faldas.

tálico de sus campanas baja a la plaza y calles estrechas, donde están las fondas y posadas.

Huelen mucho estas calles a cera e incienso, y se parecen mucho a Salamanca en la parte religiosa y jesuítica, pues hay varios colegios aquí y allí de esta casta y plaga nefasta.

La iglesia de San Pablo tiene la fachada de estilo gótico; en el pórtico hay un relieve, en piedra, del canalla cardenal Torquemada, primer inquisidor de Castilla; está este pájaro rezando de rodillas para ganarse la gloria, después de haber mandado quemar a tantos infelices dementes en la Inquisición; tiene unas manos sacerdotales con hoyuelos y cruzadas.

A la caída de la tarde, las campanas de Santa María la Antigua llaman al rosario; vemos bajar por estas sórdidas calles, donde hay cererías, muchas mujeres enlutadas y niñas que van a rezar el rosario; los hombres serios del pueblo, que han pasado toda la tarde en el casino, caminan por en medio de la calle, dejando la acera a las señoras, y se dirigen también a hacer sus rezos.

Al lado de la Capitanía general está la casa donde nació Felipe II; es toda de piedra, con pesadas rejas; en una de sus afiladas esquinas hay una ventana, por donde fué sacado éste de niño para ser bautizado en San Pablo. A su recuerdo están unidos todos los horrores de la Inquisición; este hombre, fanático y cruel, bajo de estatura, de cara descolorida, labios sensuales y barba rubia, siempre vestido de negro, apoyado en su bastón, con el libro de misa en una mano y en la otra pasando constantemente las cuentas frías de su rosario, en sus manos blancas con los dedos en punta y muy bien cuidadas, siempre escondiéndose en las habitaciones sombrías de su palacio, se sentaba a presidir los autos de fe del Santo Oficio. Se construía en la plaza de Valladolid para este lúgubre acto un tablado de enormes di-

[illegible] adornado con tapices y colgaduras de terciopelo; el primer cuerpo era muy sencillo, rodeado de una barandilla de madera; en el centro se alzaba otro segundo cuerpo más pequeño, en sus extremos había dos palcetes muy altos, que habían de ocupar los Fiscales para leer los cargos, y otro más grande, donde los reos oían sus culpas y sentencias; se levantaban asientos dorados de brocado morado y unas escaleras bordadas de plata y oro, donde se sentaba Felipe II y los príncipes, y otros puestos, que ocupaban los grandes del Reino, el Santo Oficio de la Inquisición, el Consejo Real, las armas de Palacio, el Ayuntamiento y la Universidad.

La procesión de la cruz verde se dirige al tablado con acompañamiento de todas las Comunidades de frailes de Valladolid y los pueblos de sus alrededores, seguían a estos los oficiales del Tribunal, los secretarios, alguacil mayor y fiscal, llevando todos grandes velas encendidas. La cruz verde, cubierta con un velo negro, iba bajo palio y en andas, con acompañamiento de música y coro de frailes: *Vexilla regis prodeunt. Exurge Domine et judica causam tuam. Ad adorandum memoria Dei.* Llegada la procesión a la plaza, subían al cadalso, se ponía la cruz verde en el altar, rodeado de cuatro hachas blancas que ardían en blandones, con acompañamiento de los frailes y de los escribanos de sentencias que le tenían contiguo.

Empezaba la ceremonia con el discurso del Prior de los Dominicos, Fray Melchor Cano, uno de los teólogos más famosos de la Universidad de Salamanca, contra las doctrinas de Martín Lutero.

El obispo de Palencia, Inquisidor general, pronunciaba un sermón, y al subir toma en sus manos una cruz negra con adornos de oro y el libro de los Evangelios y se dirige adonde el rey estaba, el que puesto en pie y sacando la espada, escuchaba del dicho Inquisidor las siguientes frases:

«Siendo por decretos apostólicos y sacros cánones ordenado que los reyes pueden de favorecer la Santa fe católica y religión cristiana, ¿Su Majestad para por la Santa Cruz donde tiene su real diestra en la espada que tiene sobre el tiene necesario al Santo Oficio de la Inquisición y a sus ministros contra los herejes y apóstatas y contra los que los defendieron, y contra cualquiera persona que directa o indirectamente impidiere los efectos y cosas del Santo Oficio?»

Felipe respondió: «Así lo juro.»

Luego vestían los reos con sus sambenitos, todos con corazas y capuchos de llamas, en largas filas, atados de una larga soga por el cuello. Estos pobres locos tenían un horrible color en sus caras, con los ojos turbados y casi brotando llamas parecían poseídos del demonio. Otros caminaban con tanta humildad, sin darse la menor cuenta de adonde los llevaban. Estos demonios parecían que estaban presenciando una fiesta muy divertida, algunos llevaban una mordaza en la boca y les acompañaban al quemadero los frailes, amonestándoles y predicándoles. En el camino de sesenta pies en cuadro y de siete pies en alto, se subía a él por una escalera, con tal capacidad que a convenientes distancias se pudiesen fijar los palos y al mismo tiempo sin estorbos ejecutar la justicia, quedando un lugar para que los religiosos pudieran hablar espiritualmente a los reos sin embarazo. Les ponían desnudos y atados a los palos, encendían los haces de leña y empezaban a quemarse por los pies.

Al día siguiente, 21 de mayo de 1559, día de la Santísima Trinidad, aparecieron en el Campo Grande trescientos tablados con sus argollas para los que en aquel día habían de morir ajusticiados y quemados en la hoguera.

Por la mañana, muy temprano, salieron de sus calabozos los reos para pasearlos por las calles de Valladolid; sus sambenitos tenían cruces pintadas y dragones entre llamas.

lo mismo que los cucuruchos que llevaban en las cabezas; otros, desnudos hasta la cintura y con pantalones con grandes rayas, y los más con camisones blancos y las piernas desnudas; tenían grandes melenas y barbas muy crecidas en el calabozo. Las mujeres iban detrás; algunas llevaban corazas e insignias de casada dos veces y en trazas de penitente, con jubón negro, y otras en camisa y descalzas, con el cucurucho como el de los hombres, pintarrajeado, y el pelo suelto por las espaldas: todos los reos llevaban velas amarillas apagadas en las manos y sogas a la garganta; las mujeres, al pasar por las calles, se tapaban la cara, avergonzadas y llorando.

En la actualidad, Valladolid, a pesar de las reformas, conserva muchas calles tortuosas, con balcones de hierro con bolas y candelabros, donde meten los cirios en la Semana Santa para alumbrar las calles por donde pasa la procesión. Estas casas antiguas tienen pocas ventanas; el portal, en forma de arco, muy obscuro y espacioso, con un farol con una cruz. En estas casas siniestras, habitadas ahora por curas y antiguamente por jueces e inquisidores, existen calabozos, donde se daban los tormentos de la Inquisición más cruentos, para ocultarlos a la vista pública, donde presidían los frailes y jueces con un crucifijo en medio de la mesa. Todavía se conservan en ellos los tornos, los braseros, que colocaban delante de un cajón de madera con unos agujeros, donde el reo sacaba los pies, y un encapuchado con un fuelle avivaba el fuego. También están los hierros que, poniéndolos al rojo vivo, servían para dejar ciegos a estos desgraciados condenados por el Tribunal. Los aparatos de madera de los garrotes y la cabeza de hierro, donde se le echaba unas cucharadas de plomo derretido.

Huelen estas calles a clerical y a la cera de las cruces verdes de los autos de fe.

En medio de una plaza está el colegio de Santa Cruz, hoy convertido en museo. Es éste un edificio de una belleza de arquitectura magnífica; todo de piedra, con grandes balcones y grandes capiteles, que recorren su fachada, subiendo en agujas hasta el balcón de su techo; azotea espléndida, que ocupa todo el cuadro del edificio. Encima de su gran portal hay un balcón corrido, y encima de él el escudo, en piedra, de Valladolid. Este museo tiene la puerta cerrada.

Vuelvo a la fonda; al llegar de los pueblos de la ciudad el desaliento nos invade. Después de andar mucho y ver las tiendas, sentimos ganas de deshacer el viaje y volver a nuestra casa. Ya anochecido nos echamos en la cama, vestidos y con las botas puestas, como hemos venido de la calle. Sentimos los menores ruidos, cómo se agranda la conversación; de un cuarto de la fonda, al lado del nuestro, los gritos de los chicos que cantan en la calle. Tiene pendiente nuestra atención el paso de un coche simón, con su caballo muy cansado, sonando los cascos; al poco rato otro coche, que camina al trote y cuyo sonido desaparece instantáneo y que lo seguimos recordando largo tiempo. Los balcones del cuarto están entornados y un farol de la calle ilumina un poco la alcoba. Entonces vemos dibujarse la sombra de un coche que pasa de nuevo, esta vez muy de prisa, y la silueta de una rueda que cruza vertiginosa por el techo y las paredes.

El museo.

Por la mañana, muy temprano, me vestí para ver el museo. Estuve esperando un rato a la puerta, y vi llegar a un viejo tranqueando y gargajeando, que abrió, sin hacer-

me caso, la puerta; cuando iba a volver a cerrar, algo distraído, la puerta, reparó en mí y me dejó pasar; él se dispuso a comer la tortilla que llevaba metida en una libreta y a calentarse en un brasero que encendió; yo le di un cigarro, que apartó para luego, y de un arca sacó una blusa, que cambió por su traje; luego desenvolvió de un papel sus zapatillas para ponérselas; yo comprendí que iba a tardar mucho en sus preparativos y que a aquella hora no haría el menor caso de nadie, por lo cual le quedé muy agradecido. Entré en un salón donde había cuadros de Rubens, de José Martínez, de Rafael y varios de Murillo; todos eran cuadros grandes y de asunto religioso y muy sospechosos, pues parecía que debieron estar en alguna prendería de Valladolid, al lado de los sacos de pan duro. Salí de aquí a una larga galería; el techo tenía vigas antiguas y el suelo, de baldosas de piedra, con largas fajas de sombra y sol, que entraba por unos ventanales que daban a un jardín; sobre la pared de enfrente había colgados muchos cuadros antiguos de medio punto y desgarrados. En las paredes estaban recostadas muchas figuras de madera y tablas con bajorrelieves. A aquella hora tan temprana sus dorados tenían un brillo extraordinario y se destacaban algo crudos sus colores con el sol.

Los bajorrelieves anónimos.

Una de las tablas representaba una misa mayor; los dos sacerdotes, con sus casullas estofadas, arrodillados; a uno de ellos le caía sobre la espalda el sombrero de cardenal, atado con un lazo al cuello; otro levantaba la punta de la casulla al que oficiaba y tenía la hostia levantada en alto; el

cáliz era todo de oro; las caras de los curas estaban talladas con gran dureza.

En otra talla se veían varias escenas: un monje leía en una mesa, apoyando en la palma de la mano su cabeza, y tan atento, que parecía se tragaba el libro con la vista. A su lado estaba Santa Lucía; en una bandeja traía dos ojos muy saltones. Y la escena de arriba era un martirio: un santo tirado boca abajo, descalzo; el Rey, que presidía su ejecución, tenía una colocación altanera y arrogante, que contrastaba con las demás figuras del grupo que tenían cara de viejo llenas de arrugas y con la humildad del verdugo, que parecía un portero.

Otra de las obras maestras que estaban en el suelo, sin colgar, era un tríptico, fin del siglo xv. En la parte más ancha y principal de en medio se veía el Descendimiento de la Cruz; todos los personajes estaban vestidos con gran lujo. El cadáver del Cristo tenía una colocación muy dramática: su pecho, sobre las rodillas de la Virgen; su cabeza casi no se la veía de lo escorzada que estaba, y sus piernas eran tan rígidas, que daban una impresión de que pesaban como plomo, por lo pegadas que estaban a la tierra. En el suelo se veía una calavera muy pequeña; se reía esta calavera con risa de conejo. Los trajes de las figuras del acompañamiento eran arbitrarios y del siglo en que vivió el artista que los ejecutara, eran damas del siglo xv, con un bolsillo en la cintura, y guerreros con espadas y flechas y grandes zapatones. Encima de sus cabezas se ven unas cuevas duras, como hechas con azada, donde descansa una ciudad amurallada, llena de castillos; las figuras que están asomadas en sus almenas son tan grandes, que llegan con sus pies a todo lo largo por dentro de estas construcciones.

Las esculturas de Berruguete, Juan de Juni y Gregorio Hernández.

Aquí está la escuela española y estupenda de este Museo. Sobre una tarima vemos, con asombro, el Cristo muerto, de Juan de Juni, tendido encima del sudario, y de su arca, donde va a ser enterrado, su cabeza, con una melena como la de un león, descansa en una almohada; es demasiado grande esta cabeza con relación al cuerpo; pero tiene tan gran belleza y grandiosidad, que no se repara en este defecto; las piernas, llenas de cardenales; su mano, pegada a su pecho. En la herida de su costado la sangre es de bulto; gotas gordas y de peso bajan, manchando el lienzo que lleva amarrado al vientre para cubrir sus vergüenzas. El color tiene tal encarnadura en sus pies, algo hinchados, y pecho, que parece que tiene piel humana; los pliegues del sudario están tallados con más fuerza que en la realidad.

A su lado está el San Bruno, también de Juan de Juni. Este, como el Cristo, es tan persona, que asusta; parece un patán. La mano que tiene una cruz de palo, y que el Santo mira con los párpados bajos; en sus uñas parece que vemos la tierra encerrada de cavar; su barba azulada y los surcos de sus mejillas le dan un aire recio y enérgico. En la otra mano tiene abierto el modesto libro de sus oraciones.

Sobre un tablado están las siete figuras que forman el grupo del entierro de Cristo. La Virgen tiene una expresión atormentada y los ojos arrasados de lágrimas; se apoya en sus hombros María Salomé, con los ojos vueltos al cielo. San Juan está retorcido y con los brazos en alto, plañendo: María Magdalena tiene en la mano un tarro untuoso, con que unge los pies del muerto. Un discípulo y Nicodemus,

el más viejo de todos, con unas largas barbas y botas de montar, tiran de las puntas del sudario; parecen que se sienten los gritos y lamentaciones de estas figuras, que dan a este Museo un ambiente trágico.

Gregorio Hernández.

Tiene este escultor el paso de Semana Santa, La Piedad y Santa Teresa; está la doctora con una pluma de ave y un libro en la mano. En una habitación aparte, obscura y revestidas sus paredes de telas escarlatas, hay el Cristo de la Luz; es una hermosa obra de arte; cuando encienden una luz que ilumina de abajo arriba su cara, dicen que sus ojos se abren y parecen que nos mira. Pero el más grande de estos escultores es Alonso Berruguete, el Greco de la escultura; sus figuras, como las de este pintor, se alargan y retuercen; parece que les falta a sus cabezas largas cráneo por detrás.

El sacrificio de Abraham y el San Sebastián, son dos esculturas pequeñas, pero que se hacen gigantescas; sus actitudes retorcidas parecen raíces y enormes árboles centenarios; más que con gubia parece que están hechas a hachazos. Abraham tiene la cabeza levantada mirando al cielo y gritando para que le oiga Dios; en la boca, muy abierta, le faltan casi todos los dientes; sus largas barbas en punta y su cuerpo desnudo y arrugado de viejo; sus manos tiran con fuerza del pelo de su hijo, que tiene una expresión de dolor, con los brazos atados a la espalda y de rodillas sobre la leña en que va a ser quemado después del sacrificio.

En las tallas de esta sala se ven desfilar todos los pasos de las procesiones de Semana Santa, con todo su realismo;

las lágrimas y rostros desmayados de las dolorosas con su pecho atravesado de puñales, los cristos chorreando sangre; los sudarios y ropajes tallados con más fuerza que en la realidad, todo el arte dramático y trágico español.

En otra sala había varias esculturas más decadentes e inferiores, tallas y columnas doradas. En dos peanas se veían hechas en bronce dorado dos esculturas orantes de León Leoni. El duque de Lerma estaba arrodillado sobre un almohadón, tenía las manos cruzadas; la armadura que llevaba puesta, lo mismo que su casco que estaba en el suelo, se ven los tornillos para desarmarse estas dos piezas. La duquesa de Lerma tiene también las manos cruzadas y un espléndido traje lleno de encajes y bordados que sorprende de lo bien ejecutados que estaban hasta los menores detalles.

En medio de esta sala había un esqueleto hecho de madera por Gaspar Becerra, que es lo mejor de todo lo que encierra el Museo de Valladolid; tiene todos los brazos llenos de agujeros como apolillados; de estos agujeros salían largos gusanos que se metían por otros que tiene en las caderas; por el costado le salen unos bultos blancos, que son las tripas; tiene envuelta su cintura en un sudario que le cae con gracia por encima del antebrazo; en su mano agarra una trompeta, un cuerno largo y retorcido, ancho por su boca; éste tenía un dorado y unos colores magníficos; la otra mano la lleva cerca de la nuez de la garganta y la tiene abierta como si se estuviera explicando y hablando consigo mismo; la cabeza un poco levantada y la boca muy desdentada; sus piernas largas, con el pellejo pegado a la carne y arrugado, lo mismo son de anchas por las pantorrillas que por los muslos, y abiertas y espatarradas como piernas de gallo viejo, lo mismo que los pies largos y aplastados en la tierra como patas de pollo; lo más estupendo de esta figura es que parecía oirse el ruido bron-

co y duro como el mugido de un buey de su cuerno del juicio final. Mirado por la espalda, este esqueleto todavía resultaba más ridículo y humorista: su cráneo, con algunos pelos adheridos al colodrilllo, la espalda llena de gusanos que se pegaban a los homoplatos y el trasero pelado y arrugado con un hueso en punta; luego el estupendo color con que estaba pintado este esqueleto, un amarillo obscuro y entonado junto al blanco de su sudario, hacía de esta talla lo más grande y grotesco del arte macabro. Así como en este Museo los cuadros no tenían valor ninguno junto a las tallas, este esqueleto de Alonso Becerra borraba haciendo desaparecer a las demás esculturas.

Otro esqueleto parecido a éste hay dentro de la Catedral de Salamanca; aquél sale de un boquete taladrado en el muro como hueco hediondo de sa rcófago, donde se asoma este esqueleto y deja ver, tirando del sudario por encima de su cabeza, su cuerpo desnudo, donde se le ven los órganos genitales; sostiene en la otra mano, muy agarrado contra su cuerpo, un ataúd puesto en pie y apoyado en el suelo. En grandes letras talladas en la piedra se lee:

MEMENTO-MORI

Esta escultura, hermana de la de Valladolid, tallada quizá por el mismo Becerra; las sórdidas afueras de Salamanca, llenas de casas de mujeres de la vida y la parte vieja de la Catedral, constituye lo más interesante de la llamada la Roma chica.

Al salir de la sección de escultura, vemos otras salas en este Museo: colecciones muy pobres arqueológicas, arcas, retablos de altar, tapices, monedas y libros antiguos; en un cuarto muy obscuro, que huele a cementerio y calamidades, están colgadas de las paredes las coronas descoloridas de Zorrilla, entre tantos cintajos y banderas españolas que

han envuelto a tantas medianías, sobre todo de poetas, de médicos y hombres de ciencias; salimos de prisa después de haber visto estas ridiculeces finales, y cuando salimos a la calle pensamos en lo malos que son los escultores contemporáneos, en aquellos académicos enmedallados que han pasado por este Museo sin enterarse de nada, y que todavía está por nacer el escultor que recoja la herencia de la tradición española que está encerrada en el Museo de Valladolid.

LA PLAZA MAYOR DE SEGOVIA

LA PLAZA MAYOR DE SEGOVIA

Esta famosa plaza la forman unos lienzos de casas derrengadas, todas apretadas y unidas, cuyos balcones de madera están tan curvados y hacen tantas bajadas y subidas, que parece de un momento a otro van a venirse abajo. El cielo aparece muy blanco por encima de estas casas, todas desiguales, unas anchas y rechonchas, y otras, muy estrechas y largas, que parece buscar la protección en la compañera para no derrumbarse ese cielo que parece de nevada y que hace resaltar, tanto estos tejados destartalados y convados de tejas negruzcas, que destacan la mancha blanca de la argamasa como trozos de nieve, y las chimeneas primitivas de sus guardillas. En esos días de frío que barre toda la plaza de gente, aparece esta aglomeración de las casas con un color estupendo. Observamos su comercio y su vida; en sus portales anchos, encuadrados por gruesos postes de piedra a manera de soportales, descansan las fuertes vigas que sostienen a estas casas, las cuales muestran su vejez por las grandes cribas y grietas y la negrura y humedad de sus portales, que se cierran por pesadas puertas, llenas de agujeros de inutilizadas cerraduras, los carcomidos y las hendiduras de los porrazos producidos por aldabones enormes y llenos de orín.

Mirando a los balcones vemos la ropa tendida, las camisetas, camisas, pañuelos de color y medias de las mujeres, y las blusas, bragas y calcetines de los hombres; en los pi-

sos altos hay alguna silla de enea olvidada en un balcón cerrado, y donde ha estado cosiendo al sol una mujer por la mañana; en las ventanas cuelgan atadas de una cuerda mantas y faldas; en los balcones hay colgadas muchas jaulas rústicas con pájaros que han comprado en el mercado. En un piso muy alto hay un palomar, una ermita de madera con una cruz y varias campanas; un palo atado al lado, que sobresale del tejado con un puchero por montera, sirve para espantar a los pájaros ladrones de palomas; éstas, cuando se asoman a este campanario, hacen voltear las campanas y se entretienen entrando y saliendo por sus agujeros; también en estas ventanas que dan a los tejados hay unas poleas con cuerdas que sirven para subir los cubos de agua por el hueco de la escalera, de los pozos que hay en el portal de estas casas. En un piso bajo hay una tabla:

«MESON GRANDE,
SE SIRVEN COMIDAS CON VINO»

Este mesón ocupa un ancho portalón donde entran los carros: en las paredes del patio hay ventanas desconchadas y carcomidas por la lluvia; un piso en forma de casa adosada al muro con dos ventanas tapadas por cortinillas es donde están los dormitorios, pobres de aire y de luz y muy bajos de techo. Bajo el hueco obscuro de esta casucha hay unos carros viejos, y están poniendo dos hombres herraduras a una mula; al lado de este mesón hay una carbonería; se ven los serones en el suelo cosidos y apuñalados por las largas y relucientes agujas. En medio de la calle descargan los sacos de carbón de un carro de bueyes; son éstos de gran alzada y de cuernos muy grandes, llevan unos pesados campanos y braman de vez en cuando como toros; en Segovia se ven los bueyes más hermosos de España, que en nada se parecen a los bueyes blandos y rubios de las provincias del

Norte, que son como burras de leche al lado de estos poderosos animales; los descargadores de este carro van envueltos en pesadas mantas, con gorra de pelo a la cabeza y las manos abiertas e hinchadas por el frío; entre sus fajas negras se ve el brillar de plata de las cadenas y el del acero de sus cuchillos.

Las tiendas pintorescas de esta plaza; la «Taberna de los Artistas», donde vienen los albañiles y obreros a comer; en su escaparate cuelga algún trozo de cecina y cordero en carne viva con los ojos fuera, y nada más, pues en Segovia se come poco y hay mucha hambre; en un plato se ve las calvas blancas y tristes de esqueleto de los pájaros fritos cazados a ballesta. Las cordelerías; con largas trenzas de cáñamo y sogas que cuelgan del techo.

Las albarderías, con collares, albardas, cinchas, zuecos de madera que los emplean, como estribos y armazones de monturas como muestra para luego forrarlas de cuero o piel.

Luego vienen las tiendas de ultramarinos; en alguna el tendero es un hombre con barba, pelo largo, que parece un intelectual; envuelve el queso y el jabón con versos y sonetos escritos por él en los ratos de ocio; en este pequeño escaparate hay un cartón con unos muñecos pintados: una familia aldeana que están cogidos de la mano, el marido, la mujer y un niño pequeño; sus cabezas son tres garbanzos de los más raros y feos que ha escogido de sus talegos, retocándolos con tinta, pintándoles ojos y bigote; debajo de este cartel dice:

LA FLOR DE CASTILLA, KILO 1,20

También se ve en el escaparate, entre las latas de conservas y las madejas de algodón, carretes de hilo y alpargatas, caricaturas y retratos hechos con tiras de bacalao y esas

construcciones que venden en pliegos, que recortan los niños, pegándolas en un cartón por suelo; son plazas de toros, un castillo o una noria con un caballo con anteojeras para que no se maree, y también se venden unas hojas, con una orla hecha por el dueño con tinta, en las que están pegadas las cajas de las antiguas cerillas de Cascante con caricaturas, escenas españolas, «peligros de Madrid» y mujeres bañistas enseñando las nalgas. En algunos de los balcones bajos de esta plaza, donde están establecidos los fondistas y las patronas de casas de huéspedes, se ven todavía las cortinillas recogidas, estas cortinas que en verano cuelgan de los balcones y toldos de las tiendas bajo los soportales.

En estas fondas y casas de la plaza, aunque estén sus comedores y alcobas empapeladas siete veces con papeles gruesos de ramos, tienen la ventaja que por el mucho frío que hace en el invierno en Segovia, las chinches en verano, aunque estén hambrientas, saldrán sin fuerza.

En esta plaza encontraréis todo lo que os haga falta; si queréis comprar un anillo de plata para la criada, en seguida encontraréis una platería; mantas, trajes o abrigos, daréis inmediatamente con un almacén de telas o sastrerías, y si os queréis hacer un retrato, porque os habéis casado, en esta plaza daréis con fotógrafos modestos de portal, pero que os sacarán muy bien, de muestras se ven en sus vitrinas toda clase de retratos, desde el obispo viejo, que se pasa en la cama todo el día, hasta el joven y bollante obispo nuevo, gran intrigante y amigo de placeres. Muchos retratos de cura; hay aquí bárbaros de la tierra que se retratan con el crucifijo en la mano, pero que piensan, más que en la religión, en las mujeres, la caza y en jugar al dominó y al tute. Junto a los retratos de frailes y algunas monjas, de tantas iglesias y conventos que hay en Segovia, se ven los de los canónigos, con su capucha negra y el vientre

adornado con muchos borlones y encajes como de pantalones de señora; éstos se pasan todo el día comiendo y por la tarde se van a la catedral a sentarse en sus buenos sillones y a dar berridos. Tampoco falta el imprescindible retrato de un niño recién nacido, con su cabeza blanda y en pico. echado, desnudo, boca abajo o boca arriba, encima de un almohadón.

También hay fotografías artísticas de tipos del país, con sus trajes característicos, que ya no los sacan más que en los Juegos Florales o en alguna boda de rumbo. Éstas parecen preciosas figuras de madera vestidas; ¡qué bien se colocan para retratarse!; ella con su montera de terciopelo rodeada de borlas encarnadas, y al cuello muchos collares que cuelgan hasta su vientre, y sus faldas de colores llenas de franjas de terciopelo guarnecidas de abalorios, y ellos con un sombrero pavero, donde baja la punta del pañuelo que llevan atado a la cabeza hasta el hombro, con el chaleco desabrochado, donde se ve la pechera blanquísima de la camisa, y a su cintura un ancho cinturón con el cuero, grabadas en grandes letras incripciones, el nombre de su mujer y el de él; los pantalones anchos, acuchillados, bajan unas borlas hasta el nacimiento de sus polainas con el cuero labrado como las de los contrabandistas andaluces, y en las bocamangas y el chaleco lleno de botones calados. que algunas veces suelen ser de plata y oro, afiligranados. Por debajo de la montera de ella cuelgan sus largas trenzas, con un lazo, que las cae hasta la punta de sus zapatos de hebillas y las da esto un aire más de muñeco.

Al pie de estas tiendas se ven anchas baldosas amarillas, acanaladas y resbaladizas; allí se acurrucan las mujeres con las faldas por encima de la cabeza para no quedarse heladas; tienen muchos refajos amarillos y colorados de bayeta; en el suelo se ven pucheros y escudillas de barro, y esparcidos por el suelo, encima de los sacos, granos, legumbres y la

nota roja y verde de los pimientos y tomates; son los vendedores ambulantes que vemos viajar en el coche de tercera de un tren mixto; ellos, con sus alforjas, envueltos en sus capas amarillentas y con el sombrero deformado y añoso, bajo sus botas gruesas y blancas por el barro, los talegos y el peso que meten debajo del asiento; ellas, con las cestas llenas de huevos y gallinas, que llenan el vagón al amanecer con un vaho de establo; los refajos de las mujeres huelen a demonios coronados.

El segoviano es un hombre pequeño, que come poco, porque apenas gana para vivir; al sentarse a nuestro lado, en el tren, su capa dura, que ha resistido tantos años la lluvia, está tirante y sus pliegues los sentimos en las rodillas como si estuvieran tallados en madera y huele a su cuerpo; son gente sufrida y dura como la tierra.

En la plaza de Segovia se ven esos pobres envueltos en sus capas, llenas de remiendos, con el sombrero pavero agujereado y atado por debajo de sus barbas, con los pies descalzos, morados por el frío; llevan una gran callada y se quitan muy corteses el sombrero para pedirnos una limosna; entonces vemos su cabeza de garbanzo, calva y roja, haciendo contraste con la pelambrera de su barba con mechones canosos; algunos de estos pobres son como apariciones en medio del camino o recostados en el muro de un edificio antiguo; es tan anticuado su traje, que parece que no son de este siglo.

Llego cansado otra vez a esta plaza, después de recorrer todo el pueblo; aunque son las cinco de la tarde, se ve muy poco; hace un frío tan intenso, que se nos mete en los huesos y deja las manos sin movimiento; me pongo a pasear por los soportales; veo salir del portal de un callista a un segoviano viejo y rico, con lujosas polainas negras; su pantalón y chaqueta está lleno de botones de plata; lleva un sombrero nuevo y una larga capa que se refleja al salir en el cris-

tal de un escaparate, donde se ven las hormas de un zapatero, y se vuelve a meter en otro portal negro, donde hay un letrero de un médico, y sale al poco rato con una chica anémica cogida de la mano.

De un taller de relojería sale un aldeano de León con su traje de maragato; lleva por encima de su gran capa las alforjas; saca de un bolsillo un pañuelo de hierbas, donde lleva metido el dinero, y se pone a palpar, maquinalmente, el bulto de los duros; mientras, muy plantado, mira frente a la plaza, como si no recordase la dirección de algún sitio que tiene que ir a hacer sus compras.

Dos labradores salen, muy cargadas las alforjas, de una tienda de granos, y atraviesan la plaza muy de prisa con sus varas en la mano y las gorras de cuero y pelo en la cabeza.

Las hogueras empiezan a encenderse a la puerta de los soportales y brilla el fuego en las cocinas de los figones.

En esta hora aparecen, llenando la plaza, un rebaño de ovejas; en sus lanas traen pintado con rojo un número; los balidos se prodigan melancólicos; los pastores las cuentan y encierran por grupos en los corrales de las casas.

Este rebaño es el que vi por la mañana en la llanura que se ve bajo los arcos del Acueducto.

La catedral, que está detrás de estas casas, cuyas altas agujas y pesada mole, toda la piedra ha tomado un color amarillo, y del campanario baja a la plaza el estruendo de sus campanas llamando al rosario.

Muchas mujeres bajan de sus casas, con la silla en la mano, y al poco rato un largo cordón negro de beatas entra en la catedral.

Por encima de los aleros de algunas casas que hay junto a la catedral se ven a lo lejos los arcos del Acueducto, cuyas piedras están sueltas, sin argamasa, y llevan ya muchos siglos sin caerse. Entre la gente del pueblo hay la creencia que fué hecho por el demonio; algo de razón tienen en esto,

pues no se puede dar una construcción más descabellada y de más belleza y grandeza.

En las puertas de las posadas se ven las pesadas diligencias a Arévalo, Sepúlveda y otros pueblos; suben por una escalera a su techo, revestido con gran encerado, por si llueve, donde atan los mozos las maletas y los pesados baúles de ruedas, que hacen crujir el techo, sintiendo los viajeros, que han ocupado por completo la diligencia, los golpetazos, y mirándose unos a otros, asustados, como si el techo los fuera a aplastar antes de emprender el viaje.

Yo me voy andando a la estación, y paso por debajo del Acueducto, que vi en distintas horas; a la del mercado, cuando los traficantes ponen sus toldos y cajones al pie de sus arcos gigantescos, y de noche, cuando los serenos de la ciudad se reúnen para pasar lista, en las casas al lado del Acueducto, que son las primeras de la ciudad; estos serenos, envueltos en sus capotes, y puestos en fila, con los chuzos en ristre, parecen duendes, cuyos faroles son ojos luminosos, que proyectan en el suelo y en las casas redondeles luminosos.

Cuando el tren comienza a andar por la llanura pelada, viene a mi memoria todo lo que vi en Segovia el poco tiempo que estuve; la entrada en la ciudad, apenas comenzaba a clarear el día, cuando me desperté y miré por la ventanilla, llena de escarcha, notando que la tierra era lisa como la palma de la mano; luego la llegada a Segovia.

Sobre una loma, algo abultada, asomaban las agujas, torres y cúpulas de la catedral y la punta de unos muros, como si estuvieran sepultados en un hoyo, pero que, por su separación, me dió la impresión de un pueblo grande.

ÁVILA

AVILA

Nos vamos acercando a Avila al amanecer; viajan conmigo muchos arrierros y labradores; todos hemos bebido en nuestras botas y nos hemos ofrecido mutuamente la comida, cortando con nuestras navajas grandes trozos de tortilla bien empedrada de chorizo y un hermoso queso manchego, al que hemos dado fin. Como la comida ha sido fuerte, no estamos para ver visiones, y aunque llegamos ya a las puertas de Avila, a ninguno de los que viajamos en este destartalado vagón se ha presentado el espíritu de Teresa de Jesús, esa docta mujer histérica y farsante que hablaba con Dios como yo hablo con cualquiera de estos patanes que dicen tan buenas cosas y que discurren mejor que los académicos de la lengua, que nunca discurren nada; esos eruditos que ven flotar el alma de la Santa por la noble y silenciosa ciudad de Avila, que tiene los mejores y más sanos aires del mundo y que no necesita de ningún espíritu puro para ser regalo de los ojos de todo el que sepa sentir y ver.

Después de lavarme la cara en una fuente, subo por la carretera en cuesta; caminan los labriegos envueltos en sus bufandas: son tipos delgados que van algo encorvados y cavizbajos: levantan sus borceguíes nubecillas de polvo de la carretera.

Algún galgo, viéndosele todos los huesos de su cuerpo sar-

noso, nos mira un momento muy triste y corre, con el trote parecido al de un caballo, por direccion contraria a la que caminamos; bajan las yuntas de mulas arrastrando los arados por la carretera polvorienta. Las primeras casas del pueblo son muy rústicas; tienen las fachadas de piedras todas desiguales y en pico, con una puerta muy grande; establos convertidos en tabernas; a la puerta hay un grupo de campesinos con grandes zajones de cuero, sombrerones con las alas caídas, adornados con dos borlas, embozados en sus mantas a grandes cuadros y unos cuantos con montera de pellejo. En un establo cuelga de la puerta una bacía; dentro, el barbero corta el pelo y afeita a unos parroquianos que esperan turno, con sus cayadas y varas en la mano; mientras tanto beben vino y almuerzan. Entre estas míseras casas se ven las mansiones fortificadas de nobles castellanos con escudos y pilastras, puertas y medios puntos góticos llenos de estatuas de piedra, descabezadas por las pedreas de los chicos del pueblo; en algunos escudos vemos dos manos de guerreros cruzadas, con puñales; en la leyenda dice:

«ANTES MORIR QUE MANCHAR MI SANGRE»

Estas antiguas casa-fuertes abundan mucho, llenas de rejas y de bolas grandes de piedra; sus arcos de puertas y ventanas, que están cegados y tapiados por pedruscos, en cuyas junturas ha crecido la hierba y corren lajartijas, denotan que no conservan más que las fachadas, y por dentro todo es ruina. Lo mismo pasa en los viejos y abandonados palacios de los obispos: el viento huracanado que sopla hoy se cuela por los muros, y silba entre los canalones y ojos de las veletas, y hace disminuir y oscilar la luz de las bombillas eléctricas del alumbrado público, que a esta hora aún está encendido.

Pasamos por la plaza del Alcázar, toda rodeada por las murallas; hay aquí unas casas ancianas, con muchos escudos y rejas, convertidas en paradores.

A la puerta hay grandes carros y galeras llenos de cofres y talegos. También hay varias tiendas de vidrieros, tintorerías y alguna confitería; en un gran armario, a la entrada, se ven las colinetas y pasteles. Al lado, una sastrería; en el escaparate tiene una muestra con unos señores muy pequeños, unos con chisteras, sombreros hongos y flexibles; todos estos muñecos están muy derechos y sacando el pecho, como dándoselas de fuertes; los que van a cuerpo, con los guantes y el bastón en la mano; otros llevan capa, abrigos y macfarlán; todos están en fila y parecen hablar unos con otros, como si estuvieran de paseo, con movimientos muy petulantes de brazos y manos.

En medio de esta plaza hay una fuente de piedra, de un estilo bárbaro y barroco, pero que es un verdadero monumento. Tiene una torre alta como un obelisco, rematada por una piña; su pedestal tiene unos salientes afilados, como los de un monte Calvario, todo tallado con gran dureza en la piedra, que ha tomado un color amarillento y noble.

A los lados de la torre hay dos bichos monstruosos y fantásticos, que miran a uno y otro lado de la plaza, muy risueños, con las bocas abiertas y los ojos como huevos, y tan joviales, que parece que se burlan de todo el que los mira; tienen con las garras, cogidos por la cola, a dos animales con cara de lagarto y gesto de persona, que están como aplastados, y asoman las cabezas por varias vueltas y retorcimientos de su cuerpo, declarándose vencidos; vista por detrás, las traseras con sus largos rabos de los bichos vencedores, tiene la gracia de los perros cuando se sientan de culo. Las mujeres ponen a los caños de esta fuente una fila de cántaros y botijos negros.

Al salir de esta plaza, bajamos por la Puerta de San Vicente, por el arco que forma entre los dos murallones almenados; se ven grandes nubarrones que navegan por el cielo, empujados por el viento, que corta como un cuchillo.

Por el Puente Viejo vienen, camino del mercado, guiadas por los pastores de la Serranía, las manadas de borregos, gordos y altos, con sus cuernos grandes y retorcidos; los más viejos caminan los primeros; siguen otros más pequeños y de nacientes cuernos, que van balando; las recuas de mulas, con las ancas esquiladas, con muchos dibujos, como las rayas y adornos de los quesos manchegos, y las piaras de cerdos, gruñendo, indisciplinados y rebeldes; muchas veces se paran a escarbar en los montones de basura, ociqueando y dando resoplidos; pronto la vara del que los conduce les hace salir, corriendo y gruñendo, rabiosos a seguir a sus compañeros; detrás vienen las largas hileras de barbudas cabras con el campano al cuello; no miran más que adelante, y no reparan en obstáculos; cuando tropiezan con nuestras piernas, sus cuernos nos hacen apartar; han recorrido tantos pueblos, que miran las carreteras como cosa propia. La calle de San Segundo está llena de pequeñas casas, pegadas a la muralla. Hasta llegar al sitio donde está emplazada la Catedral, parece ésta un castillo de esos que se hacen con trozos de pizarra que venden en las cajas de construcciones para jugar los niños.

Con su altísima torre y algunos calados labrados en la piedra, dos pequeñas capillas, que encierran sus campanas; debajo el reloj; pegada a sus otros dos cuerpos y como hechos de una sola pieza, en el del centro está el pórtico en forma de arco, lleno de estatuas de obispos, mutilados por las pedradas; en dos pedestales están, como de guardianes, dos leones grotescos con todo el cuerpo lleno de picos; tienen unas argollas en la boca y están sujetas de unas cadenas a los muros de la entrada antigua, y es lo que le da

más belleza a esta Catedral; un arquitecto académico diría que es lo que le afeaba más, y que habría que quitarlos. En el otro cuerpo, sus ventanas están tapiadas, y asoma la piedra, falta de argamasa, y desiguales los sillares; su tejado es como la de una ermita pobre, con un sobrado donde suben las antigüedades los curas; este tejado está lleno de nidos, y a las cigüeñas se las ve desde la calle asomadas. El ábside de esta Catedral es un torreón guerrero, fortaleza almenada que da a las murallas.

El mercado.

Se celebra en una plaza grande, con casas pintadas de amarillo, rosa o azules, todas con las fachadas anchas y pocas ventanas y balcones; debajo de éstos se ven arrimadas las escaleras para encenderlos anochecido; también tienen clavado a la pared un madero con argollas para atar el ganado; estas casas, todas desproporcionadas, con cimientos de piedra hasta el primer piso; otras descansan en gruesas columnas de granito, donde se ven apoyados los lecheros con sus zajones de piel llenos de costuras y aculatadas como el de los pellejos de aceite; llevan en las manos grandes garrafones con manchones negros y aporreados por los golpes; atados de su asa cuelgan los vasos de latón para servir la leche.

El medio de la plaza estaba lleno de bueyes, mulas y distintos ganados; sus dueños, sentados en el suelo, comían con las tortillas y los pucheros sobre los pañuelos de hierba; algún viejo fuerte subía los codos a la altura de la boca y se echaba un trago de vino de la bota; los sacos que hay tirados en el suelo se ven llenos de legumbres, patatas y fru-

tas; las mujeres, con las cestas al brazo, se aprovisionan de mercancías; sus pies los llevan calzados con albarcas de correas, y se las ven mucho las piernas por ser sus faldas tan cortas; sus justillos de terciopelo, los muchos refajos verdes, encarnados y amarillos, las ensancha mucho y las hace aparecer más voluminosas de lo que son, sobre todo a las ancianas, que están en los huesos y que todo son bayetas. Los pastores, con medias azules, ceñidas con correas las piernas que suben de sus calzados, son hombres avellanados y enjutos, con perneras de piel de oveja y con el cayado en la mano.

Los viejos labradores, con recios chaquetones de estambre que recorta el blanco del cuello de la camisa, y los pantalones unidos al peto de cuero, embozados en sus mantas; debajo sobresale el bulto duro de sus alforjas como una gran joroba; su ancho sombrero, caída el ala por la nuca, y el pantalón corto ajustado donde brillan los botones; las piernas embutidas en sus medias y muy apretadas las botas de color de barro, con la suela gorda, llena de clavos y tan duras como los guijarros de la plaza; van a buscar sus borricos o a montarse en sus caballos con la sillas de tripa como las encuadernaciones de los libros antiguos; la cola de su larga capa cae tapando el trasero del caballo.

En las tiendas de comestibles de esta plaza hay barriles de pescado escabechado, y en las tablas hay montones de truchas del río Tormes; sobre los pellejos de vino está caído un gran embudo, cuya figura rara y original nos atrae y nos hace parar; los pobres que vienen de los pueblos pasan entre los feriantes con el sombrero en la mano, pidiendo algo de comer, y vemos alguna vieja con los pies descalzos y una manta amarilla y raída por encima de su cabeza que no se atreve a alargar la mano pidiendo una limosna.

Las monjas.

Avila está infestada de monjas que vemos en todas las calles y a todas las horas con las tocas negras, encuadradas por el blanco tieso como el papel de barba con un crucifijo de bronce al pecho o de cruz de madera negra con cantoneras y cristo de bronce; al lado de la cintura llevan cosido al hábito unos rosarios de cuencas de colores con muchas medallas; estas monjas se parecen a los frailes en lo holgazanas y gastan mucho en el lavado y planchado; van siempre por la calle acompañadas de alguna chica hospiciana, que aunque ya pasa de los treinta años, va vestida de corto con la trenza colgando, y un flequillo separado con una goma por detrás de las orejas que cruza su cráneo.

También llevan de compañía, otras veces, a una vieja gorda, con el pelo blanco y de aspecto muy clerical, que es la recadera del convento y que se mete mucho en las casas ricas para sacar ropas y alfombras para el convento; estas monjas son muy murmuradoras y ruines, y no piensan más que en el dinero; siempre están hablando de cosas desagradables: que si murió al dar a luz una asidua visitante del convento y su marido se metió fraile; en las huelgas de Burgos; si le salió un cáncer en el estómago a la madre superiora, y un antrax en el cuello al tendero de la tienda de comestibles donde compran ellas las lentejas, garbanzos y alubias; las vemos pasar por las calles con la cara siempre rabiosa, fruncido el entrecejo, narigudas y con algo de bigote; algunas se han afeitado con la tijera de tantos pelos que las salen; casi todas son tripudas y ajamonadas, con la cara muy blanca y pocas pestañas, y no tienen cejas; pero

muy culonas; tienen poca correa para el trabajo y siempre están en el convento comiendo y durmiendo.

Las más jóvenes, y que hace poco tiempo que han profesado, parecen una manzana podrida; tienen los labios crispados y una rabia contenida que quieren disimular haciendo guiños con los ojos y zalamerías.

Las madres abadesas, éstas son las más ahorradoras, llevan alpargatas y faltriqueras, por dentro de los hábitos, llenas de llaves; escriben las cartas volviendo los sobres que reciben al revés y se remiendan mucho las medias en el convento; cuando mueren dejan todo su dinero para edificar una iglesia para que las entierren debajo del altar y que se diga todos los días del año una misa por su alma.

Las solitarias de Avila.

Entro en una botica a comprar un sello para el dolor de cabeza; en una mesa vi un gran tarro lleno de solitarias; todas parecían estar rabiosas y alguna tan enroscada y furiosa que parecía comerse la cola; otra, parecía morder a la de al lado, todas con caras distintas y terribles; algunas tienen dos cabeza; estas solitarias eran blancas y muy lavadas, con cintas largas y anillosas; estaban en el fondo del alcohol como aplastadas; algunas salían y asomaban el cuello fuera de la superficie del líquido, como si quisieran volver a la vida; otras descabezadas; las más rebeldes habían dejado la cabeza y parte de su cuerpo en el vientre de sus dueños, que las alimentó y llevó consigo tanto tiempo. El dueño de la botica, con su batín y un gorro del que colgaba una borlita, las miraba con cariño porque él las había catalogado y puesto las etiquetas en los frascos: «Solitaria

del gobernador de Avila», la del obispo; la del canónigo don Pedro Carrasco estaba gorda y era tan larga y bien alimentada que llenaba casi el frasco; al lado había una amarilla y delgada de no comer, que parecía quejarse y querer protestar de su mala vida pasada; era la del maestro de escuela del pueblo, D. Juan Espada; otra, como si le hubiera entrado la ictericia, tenía la cara con la boca abierta hundida junto al pecho y tenía un color verdoso; era del jefe de la Adoración Nocturna, don Peláez; otra, era todo ojos, y la más rabiosa pertenecía a doña María del Olvido, dama noble, comendadora y provisora del ropero de los pobres. El boticario tenía un lobanillo detrás de una oreja y se había dejado crecer un largo mechón de pelos para taparlo; pero el lobanillo salía fuera descarado y carnoso como la pelleja de un pollo desplumado. Cuando estaba más distraído en esta botica, viendo los tarros de las medicinas, sentí unas uñas que se clavaban en mis pantalones y un gato empezó a darme de cabezadas en las piernas; debía estar muy hambriento.

La ermita del Cristo de las embarazadas.

En el pórtico de esta ermita estaba tallada, en la piedra, en el arco, la ciudad de Avila, encerrada en sus murallas; en primer término se veía el monte Calvario y una cruz que subía al cielo; en el fondo de tormenta se destacaba en sus dos brazos el sol y la luna con cara humana.

Dentro de la ermita, al lado de la pila de agua bendita, había pintado un reloj de sol: todas las horas giraban alrededor de una calavera; en su esfera tenía esta inscripción:

«YO VENGO A TODAS HORAS Y NO SEÑALO NINGUNA»

En medio de la iglesia, sobre un túmulo con cuatro calaveras amarillas cruzadas de tibias pintadas en el paño, estaba un ataúd rodeado de un hachero con cirios apagados y en el suelo un cubo de bronce con un hisopo; al lado una mesa de forma de artesa con la cubierta de cinc como las que se ven en los cementerios para colocar la caja y abrirla en caso que los de la familia quieran ver al muerto por última vez antes de enterrarle; estos atributos de la muerte no me chocaron, pues pegado a esta ermita está el cementerio y ésta es su capilla.

En el altar mayor está clavado un Cristo muy tosco y de mucho peso. Debajo de sus brazos, como descoyuntados, tenía unos grandes hierros que le servían de sostén y estaban clavados al grueso madero de la cruz; sus piernas, como tronchadas, estaban llenas de sangre; tenían sus caderas movimiento; en su vientre hinchado, como de estar bailando a pesar del boquete de su costado, por el que corría un río de sangre. Este Cristo estaba rodeado de ex votos: pechos de mujer, vientres hinchados y niños muy pequeños de cera y muchos cuadritos con quintillas dedicadas por las mujeres embarazadas.

Al pie de este Cristo había una mujer rezándole, con una tripa que le llegaba a la boca, y un viejo con una calva muy roja tostada por el sol, de rodillas y con los brazos en cruz.

Muchas mujeres entraban con alpargatas; después de besar muchas veces el suelo y de mojar con agua bendita los pies y las rodillas del Cristo, empezaban a gemir y suspirar y quedaban sentadas de culo en las baldosas de piedra; otras se arrastraban de rodillas, colocando una vela en un hachero; todas estas mujeres estaban encinta. En otros altares se veían cabezas de mártires, de madera, colocadas en sus bandejas; tenían la boca muy abierta, cubierta, como las vértebras de su cuello, de sangre; en los retablos se

veían varias tallas barrocas de Vírgenes, del siglo XV; éstas tenían las caras anchas, de torta, y las coronas con unos picos como los de un castillo, tenían algo de guerrerro; sobre todo las de piedra, eran tan amazacotadas que recordaban a una fortaleza; sujetaban con los dedos largos a un niño Jesús sentado en sus rodillas, que parecía querer escaparse, con un sombrero algo torcido que le daba un aspecto de pillo. Todas estas Vírgenes tenían un aire muy burlón y parecía que se reían, con los ojos rasgados y abultados en forma de almendra. Todas estas figuras tenían magníficos dorados y colores.

En una esquina de la ermita había un púlpito muy rústico de palo; un cura, con el sombrero muy anticuado de forma de teja y la sotana llena de lamparones, paseaba por la iglesia con las manos a la espalda; llevaba en sus botas grandes espuelas de rueda, pues vivía lejos, y todos los días venía montado en un caballo viejo que tenía atado en la puerta de la ermita; la portera de ésta, al salir, me dijo que el Cristo que había visto lo más raro que tenía era el vientre, y que por eso lo tenía tapado con un lienzo; decía que era muy triste y que daba ganas de llorar en viéndolo; era de piel humana y tenía pelo y que era como el de un hombre.

Me fijé en aquella mujer que tenía en las manos las llaves de la capilla y vi también que tenía un vientre muy abultado y estaba embarazada.

La casa de Santa Teresa.

En el convento de Carmelitas Descalzos hay una habitación dedicada a los recuerdos de Teresa de Jesús. Son éstos relicarios de plata, en los que pude ver un dedo repug-

nante, rodeado de cabellos de la Santa, unas disciplinas, ya muy apolilladas por el tiempo, y una cosa que me dijeron que era el corazón y que pude ver a través de un cristal, y un pie negro y amojamado que parecía de momia. Lo que ponía un sello de poesía a todas estas porquerías y piltrafas de ultratumba era el jardíu de al lado; un jardín conventual y abandonado en que la Santa se distraía, en los ratos de ocio, en cavar la tierra y plantar flores.

En el pueblo de Alba de Tormes también pude ver la cama en que dormía: era muy ancha y de madera, con almohadas y sábanas; en ella estaba la figura de la Santa vestida de monja y como un muñeco. Tenía un crucifijo de madera entre las manos, y a la cabecera de esta cama había un bastón y unas zapatillas, que las monjas dan a besar a los fieles y dicen que usó en vida Teresa. Arrimado a la pared está el ataúd en que vino su cadáver desde Avila. También vi colocada a la entrada, y en mármol blanco, a la santa, como recostada y echada hacia atrás, y apoyada sobre grandes bolas que representan nubes; enfrente hay un ángel con una flecha en la mano, y que la apunta al corazón; éste tiene el pecho desnudo y de mujer. En todo el grupo hay un gran arrobamiento y éxtasis amoroso.

Todas estas cosas de Santa Teresa me trajeron a la memoria el recuerdo del San Ignacio que vi en Manresa, de ese Santo tan desagradable y cojo, que trastornó al mundo con sus viajes y peregrinaciones, y creando la secta más miserable que han visto los siglos.

Aquí era un monigote de madera tumbado en el suelo, chato y calvo como un perro de lanas. Las mujeres de este pueblo besaban el suelo a su alrededor y sus hábitos de tela de saco, y le pasaban las manos por los pies, para luego persignarse.

Un poco más abajo están los muros del convento de Santo Tomás, donde forman cola los pobres para comer el co-

cido. Se ven muchas mujeres llenas de harapos, acurrucadas, con la cabeza colgando entre las rodillas de lo agachadas que están, durmiéndose, y la miseria que llevan en las espaldas; muchos de estos pobres tienen la nariz y la boca comidas de un cáncer, y se les ven los dientes al aire, enseñando media calavera. En estas pobres viejas, por debajo de sus faldas, asoman las churradas de llevar tanto tiempo esperando y no poderse levantar de allí para no perder su puesto.

Muchas veces la cola de mendigos se impacienta, y llaman a los aldabones de la puerta del convento y vociferan mucho para que les abran. Luego, cansados de gritar, caen en un gran abatimiento; pero siguen sin perder sus puestos con gran tenacidad y no se marcharán de allí hasta que no les den de comer.

Por fin, abren las puertas y entran en el patio triste del convento, con bancos de piedra y árboles secos. Bajo un cielo blanco y frío, todos los pobres, con sus escudillas y botes de latón, sonando una cuchara roñosa y negra dentro de su fondo; sus cabezas llenas de greñas, y las barbas enmarañadas y canosas, que destacan muy duras de sus caras curtidas y brillantes como moros; enseñando el pecho entre los rasgados de la camisa, con los pantalones y las mangas de sus americanas hechos jirones, por los que asoman la carne y todas sus vergüenzas, se colocan alrededor de un gran caldero que sacan del convento en un carrito de hierro con ruedas. Un hermano limosnero, con su capucha negra y hábitos blancos de fraile; su cabeza redonda, cortado el pelo al rape, con la frente saliente como un segador, que da una impresión de ser dura como la piedra, va llenando con un cazo las escudillas, botes y los pucheros de las mujeres.

Cuando salgo de este patio, veo en el arco de entrada una talla de piedra de gran rareza, del siglo XIV, en que aparece San Martín montado en un caballo, cortando con

su espada la mitad de su capa, que da a un pobre apoyado en las muletas.

En unas casas que dan al campo están las prostitutas; un viejo cojo entra en una de estas casas. Tras las cortinillas rojas se ven, medio desnudas, a estas mujeres. Una, que está sentada a la puerta, tiene la cara llena de cortes y rasguños hechos por la navaja de algún chulo; otra enseña una cicatriz de alguna puñalada antigua de su amante. Casi todas enseñan la pelada de su cabeza, las encías de los dientes postizos y los carrillos traspasados por un agujero, con una aureola morada de enfermedad.

Las murallas.

Después de comer salí de la fonda a ver las murallas; recorrí el paseo del Rastro; en las afueras vi varios cerdos y toros de piedra, que abundan tanto en Avila. Todo el camino está lleno de piedras parecidas a las de granito de El Escorial; las hileras de árboles desnudos pueblan algo aquel camino; a lo lejos, las murallas, como pegadas al cielo, dan un aspecto de aparición a esta ciudad; sus grandes cubos, la piedra cenicienta donde resaltan las gruesas piedras negruzcas por el tiempo y la lluvia; sentado en una de estas piedras veo la ciudad cerrada y tapiada como apartada del mundo, como una inmensa sepultura; las nubes parecen pegadas a sus casas; el cielo se va encapotando, parece que se está fraguando una terrible tormenta.

Vuelvo a subir al pueblo y entro en una iglesia, pues veo muchas mujeres con velas y escapularios al cuello. En el altar hay un Cristo con enagüillas, muy negro y con pelo natural que le caía por los hombros; a sus pies hay un nido

como una corona y unos huevos de avestruz; las lamparillas y los cirios encendidos chisporrotean, cayendo por los candeleros de cobre espesos lagrimones de cera. Un cura viejo, con la cabeza muy larga como la de un caballo viejo y las orejas desprendidas, lee desde el púlpito, alumbrado con una palmatoria, la letanía. Las mujeres y hombres van repitiendo este rezo monótono que nunca parece acabar.

Otras viejas, llenas de reuma, llegan algo retrasadas, con sus zapatillas, los abrigos verdes, viejos, con mangas de otro color hechas de trozos de americanas de sus maridos, las faldas llenas de remiendos y zurcidos en el trasero de tanto estar sentadas, y las toquillas descoloridas y recosidas muchas veces; son las mujeres de los empleados, que están ahorrando todo lo que pueden para irse a vivir a su pueblo y acabar sin tener que trabajar los últimos días de su vida.

Otras son las viudas, de descomunal estatura algunas, con sus velos negros que les caen en pico por encima de sus cabezas; el perfil de sus narices salientes con los grandes y fieros agujeros de las fosas nasales; la frente alta, encuadrada, con el pelo blanco y la boca hundida y apretada, dan una idea de dominio y mal humor; algunas de estas brujas beatas piensan en casarse a los sesenta años, después de haber enterrado a varios maridos. Estas viejas autoritarias tienen su silla reclinatorio propia, donde está grabado su nombre. Luego vienen las damas catequistas del pueblo con sus abrigos cortos, resonando sus zapatones, y sentándose cómodamente en los bancos de terciopelo para ellas reservados; algo espatarradas, con el devocionario y sus rosarios, tienen estos marimachos tipos de sargentos y cabo de gastadores.

La cobradora de las sillas cuchichea al oído de todas estas beatas; es una mujer que se ha quedado como jorobada y muy chica por los años; la cara la tiene tan obscura como

el cuero viejo; lleva en la mano un tanque de bronce cerrado con un candado; en él se siente el ruido de las monedas de cobre que caen a cada momento.

Al pie del Cristo hay también una bandeja con un montón de perras chicas, de tantas beatas que entran en esta iglesia.

Después de la letanía, venía el sermón y la reserva; los cofrades, con sus viejos abrigos muy usados y llenos de grasa de la caspa del pelo del cuello; otros, con capas, tienen tipos de porteros; se ponían los escapularios por la espalda y con velas en las manos se colocaban en fila.

Cuando salí a la calle empezaban los relámpagos, que alumbraban el camino y nos envolvían en una luz que se nos metía por las piernas, y los resplandores tan fuertes que marcaban nuestras siluetas en las paredes de las casas.

Cuando entré en la fonda empezaban los estampidos de los truenos; uno fué tan imponente, con un ruido tan metálico como una lluvia de barras de hierro que chocasen contra la piedra de la Catedral; la luz eléctrica del comedor quedó apagada, y tuvieron que encender velas metidas en botellas, y nos pusimos a cenar en aquella luz lívida; veíamos en las paredes bambalearse nuestras siluetas; un cura que le brillaban muchos los cristales de sus gafas llegaba con su gorro al techo; el mantel tenía una luz como de luna, y el cristal de las copas y el mango de los cuchillos fulguraban.

También veía las siluetas imponentes de dos señoras que estaban sentadas enfrente, y me observaban con curiosidad; no viendo en mí la humildad que el caso requería, cada vez que sonaba un trueno las hacía persignarse y besar la cruz de los dedos; eran unas mujeres enlutadas y graves; en el cuello de la más joven brillaba una flecha de azabache de un alfiler, y el cristal de un medallón con un retrato de hombre pendiente de una larga cadena de azabache; la otra

tenía un aire de dama de convento; su cara descolorida destacaba del pelo muy negro; tenía la boca dibujada con energía; un cuello blanco almidonado, de forma de hombre, concluía por darla más aire inquisitorial; sus mejillas y frente estaban surcadas de algunas arrugas y en el pelo brillaban los mechones canosos.

Cuando acabamos de cenar pasamos a una sala con varios espejos y consolas isabelinas; en el piano había velas encendidas; la tormenta había cesado; la calle estaba convertida en un río, y varias señoritas se pusieron a bailar y a tocar el piano. Yo me acosté en seguida y di orden al camarero que me llamase muy temprano, pues tenía que salir para Oropesa.

OROPESA

OROPESA

Se halla esta villa a cuarenta leguas distante de Talavera y está enclavada en un sitio muy elevado, donde dominan los castillos con fuertes y pesados muros; sus cuatro torres y sus diez puertas de hierro contribuyen a dar a este pueblo un aspecto marcial y guerrero.

Cuenta la tradición que los dueños de esta fortaleza seducieron y secuestraron a cierta doncella, y los caballeros templarios la rescataron por peso de oro; de ahí le viene el nombre de Oropesa; por eso en su escudo de armas hay un peso y en una de sus balanzas está subida la doncella, y en otra hay una gran cantidad de oro, y en una tira puesta en forma de orla, como las que se ven en las tablas del siglo xv, se lee Oropesa.

Encierran las fortalezas de esta villa más de veinte calles y cuatro plazas, no pocos vecinos, entre ellos muchos hijosdalgos, una parroquia, tres conventos de frailes, dos de monjas, seis ermitas, dos colegios, uno de doncellas y otro de colegiales y una Universidad que erigió Francisco de Toledo, virrey de las Indias, con un capellán mayor y seis menores.

Era abundante este pueblo antes en aceite, corderos, petróleo, caza y ganado; pero hoy, después de la guerra, contra el hambre que hemos sostenido y que seguimos sosteniendo, no hay más que poco pan y poco vino.

Entrada en Oropesa.

Cuando llegué a este pueblo era ya una hora avanzada de la noche. En los departamentos de la estación roncaban algunos esperando la llegada del tren.

Al pisar la carretera, bajo un cielo muy alto, negro, como de tormenta, vi una casa cuya fachada estaba iluminada por un farol; esto me hizo sospechar que debía ser una posada y a ella me dirigí.

El portal de esta posada estaba medio cerrado. En el salón de la entrada la atmósfera estaba muy cargada; la espesa nube de humo de los cigarros, el calor de estar toda interceptada de baules, talegos y mantas y de labradores que dormían en el suelo; entre todos se destacaba la figura alta de un cura anciano que, desvelado, paseaba fumando; se sentían sus botas gruesas que chirriaban en la madera; en una silla se veía una maleta modesta de cartón y un saco que era su equipaje; toda esta gente esperaba también el paso del tren y aquí estaban más abrigados.

Yo quise dar una vuelta para ver el pueblo; pero estaba muy distante y en medio de la carretera; lo vi lleno de cuestas, que daba una gran impresión de lejanía y cansancio, como todos estos que están en un alto, como Calahorra y Toro.

En el cielo, entre las negras nubes, parecía que quería romper la claridad de la luna; ésta apareció pálida, como envuelta en un sudario, con una aureola lívida; pero limpia y fulgurante cuando, desafiando a todos los nubarrones, se tnconóer en medio del cielo, que iluminó con su esplendor.

Entonces la silueta negra, recortada de los cubos y torres

de sus murallas y castillos, relampaguearon como el acero, y me pareció este pueblo, por su arquitectura, de una gran belleza y fantasía.

Volví a la posada a dormir, con ánimo de levantarme muy temprano, pues ardía en ganas de ver el pueblo.

Cuando entré en la posada salió a recibirme una criada rubia; tenía algo de vello en la cara y la tenía muy quemada del sol; andaba con los pies descalzos, algo hinchados y deformados; la puerta del corral estaba abierta, y en la obscuridad se veía un pozo y unos caballos viejos, que daban unos pasos inquietos y cansados y tenían los ojos cerrados; la criada me acompañó con un candil a las habitaciones de arriba; la dije que se retirase a dormir y subí por una escalera cuyas barandillas se tambaleaban y crujían como rotas, y mis botas sonaban mucho; pero más ruido metí al abrir la puerta de mi cuarto con una llave vieja que me dió la criada.

La pesadilla.

Cuando me metí en la cama, en mi imaginación tomó forma, y no se quitaba, la visión estupenda del pueblo que había visto hasta que me quedé dormido. De pronto, como cuando se levanta el telón en el teatro, vi como una decoración algo borrosa que salía de las paredes como si no cupiese en el estrecho cuartucho. Sobre un cielo de color de plomo vi la silueta férrea de este pueblo que se iba acercando a mí; sus peñascos parecían que me iban a aplastar. El pueblo estaba como pegado, sin aire ni distancia, en una sábana; parecía pintado y que se iba acercando cada vez más a mí, que descansaba todo en mi pecho.

De una calle asomaron unos encapuchados negros con cirios en las manos y unos gorros pirámides, tapada la cara con una máscara, que es un velo, donde se trasparentaba el gesto burlón y la risa. Unos frailes guarros, con barbas hasta la mitad del pecho y los brazos en alto, con unas manos descomunales, con los pescuezos peludos, como tienen los cerdos sus partes genitales, se bajaban las bragas por entre las piedras y escogían los sitios más hondos; pero los cabrones de ellos no se caían a los precipicios.

Por una cuesta subían unos penitentes, vestidos de sacos negros y tapada la cara y las espaldas desnudas, con grandes antifaces y cirios en las manos, que llevaban en andas un Cristo rojo, con una gran cola de pelo negro que le cubría los costados y una faldeta de brillante acero; le acompañaba una fila de pobres con blancas túnicas y los pies descalzos.

Cuando pasó esta procesión vi unas botas enormes que andaban por el suelo, y como por arte de magia salir unos correajes de un amarillo duro y asesino y los tricornios charolados y desagradables de dos guardias civiles, las barbas largas y pegadas a los rostros lívidos; estas figuras se iban articulando por piezas, aparecían las orejas y no tenían ojos, después les brotaban las narices, los dedos sueltos andaban por la pared, hasta que se completaron estos fantasmones ridículos y espantables; vi los ojos duros y fieros clavados en mi y el brillo de los cañones de los fusiles; me apuntaban para disparar y no dejarme escapar, como si yo fuera un terrible criminal.

Cuando me desperté tenía la lengua seca, la camiseta empapada en sudor, la ropa caída y los pies encima de la almohada; debí dar muchas voces. porque sentí, espantado, en la pared ruido y que hablaban por los pasillos como buscando con una vela quién turbaba el silencio de la noche; al meterse la luz en las rendijas de la puerta se vislumbra-

ba, al correr de la luz, una sombra luminosa en el techo del cuarto y sentía muy cerca el chasquido de pies descalzos

A la mañana siguiente sentí dos golpes en la puerta, dados con los nudillos, y me levanté y me lavé la cara para ver el pueblo.

La criada rubia que había visto por la noche estaba cantando en la cocina:

Le ve tan llenos de frutos
que al campo llena de gozos,
a los hombres de alegría
y a las aves de alborozos.

Luego vino al mostrador a servir unas jarras de vino a unos mozos del pueblo que la echaron chicoleos; yo la pedí otra jarra, y mientras me echaba el vino al coleto, me fijé de cerca en su cara, roja por el sol, en sus ojos y en sus brazos sonrosados, con un vello que parecía reflejarse y doraba el sol naciente, que todavía no tenía fuerza por la hora tan temprana.

Cuando subía por la carretera dije: *Non potest Civitas abscondi supra montem posita.* Esta cita de San Mateo me la trajo a la memoria el ver escondida y puesta esta ciudad sobre la cumbre de un monte.

Por la carretera pasaba algún burro, donde iba sentada una mujer, y en las mulas montados los labradores. Pasaban las carros con trigo, otros descargados; en el suelo sucio se veían algunas briznas de trigo; las tablas de estos carros estaban llenas de descalabraduras y hendiduras resecas por el sol de Castilla, que quema hasta las piedras.

El carretero, con la cabeza desnuda; en el pelo, cano y basto, se veían metidos trozos de paja de los sacos. Noté que los hombres, y sobre todo las mujeres, andaban con los pies descalzos, como la criada de la posada; pero lo que me

chocó mucho es que vi pasar dos mujeres con medias de lagarto.

Cuando acabé de subir esta cuesta, se veían las primeras casas del pueblo. Entré en una calle estrecha; en los portales de estas casas están los comercios, los sastres y las pañerías. En una de éstas, unas mujeres estaban comprando un corte de traje. Las telas están colgadas del techo en compañía de las medias y cintas. A la puerta de estas tiendas hay parado un burro grande de los viajantes, cargado de piezas de tela y cajas de cartón, o algún arcón con géneros; en las cuerdas y monturas está metido el rústico y viejo paraguas del dueño.

En estas calles no hay fuentes y si pozos: las mujeres sacan el agua de ellos y llenan sus vasijas tirando de una cuerda que está atada a los calderos. En las plazuelas hay estos pozos o una tinaja de piedra, y en las esquinas de las casas se ve empotrado algún pilón de granito para abrevar el ganado.

Subo por la calle de los Condes de Oropesa; en ésta todas las casas tienen rejas de hierro y muchas ostentan un escudo guerrero de piedra. Esta calle da salida a muchas callejuelas donde están los conventos: el de las Concepciones y otros varios, donde se oye por fuera cantar a las chicas que en ellos se educan. Son estas calles silenciosas que resuenan y resbalan los tacones.

De vez en cuando se ven niñas con mantilla, como las mujeres mayores, y con el libro de misa; llaman a estos portales, donde hay pintada una cruz, y la puerta vuelve a cerrarse; casi todos estos portales están cerrados y las casas desalquiladas.

Museo de cerámica de Oropesa.

Según sigo andando, leo este letrero en una casa imitación de antigua. Tiene la puerta con clavos y maderas nuevas, con todo ese sabor pendejo de querer imitar lo antiguo por arquitectos y mueblistas modernos de que está infestado Toledo: la estación, la Casa del Greco y toda la ramplonería para atraer al turista, que en arte es como una mula de varas, pues no se orienta mas que por lo que le dicen las guías y libros oficiales, escritos por eruditos y académicos de la Lengua, que siempre tienen el don de equivocarse, y dicen que el mejor pintor es Sorolla y el mejor escultor Benlliurre (los dos son dos zapateros), y los mejores toreros el Guerra y Mazantini (a cual más malo), y muchos fantasmones de la generación de Lhardy, Retortillo, Saint-Aubin, Monte Cristo. etc..., pintores de salón, músicos, poetas y políticos intrigantes, que iban a gastarse cinco duros en comida. Por fortuna, de esta generación algunos se han muerto y otros se sostienen pintándose y retocándose.

Entro en el Museo; miro el techo, que es de artesonado moruno, de brillante purpurina; todos los objetos están numerados y catalogados, y casi todo en él es moderno. Sin embargo, entre los vasares llenos de pucheros y tarros, entre los que llenan el suelo, de limpios y pulidos azulejos, podemos escoger algunos que, aunque no sean auténticos, son dignos, por sus leyendas de figurar en un Museo. Uno dice:

«El vino alegra
el corazón del hombre.
¡Viva mi dueño!
Soy de quien me
compre y me pague.»

También se ven algunos jarros de vino con figuras estampadas en color, de tipos de las provincias de España, con estos letreros:

«Montañas de Santander.»

Una pasiega llevando en su cuévano, entre los quesos y mantecas, a un niño de pecho:

«En cualquier parte
estaremos mejor.»

Una maja con un brazo redondo y buen pecho y caderas-

«¡Qué rejonazo
que tienes!»

En otro una chula cachonda enseñando las tetas y los muslos:

«La verás, pero
no la catarás.»

Siguiendo las calles por donde se veían las altas almenas de los castillos que destacan de los tejados y se ven por todo el pueblo, di con una plazuela donde está el palacio de los Duques, que está utilizado para cuartel de la guardia civil y donde están las escuelas; por la mañana entran los chicos del pueblo con las carteras y libros, metiendo ruido y chillando por ver quién sube antes la escalera. El maestro se asomó a la puerta, trancó la llave y los hizo meter en el interior de este enorme edificio, lleno de escaleras y pisos, de galerías donde hay cuartos alquilados a familias de guardias civiles; pero en este edificio, casi vacío, cabían todos los vecinos del pueblo.

La portera me enseñó el teatro; entramos en un salón grande, donde estaban apiñadas las sillas, y el escenario estaba levantado y se veía un telón como de fotógrafo, de

mar, pintado todo él de azul de Prusia: estas olas bajas de teatro que parece que van a anegar todo el escenario en agua y borrasca.

Es la decoración del primer acto de *Otelo*, de *Gioconda*, de *Marina*, de la *Tempestad*; este telón que tanto teme el señor Simón cuando retumban los truenos y ciegan los relámpagos, y de *Marina*, nunca se puede soñar mejor esta decoración verde, pobre y desconchada, que en este teatro. ¡Qué bien se destacarían sobre su fondo el rojo criminal de las barretinas, y qué bien sonaría aquí el viejo piano, destartalado y desafinado!

«Aquí, me dijo la mujer que tenía las llaves en la mano, suelen dar funciones. Han representado *Don Juan Tenorio*, y alguna vez se reúnen algunos oradores de todas calañas para dar conferencias, y también ponen la urna en las elecciones, en esta misma mesa que sirve para ensayar los cómicos.»

Yo pensé que en esta mesa no se debía consentir que sirvan en ella agua y se gasten unas velas en mitines, y menos para las elecciones, esa cosa repugnante del caciquismo en los pueblos y que en España tira tanto, pues todo el mundo quiere ser concejal o diputado.

En día de las elecciones, en todos los pueblos de España hay una atmósfera de matonismo; los cafés están llenos, se compran los votos y se reparten puros; luego la gente se lanza a la calle con estacas y garrotes.

Hace años los curas, con las boinas encarnadas de carlistas, arrastrando un sable curvo de la correa y dos pistolones a cada lado de la cintura, con los que amenazaban a los mozos y los llevaban de una oreja para que fueran a echar sus papeletas en las urnas.

Salí de este viejo y noble edificio; en el patio deben venir todos los cagones del pueblo, pues todo está lleno de inmundicias puestas en fila.

Por las cuestas llenas de piedras subí a los castillos «El del Caracol», «El de la Viga», «El de la Doncella» y el de los «Cuatro caracoles», y que desde la carretera, fuera del pueblo, encima de la montaña, forman una masa y parecen que es un solo edificio. En los torreones y cubos de estos castillos se ven escudos de piedra y vuelan pájaros que tienen allí sus nidos. Después de subir a gatas, desde su altura se contempla el hermoso paisaje de Oropesa, circundado, en parte, por sus murallas, pues otras las han tirado (como pasa en tantos pueblos de España que los bárbaros y animales de sus alcaldes las han mandado tirar, lo mismo que los castillos, pues hoy faltan de España más de 50; los no menos bárbaros de la Sociedad de Excursiones no se han dado cuenta de esto).

Pues entre los Ministros, Ministerios, Clero y Casa Real se comen todo el Presupuesto, que nunca da a basto. Nacen cada día nuevos infantes, y yo digo que no vendrán todos con una libreta debajo del brazo.

Este paisaje que se ve en las altas almenas de los castillos se da la vuelta con la vista a los alrededores de Oropesa, llenos de campos de trigo y de olivos frondosos de un hermoso color.

Desde aquí veo las veletas del convento de la Compañía, donde tienen sus nidos muchas cigüeñas, con un vuelo muy bajo. Pasan algunas por encima de mi sombrero. Estas cigüeñas, con sus graznidos, meten mucho ruido; se parece a una carraca.

Desde lo alto de estos castillos se ve también el cementerio, con muchos nichos blancos, que parecen de niño. Por la calle pasa un grupo de hombres y mujeres; ellos llevan a hombros un ataud. Las mujeres van descalzas y llevan unas tortas en la mano.

También veo los vecinos de las casas pobres acurrucados en los quicios de los portales.

Los hombres de Oropesa.

Los hombres de Oropesa llevan el sombrero pavero, perneras de cuero y polainas, chaqueta de paño negro o pardo y el chaleco con botones de metal, y también faja, para servirles de abrigo, lo mismo en invierno que en verano, y sostener las bragas. En casi todas, en sus bolsillos, se ve el bulto del pañuelo, donde llevan amarrado el dinero, al lado de la pipa y la petaca.

Estos hombres, tostados y duros, y los más ancianos, altos y enjutos, que se caen hacia un lado y que sus piernas han estirado por la edad todo lo que tenían que dar de sí, pues hay algunos que desde la culera hasta la punta de los zapatones su estatura consiste en piernas, pues el tronco es pobre y se ha achicado y asoma el esqueleto, porque las enfermedades, que comen tanto como los gusanos, han aligerado sus carnes. Por eso estos viejos tienen tanto cariño a su pelleja y abren mucho las orejas para oir y no tropezar contra las paredes y salvar los peligros de los carros y caballerías, que pudieran atropellarlos. Y nunca dejan en casa la faja ni las polainas de paño, muy apretadas a sus vientres y canillas, y llevan atado a la frente, con un nudo por debajo del sombrero, el pañuelo grande de hierbas, para que el sol no les dé en la nuca, que es lo que tienen ellos más cuidado.

En España, entre la gente de pueblo, el pañuelo de color a la cabeza tiene una gran importancia en toda Castilla y en la Mancha, pues suelen ser gente con grandes calvas con brillo, como el suero de los quesos de la tierra, y de frentes muy duras, pero peladas y llenas de arrugas. Los

más viejos tienen en la calva muchas costras, como esas que les salen a los niños de teta en la cabeza.

Las mujeres.

Las mujeres de Oropesa, como las de todos estos pueblos toledanos, suelen ser buenas mozas y muy trabajadoras y comparten con los hombres las labores del campo. Al mediodía se las ve llevar en la cabeza una tabla grande llena de panes, de vuelta del mercado, con cestas llenas de verdura para el consumo de la semana. Todas van descalzas, porque los zapatos los guardan para los días de fiesta. Su traje es un jubón negro, pañuelo blanco al cuello y debajo otros amarillos o verdes. En el moño, trenzado, llevan clavadas algunas gran lujo de peinetas, collares al cuello y unos grandes pendientes de media luna calados y dorados, que al darles el sol pone una mancha transparente de ámbar en sus cuellos.

Las niñas parecen mujeres, pues llevan el mismo peinado y unas faldas muy largas que oculta sus pies.

Las calles.

Las calles de Oropesa están llenas de cuestas y piedras redondas como moles; unas tienen manchas amarillas o rojas, como si se fueran tiñendo poco a poco y por dentro les hubiese salido una enfermedad; otras están rajadas y se ve esconderse alguna lagartija que estaba tomando el sol

y huye asustada; otras, abiertas. Entresus boquetes y hendiduras se ven metidas las vigas, pues sobre estas piedras están cimentadas las casas.

En la calle de Peñitas es donde hay más casas montadas en las piedras; a estas viviendas rústicas se sube por una escalerilla desigual, abierta en la roca; en sus fachadas blancas están recostados los enormes arados, y clavados hay un cedazo, los arreos de las mulas y los cuévanos, donde llora al sol un niño metido entre una bayeta amarilla.

Me recuerda esto a los paseos que daba en Santander por los barrios de los pescadores; en las fachadas de aquellas humildes casas, pintadas unas de azul, otras de verde o de color rojo de sangre de toro, se veían colgadas de las escarpias bragas amarillas llenas de escamas de pescados, enceradas extendidos para secarse al sol, todos estos trofeos del mar que bajan de las paredes, velas de barco, redes de pescar, traineras puestas en seco y arrastradas hasta los mismos portales de estas casas de pescadores, y su interior repleto de capachos y cestos con muchas cuerdas y anzuelos y cachos de carnaza clavados en ellos.

Esta calle de Peñitas tenía algo de barrio marinero, y para completar la ilusión vi un carro tumbado sin ruedas, como una lancha vieja e inservible; del interior de este carro asomó una cabeza renegrida de un hombre que estaba medio desnudo y envuelto en una manta; tenía este vagabundo una barba muy crecida y el pelo le tapaba casi las orejas; me extendió la mano y dijo con una voz muy doliente:

—Mire el señor hermano si tiene a bien socorrerme con algo, pues hoy no he comido.

Yo, que llevaba en el bolsillo la merienda que me sobró del tren, le dí un buen trozo de salchichón y jamón, que devoró en un momento; después de pedirme de fumar, dijo:

—Yo, hermano, soy Pedro Conejo; también me llaman en este pueblo el Oso; padezco de ataques y tengo una úlcera

en una pierna. Al poco tiempo de llegar a este pueblo me dió la epilepsia, me caí en la lumbre de un horno, y como perdí el conocimiento y no había nadie que me sacase me quemé un pie, y por eso no me puedo mover de aquí, y este carro es mi cama, y si quieren que viva tendrán que venir aquí a darme de comer; cuando sane marcharé a Soria andando a pedir para comer en los pueblos, pues a mí me gusta mucho viajar.

Después de despedirme del hombre del carro me metí en estas calles silenciosas; en una tropecé con un viejo, embozado en una larga capa, tirando de la cuerda de una mula vieja y coja, y luego vi pasar dos ancianos derrengados que parecía se iban a caer de encogidas y flojas que llevaban las piernas; vistos por detrás parecían gemelos; caminaban detrás de sus burros con una vara en la mano.

Por la cuesta de esta calle entraban los carros que vuelven al pueblo llenos de trigo, tan repletos, que apenas caben por estas estrechas calles, que rozan las paredes, tirando la paja al suelo y les tenemos que dejar hueco, metiéndonos en los soportales para que pasen.

En una de las mulas iba montado un mozo de color muy moreno la cara; el pelo, negro y áspero, le caía en chuletas tapando sus orejas. Tenía la camisa abierta, por la que asomaba el pecho robusto y rojo por el sol. Llevaba puesto un sombrero ribeteado de trencilla roja y adornado con flores: ese sombrero de los segadores que, aun estando lleno de manchas y de agujeros, siempre conserva una forma rara y bonita. Este carro tenía algo de pastoril, y el labrador parecía una fina figura de un nacimiento antiguo, de madera, vestido con lujo y detalles realistas.

Al pasar este carro vi en un portal, a la claridad del sol, una chica, ya casadera, que la estaba peinando su madre; tenía el pelo suelto y era muy guapa· con la cabeza baja, algo

distraída, dibujaba unos pliegues con los dedos en su delantal.

Esto de la falta del reloj en los pueblos es lo que más hace que no tenga uno noción del tiempo.

¿A qué hora estaban peinando a esta moza? ¿Eran las diez eran las doce? Pero debía ser tarde, porque sentía ya uno ganas de comer.

Y volví al centro del pueblo, a la plaza de Oropesa, donde están las Casas Consistoriales y los paradores; me metí en una barbería; el barbero, que debía ser algo burlón, me dejó con el jabón bigote y perilla de general; yo en el espejo me veía ya anciano y le dejaba a ver cómo concluía.

Cuando salí de la peluquería vi un cobertizo con un largo banco de piedra; pegado a él había un lienzo de pared con una raya pintada y unos números; es donde juegan los mozos a la pelota los domingos.

En el techado donde me senté había unos vecinos del pueblo leyendo los periódicos, y donde se meten en el verano para resguardarse del sol; los que tienen bienes y tierras no hacen nada; no trabajan, van a misa, a la peluquería y se sientan en esta plaza, mirando el único reloj del pueblo, el del Ayuntamiento, esperando que llegue la hora de comer, y muy despacio, apoyados en sus bastones, se van a sus casas.

Del grupo de estos viejos sesudos y cazurros se levantó uno, y dirigiéndose a mí, viendo que era forastero, dijo:

—Amigo, qué pocos estamos en la plaza; si no fuéramos mas que nosotros y hubiera un fuego, aquí bien pronto se iqe a quemar el pueblo.

La boda.

En este grupo me enteré que había una boda principal en el pueblo: un rico labrador había casado a una hija suya con un criado y los novios llevaban dos días en diversiones.

Ya les pondría yo a los enamorados, dijo uno de los viejos, a trabajar; pero amigo tienen dinero.

Después de comer bajé al pueblo; me faltaba ver el castillo «De la Doncella»; éste seguía con la puerta cerrada; una mujer, en una casucha de enfrente, me dió las señas de un tabernero que tenía las llaves del castillo; le fuí a buscar y entramos en un piso lóbrego y húmedo, lleno de toneles y tinajas de vino que daban un olor fuerte y sano; el suelo era la tierra; en lo alto de un macizo muro de piedra se veía la luz que entraba por unas rejas de un ventano; estábamos dentro del castillo, aprovechado como almacén de mosto.

Subimos por una escalera muy estrecha de caracol que nunca terminaba; a veces nos quedábamos a obscuras; otras entraba la claridad de un boquete; por fin nos encontramos en una plataforma llena de verdín; subimos una escalera de hierro muy pendiente que daba a las almenas de este castillo; desde allí se veía una hermosa vista; yo le señalé al tabernero un pueblo que se veía a lo lejos y me enteré, con sorpresa, que era Lagartera.

Cuando salí del castillo volví a entrar en la casa de los duques, y al bajar, por la espaciosa escalera de paredes que antes estaban pintadas y tenían escudos de piedra y que hoy las han tapado y cegado con yeso, para que estén más

blancas, pero que los chicos se han encargado de salpicarlas con bolas de barro y pintado con escobas llenas de caca.

En plena fiesta.

El salón que da a la calle estaba lleno de muchos mozos y mozas, que ocupaban los mismos bancos donde se sientan los pobres en los días que reparten comida; también habían llevado allí muchas sillas; se bailaba y se cantaba, dando gritos bruscos y duros, y había unos músicos alquilados que tocaban la flauta y el tambor.

La elegancia de los trajes me chocó, y en seguida caí que se trataba de la boda de que había oido hablar.

Las mujeres iban muy bien vestidas, con pañuelos blancos bordados de seda y los largos mantones con flocos de mil colores, la saya o vasquiña de indiana azul celeste o rosa; otras llevaban un corpiño con un terciopelo guarnecido de abalorios; por encima del pañuelo del cuello se veían las cintas de seda de los collares, algunas muy anchas, rosas, azules y verdes.

Los mozos iban también bien vestidos, con sus sombreros anchos nuevos, las chaquetas y pantalones negros; algunos estaban en mangas de camisa, llevando la chaqueta al hombro; las mujeres se sentaban encima unas de otras en las sillas y paseaban por el prado, con sus pendientes y collares de oro, cogidas de la mano; tenían ese aire modesto y rústico de las mujeres del pueblo.

Yo pensaba cuántas defunciones, bautizos y bodas iba a haber entre estas gentes unidas alegremente en este día de fiesta, pues siempre salen nuevos enlaces de estas reuniones que asisten a una boda.

En un caso de estos no se debe regatear y regalar espléndidamente a los novios, porque esto en la vida es lo que se parece más a la muerte.

Dos corazones que arden con una llama roja, juntos y unidos, rodeados de unas flores, una bolsa de dinero colocada en la casa de banca de un pueblo y dos ataúdes enlutados donde encerrarán a los hijos si los tienen, es el emblema de los casados.

Camino de Lagartera.

El sol picaba y el camino está seco, con una capa de polvo y lleno de piedras; se ven muchos lagartos, que se ocultan bajo las piedras al ruido de nuestras botas, y se veían grandes serpientes dormidas y tomando el sol en medio de la carretera; al menor ruido huyen muy de prisa y se enroscan; yo no comprendo que se mate a este precioso animal.

Su cuerpo brilla hermoso como si acabase de salir del agua, y aunque se arrastre por el polvo siempre su piel está lustrosa, mientras nuestro calzado está sucio y lleno de tierra.

En esta carretera se ven postes con un papel clavado que dice que se paga al que mate a uno de los machos; por eso se presenta en el pueblo alguno con un bastardo colgado de un palo, muerto a pedradas y a palos, cortándole con la faca la cabeza, que traen colgada de un palo, y también con serpientes madres y padres.

También al poco rato que llevamos andando vemos en medio del camino saltar, como los gorriones cuando pican en la boñiga de las caballerías, unos bichos pequeños que al andar se pegan de cabezadas en nuestras piernas; estos

bichos parecen saltamontes, que están escondidos a millares entre los matorrales; por todo el camino se oye el chirriar constante de estas langostas, verdes y pardas, que a pelotones se ven; también hay muchos canutos o zurrones, en donde están encerrados los gusanos o langostas en embrión, que al estar en estado de moscas, al empezar a comer comienzan también a formar agrupaciones para marchar.

¡Buen susto se van a llevar los vecinos de Oropesa, que ignoran esto, cuando caiga sobre el pueblo la gran nube y plaga de langosta que se está fraguando a ocultas y obscurezca el curso del sol y deje a Oropesa a obscuras!

El camino seguía igual; había algunas charcas y riachuelos; a lo lejos veía el pueblo y divisaba la torre de la iglesia; después de un gran rato de andar, vi el pueblo ya próximo, rodeado de lejanas montañas, que en el invierno están siempre nevadas y que aun en los meses de más calor conservan cuchillos de nieve.

Al llegar al pueblo comencé a ver gente, pues en todo el como no había ni visto alma viviente. Atravesé por unas piedras donde había un río, y las mujeres lavaban la ropa y subían con cántaros de agua.

Este pueblo me dió una impresión de monotonía; sus casas todas iguales, por donde asoma la piedra enyesada, con muchos corrales, donde hay encerrados burros, carros y gallinas; en los portales se guarda la leña. Estas viviendas tienen unas altas chimeneas blancas y las calles están muy en cuesta, llenas de piedras y troncos de árboles; por los portales de algunas de las casas más grandes se ve la cocina de campana, con el caldero colgado debajo de la leña; la puerta de hierro del horno cerrada con un cerrojo; la escalera pendiente, que desaparece en el arco que se abre en la pared de cal; dentro de la chimenea habrá unos escalones que darán a alguna alcoba en la que apenas cabe una cama; encima, en un piso alto, habrá un sobrado lleno de sarmien-

tos, maíz y trigo. En los ladrillos de esta cocina, rotos y comidos por las pisadas y los años, se ve la hendidura del hacha al partir la leña al lado del fuego, se ve una silla y en el suelo alforjas tumbadas.

Las mujeres de Lagartera son como hombres; montan muy bien en burro y ellas mismas enganchan las caballerías a los carros. En este pueblo no hay mas que una posada en la Plaza; en un portal se lee en una tabla:

Antigua
Posada
de Amores.

En esta Plaza está la escuela pública de niños y la iglesia, situada en una calle muy pendiente.

En Lagartera hay una calle muy estrecha y de pocas casas.

«Calle del Cementerio»,

que da salida al cementerio de Lagartera. Aquí, en esta calle, vi llevar a un niño muerto en brazos, con el delantal y las botas puestas, que le iban a enterrar sin caja. ¡Cómo caería la tierra en su delantal, llenando sus bolsillos, los bolsillos que tanto estiman los chicos, cegando sus botas y tapando su cara!

Los hombres de Lagartera llevan unos preciosos trajes que cambian mucho de color: unos llevan fajas moradas y otros coloradas, chaleco blanco de bayeta, camisa con adornos de trencilla negra, sombrero pavero y medias de algodón. Las lagarteras llevan las faldas muy cortas y hay gran variedad de colorines; a las niñas les hacen un peinado muy historiado: las recogen unas trenzas muy estrechas por la frente y un moño muy abultado; en esto se parecen a las viejas que tienen pelo blanco y llevan este mismo peinado; pero hay que ver lo derechas que andan, aunque su tama-

ño sea tan pequeño y su peso tan ridículo. Cosen sentadas en los portales, con unos pañuelos blancos a la cabeza y con lentes y gafas, como los viejos, que las sacan de un estuche mugriento como la petaca, compañera inseparable. Viejas llenas de arrugas, la cara y las manos como las patas de las gallinas; viejas laboriosas, que zurcen las medias de máscara, y estos zapatos blancos de sus nietos, con una suela gruesa, que parecen de chino; estas viejas que, a sus piernas delgadas como palillos, tienen el humor de vestirlas con medias de trozos de colores chillones.

En este pueblo admirable se conserva y se conservará siempre la tradición a través de los adelantos, pues yo todas las mujeres que vi en el pueblo iban vestidas con los mismos trajes, todas con las maravillosas medias de lagarto.

TEMBLEQUE

TEMBLEQUE

Al bajar del tren y entrar en la estación me encontré con el pueblo cercano; se halla esta villa situada en una explanada y distante de Toledo unas diez leguas.

Era la una de la tarde y entré en la fonda a comer; me senté en la mesa redonda, que presidía un cura con el pelo muy negro, las cejas juntas, debajo de una frente abultada, roja y llena de arrugas; tenía la cara tostada y reluciente; en las manos, cortadas por el frío, se veían las uñas negras de cavar donde estaba enterrada la tierra de Tembleque. Este cura tenía la sotana llena de manchas de grasa, y bautizaba su conversación con muchos coños y puñetas; tenía puesto su bonete, y es el único que estaba cubierto en la mesa; los otros vecinos de comer era gente enferma, que no hacían mas que toser, gargajear y hablar de calamidades.

A mi lado había un señor con unas barbas como postizas que le llegaban hasta la mitad del pecho: tenía un color cobrizo, y la calva, que llenaba su estrecho y desconformado cráneo, brillaba como la caoba; su voz parecía enterrada y que salía de su espalda, pues de su pecho a este tabique había poco espacio y por eso era tan cavernosa; todos estábamos agachados en el plato tomando la sopa; sorbíanla despacio y como preocupados en no meter ruido con la cuchara. Luego pusieron una bandeja con unos garbanzos duros que votaban en el plato; después sacaron una fuen-

te, llena de descalabraduras, con unas albondiguillas; todos empezaron a contarlas con la vista y concluímos por servirnos una cada uno y comernos toda la salsa; el último plato era un pollo muy duro, nadando en una salsa negra; al señor enfermo de la calva de madera barnizada le reservaron la pata, según costumbre, que dijo él que tenía. Este hombre triste, mientras comía la pata, sus mandíbulas parecían desencuadernarse y que se le iban a caer las barbas; mordía mucho la pata, y después que la dejó pelada empezó a dar golpes con el hueso en el plato como con el palo de un tambor; fumó un cigarro y rodeó el plato de ceniza; luego hechó un gargajo que aplastó con la suela de las botas.

De postre pusieron en la mesa un membrillo amarillo como vela de difunto y unas galletas duras.

De sobremesa hablaron de ir al Casino a tomar café y que había unas chicas nuevas en casa de la Bigotes, que no estaba de más el ir a verlas.

Cuando me levanté de la mesa y empecé a andar por el pueblo, vi un estanco; las puertas estaban pintadas con el rojo y amarillo de la bandera nacional, desteñida y borrosa por la lluvia; entré a comprar un cigarro; aquí, lo mismo que en Madrid, los canallas de estanqueros daban el tabaco malo y roto, tiraban la moneda en el mostrador y la hacían botar diez o doce veces para ver si era falsa.

En una casa de un solo piso, con un gran farol de gas debajo de los balcones, decía:

«Casino de Tembleque».

Tuve curiosidad y subí a verlo; en unas paredes ahumadas de papel viejo había unas mesas bajas y panzudas de jugar a las bolas y al billar; sentados al lado de una estufa jugaban al tute mis compañeros de mesa; tenían enfrente los anchos vasos de un café venenoso y las pilas de perras gordas para jugarlas; el cura labrador estaba sentado en

medio, con el bonete torcido y su cara color de correa, que de puro bruto le hacía simpático; de su boca, desdentada y negra, no salían mas que juramentos y bebía mucho vino; tenía puestas unas botas de suela gorda con espuelas; cuando perdía alguna jugada decía: *Cojonian tuam miserere novinus tecum.*

Aquí no se hablaba mas que de las próximas elecciones, y todos los presentes tenían esperanzas de salir diputados; el cura decía que él se encargaría de buscar los votos, pero que había que untar el carro de grasa.

Los camareros de este casino estaban cubiertos con boínas y jugaban entre ellos a la baraja en un rincón de la habitación; se veía un hueco en la pared con un tablado: era el teatro, donde por la noche unas cupletistas bailaban la danza del vientre.

Según seguí andando por el pueblo, vi varios conventos de frailes y monjas; me quedé mirando el pórtico de piedra, donde decía: «Padres Franciscanos Observantes»; en la puerta había uno de estos frailes, el hermano limosnero, gordo como un cerdo; me preguntó si era forastero y me invitó a entrar; subimos una escalera y me enseñó la biblioteca; había aquí varios retratos muy españoles de frailes, y un cura, sentado en la mesa de su celda, tenía delante un tintero de cobre, con la campanilla, y en la mano una pluma de ave, levantada en actitud de pensar, para escribir en un grueso libro, a cuyo lado estaba un crucifijo; en su cabeza se veía el birrete de doctor, y por fondo, detrás de una cortina, su librería, con tomos de encuadernación seria, según la época, y otros en pergaminos con grandes letreros góticos en los lomos.

Me enseñó la celda; en unos pupitres estaban sentados unos frailes comiendo en unas escudillas. «Aquí no se come carne—me dijo—, sólo una sopa de ajos»; uno de los hermanos, que estaba dando mordiscos a un jamón, lo ocultó

en su pecho al oir esto, y miraba a uno que tenía un chorizo entero metido en la boca.

Al ver que entraba un visitante, aquellos frailes barbudos que estaban entregados al ocio, durmiendo espatarrados en sus sillones, con las manos cruzadas sujetándose las panzas y otros sacando pelotillas de las narices y los pies, se tiraban en el suelo como haciendo penitencia y dándose golpes de pecho.

Estos frailes y monjas son los que ocupan los mejores edificios en España y viven mejor, en medio del mayor silencio y tranquilidad de espíritu, y no piensan mas que en comer y dormir y en sacar dinero.

Un poco más arriba de esta calle está el convento de las monjas pasionistas; se veía al entrar un salón pequeño; en la pared de yeso estaba colgado un retrato de una mujer de edad, de cara desagradable, que era la fundadora, y la habían hecho santa; junto a su pecho blanco destacaban sus manos amarillas, que sostenían una cruz; sus párpados estaban caídos y tenía una corona de espinas en la cabeza, cuyas puntas tenían sangre; lo raro de este retrato es que se trataba de una muerta y el pintor había atado el cadáver de un clavo en la pared para que se sostuviera de pie. Dentro, en la iglesia, en los balcones y rejas altas, cantaban las monjas, que no se veían nada más que un poco del blanco de su traje, con unas voces desafinadas, como de almas en pena; debían tener todas ellas las bocas desdentadas, porque parecía que cantaban con las puntas de los labios y se durmiesen de vez en cuando, interrumpiendo la retahila de la letanía. En otro sitio vi una reja alta a la altura del suelo; en ésta entraba más la claridad y se veían las figuras; entreví con la luz una monja joven y guapa que llevaba una pesada cruz al hombro.

Al salir al portal, y respondiendo a mis preguntas, me dijo una pobre vieja que a esta monja la ponían la cruz al-

gunas veces porque se rebelaba y que hacía poco tiempo que había profesado, que debía tener muy buena dote porque era de una familia muy rica.

Seguí por la calle abajo y vi un pobre anciano, buhonero viejo, que había vendido su buho por no poderle dar de comer: estaba lleno de harapos; vino hacia mí, y quitándose la gorra apoyó su calva cabeza en mi vientre como topándome, y cogiéndome de las manos me las besó con unos besos tristes de viejo; yo noté al hablar con él su falta de memoria y que no andaba bien su cabeza por sus palabras incoherentes; me pidió un cigarro; pero yo comprendí su necesidad y le ayudé a quitarse la correa, le bajé los pantalones, y como a un niño pequeño le hice hacer sus necesidades.

¡Cómo salvar a este hombre!, dije para mí; le llevaré a un asilo; no, no puede ser; le llevo conmigo; tampoco, yo soy viajero; ¿qué hago? dije. Y una voz me contestó: Sigue tu camino, puede que te veas tú lo mismo el día de mañana.

Llegué a la pintoresca plaza de Tembleque: era ésta una plaza soportalada, aquí estaban los bravos cargadores y carreteros de Tembleque. Al entrar en una taberna donde se servía mucho vinazo, me enteré que en este pueblo había mucho salitre y se hablaba de unas romanas enormes que estaban clavadas en el suelo desde hacía muchos años por su peso extraordinario y que las tenían que manejar sólo los antiguos, pues los hombres de ahora no valían nada. De todo esto que oía nada hablaron el bárbaro del cura y los demás compañeros de mesa en la fonda, y puesto que ahora me iba enterando de cosas curiosas y comenzaría a ver el pueblo a mis anchas, me fuí a la fonda a recoger mi maleta para trasladarme a una de las posadas que había en esta plaza, con ánimo de quedarme en Tembleque otro día. En la posada me dieron una habitación grande, en cuya

pared vi brillar al entrar un trozo de espejo en forma de pico e incrustado en ella.

Por la noche me asomé tras los cristales; toda la plaza estaba desierta, nada más se veía encendida la esfera del reloj del Ayuntamiento. ¡Qué enorme silencio se sentía en aquella posada!; nada más el tic tac de un reloj de una habitación contigua, que debía ser la sala, según pude ver a la entrada; dos sillones y un sofá cubiertos con sus fundas blancas, y encima de una consola el brillar de un espejo y dos fanales redondos de cristal, que debían encerrar ramos de flores de trapo, y una urna con un niño Jesús de cera y una lamparilla encendida en un vaso nadando sobre el aceite y encima del mármol de la consola; luego el resto de la habitación obscura, sin verse sus paredes, en las que estarían colgados algunos retratos o cromos.

Vi apuntar el sol por la mañana tras los cristales del balcón, y como me había acostado muy temprano había dormido lo bastante y no tenía ya sueño; encendí la luz, busqué la jarra para lavarme y no tenía agua; por no despertar ni molestar a nadie, pues en la posada toda la gente dormía, salí a la calle y bajé a la afueras a ver el pueblo. Salí al campo, y al llegar a la estación tenía ésta sus puertas cerradas; todo era silencio en ella; encima de una mesa se veia el bronce de la campana de aviso y un farol apagado; enmedio de la vía otro encendido.

Seguí paseando por una fila de altos árboles; también los pájaros dormían.

Se sentía frío, el cielo empezaba a clarear y todo tomaba un tinte fino, las casas a lo lejos, la tierra, vi un río y me lavé la cara y las manos y quedé rejuvenecido.

De pronto, un hombre viejo, que iba a cuerpo y no parecía tener frío, con la barba blanca, vino hacia mí como una aparición que hubiera salido de entre aquellos árboles; le vi llegar alegre, como si me fuera a abrazar, como un

amigo al que habría que obsequiar, y se paró a pocos pasos; parece que le estoy viendo; sacó una trompeta, y su sonido alegre y jovial rasgó el aire de la mañana; ¡qué notas más claras, durante unos momentos, me regaló con su música!; y cuando paró se me quedó mirando, como si esperase que fuera a abrazarle y felicitarle. Después desapareció, le estuve buscando, pero no le encontraba; nada más sentía tocar su trompeta en distintas direcciones; pero en vano, ya no le volvería a ver.

Al poco rato vi las primeras mujeres, que venían al río, con grandes cestos, a lavar la ropa; subí al pueblo; calles monótonas, donde parecía que no habitaba nadie; establos, donde había algún caballo atado en un patio con la puerta abierta.

Fachadas enteras de conventos y escuelas, donde se oía la algarabía de los niños que paseaban cantando ¡una y una dos, dos y dos cuatro! Cantos lastimeros de monjas que cantaban tras las rejas, como si las doliera el estómago, y cantando con la nariz, como brujas. Palacios enormes deshabitados, con patios donde cabía un ejército, las paredes ruinosas, sus baldosas llenas de hierba; por dentro, completamente desalquilados de cuadros, de mesas enormes de nogal, de alacenas, tapices y demás objetos suntuosos que se han llevado los anticuarios. Porque en España pasa eso, cuando todo está en ruinas y cuando se han venido abajo esos castillos que destacaban su belleza en la llanura de Castilla y que acogían bajo su planta a tantos pueblos históricos, es cuando sale algún erudito que, apoyado por otro ignorante, que es el ministro de Bellas Artes, entre los dos lo declaran monumento nacional.

Los carreteros de Tembleque.

Son estos hombres de pelo en pecho; sus caras se parecen a la del toro, muy barbudos, con las cejas muy pobladas y juntas, las caras atezadas por el sol, las frentes llenas de arrugas y las mejillas con surcos, como la tierra abierta con la azada; encerrados por el negro del afeitado de la barba y el bigote destacan, más descoloridos, los labios y los dientes muy blancos; sus manos, desproporcionadas, grandes y membrudas; sus chaquetas llenas de cuchillos de tela de distinto color, para tapar los rotos, con la zamarra al hombro, en cuyo bolsillo asoma el pañuelo moquero con el que se suenan fuerte y lo atan al cuello para empapar el sudor; sus piernas, calzadas con polainas de cuero con todos los broches y hebillas tapadas y blancas por el barro de los días de lluvia: sus sombreros, de forma rara, encasquetados hasta las orejas. ¡Qué bien saben estos carreteros comer de pie mientras hay un descansol: abrazan la cazuela y la recuestan en el pecho, llena de patatas, de berzas y cocido; el pan se convierte en moreno cuando lo amasan con los dedos tiznados y negros donde resaltan el blanco de sus uñas, que suelen ser zapateras por los golpes, y a alguno le suele faltar un dedo de la mano, que se ha cogido entre dos moles de piedra; al quedar este dedo deshecho, como un colgajo, ellos mismos se han hecho la amputación sin tener que ir a la Casa de Socorro: abriendo la faca, se lo han cortado y tirado al suelo.

Los carros.

Esos carros largos y rústicos, con refuerzos de hierroy con grandes argollas de acero, donde van metidos unos largos garrotes para contener la mercancía y que quitan y ponen los carreteros, según se cargan y descargan; carros destinados para los grandes pesos; unas veces son cuadrados bloques de piedra, barras de hierro y troncos de árboles que llegan a mucha altura, como bosques de leña.

Los carreteros dejan el palo que sirve para pinchar a los bueyes apoyado en el ancho testuz y en la separación de uno de los cuernos de estos nobles animales; están horas enteras inmóviles, mientras descargan los carros; muchas veces sienten el alivio de su carga; la lanza se apoya en un palo que lleva debajo contra el suelo y descansa algo; pero cuando los hace recular el carretero, pinchándoles con la vara para calzar el carro nuevo que llega abarrotado, entonces levantan la cabeza con los ojos asustados y sacuden los cuernos; se siente el chirrido de los ejes de las ruedas y las maderas del carro que cruje bajo su carga, lo mismo que las correas y cinchas amarradas por la raíz de sus cuernos y que los oprimen fuertemente sus cerebros, volviéndoles locos de dolor; otras veces clavan las cuatro patas en tierra y están abrumados por el peso, que se les viene encima; de su pecho cuelga un papo grande, que parece tocar en el suelo; y muestran mucho desasosiego por las moscas que le pican en el hocico, llenan sus lenguas y pasean por sus lomos; ellos las sacuden con sus rabos, moviendo sus pesados cencerros que llevan colgados del cuello a un cinturón de cuero, pero las moscas no se van y parecen pega-

das a sus pellejos; rumian constantemente y se ven sus dientes viejos, anchos y amarillos; la espuma recorre su larga boca y cuelga en hilos por sus pechos; como están rendidos; quieren buscar una postura cómoda; sus movimientos son lentos y pesados; cuando se mueven para descansar sobre una pata trasera, parece que tienen que hacer una maniobra como un buque al amarrar al puerto, por lo macizos que son.

Su testuz tiene un pelo rizoso y basto, a veces lleno de canas duras como cepillos; debajo de sus patas corren las churradas a lo largo de las calles.

Muchos de estos bueyes tienen los cuernos serrados, porque acordándose de que han sido toros no es la primera vez que han acometido al verse desuncidos y han dado en la espalda o en el pecho una enorme cornada, mandando al otro barrio a su carretero.

Las mulas.

A la puerta de un almacén de aceite están descargando unos pesados carros; los pellejos son peludos y rechonchos, atados con gruesas sogas; algunos pellejos tienen pintas de la piel membruda de los toros de que están arrancadas; parecen que tienen también orejas mutiladas como los perros de presa.

Las mulas de los carros más pesados están desuncidas para que descansen; tienen las cuerdas del tiro dentro de canales de cuero, y sus ganchos se atan a las cabezadas y al collar, lleno de cascabeles y forrado de bayeta verde o roja, dejando señalada una mancha en el cuello, sobre todo en las mulas blancas, al desteñir per el sudor.

Las mulas son mucho más artistas que los bueyes, y su

colocación es más elegante; ¡cómo estiran las patas para desperezarse, las finas patas, llenas de tendones y venas!; aunque nos dan una idea de fuerza, es también de gracia, al mirar sus grupas redondas y bien dibujadas; ¡con qué nobleza recuesta su cabeza para descansar sobre la grupa de otra compañera!; amigas de los perros callejeros son las mulas; a éstos les gusta cobijarse bajo sus patas cuando caminan por la calle arrastrando el carro.

La marcha.

La plaza de Tembleque, a la caída de la tarde, es cuando estaba más animada y los viajantes hacían sus últimas compras; al pie de las posadas estaban esperando las galeras, con grandes toldos, para partir a distintos pueblos; un cura, montado en un caballo, con su sombrero de teja, metía los pies en los calzos de madera que le servían de estribo, y daba con un vergajo un fuerte golpe en las ancas, que al caballo le debía parecer que era de plomo.

Los quintos venían cogidos del brazo cantando; llevaban una flor metida en las cintas del sombrero y un papel del número del sorteo.

En un cajón, como una portería que había en el portalón de mi posada, un escribano estaba escribiendo unos memoriales; en el bolsillo de su levitón asomaba una botella de asta; en otra, que tenía en la mesa, mojaba su pluma de ave; el cuello de esta botella tenía un tapón atado con una cuerda; éste era el tintero; debajo estaba la salvadera, cuyos polvos esparce en el papel para secar la tinta.

Como no había tren a aquella hora cogí una de las galeras, donde me acomodé como pude, para ir a un pueblo vecino, donde por la mañana temprano coincidiría a su llegada el tren que salía para Plasencia.

PLASENCIA

PLASENCIA

Vamos en este tren atravesando pueblos, para llegar a Plasencia; pasamos por Torrijos, Talavera, Alcañizo, Casatejada y Malpartida.

La llegada a todas estas estaciones da una impresión de cansancio; en los vagones de estos trenes, tan pobres y antiguos, pues parece que en este trayecto utilizan los coches más viejos e inservibles; en el que vamos, está todo sucio y lleno de polvo; vamos todos apretados, y algunos durmiendo como pueden. Parte de los viajeros son labradores, con sus zapatos de clavos y grandes y molestas alforjas, que algunos llevan puestas, pues ya no tienen sitio donde colocar los bultos y maletas; unos van comiendo, partiendo el pan con la navaja, donde está mezclada la tortilla con los trozos de carne y chorizo; otros, los dormidos, van muy lejos, a Santiago de Galicia o Funmiñana, en un viaje que tardarán días.

El calor es de castigo; acabamos de dejar el horno de los estrechos vagones, y parece que nos sentimos aliviados al pisar tierra; pero el goce dura poco, pues sentimos sobre nuestras espaldas este sol de justicia, que casi nos hace desear el vagón que hemos abandonado.

En un poste de la estación se ve un enorme moscardón negro e inmóvil, como si estuviese clavado al sol.

¡Oh, la enorme tristeza del sol en los andenes de las es-

taciones de los pueblos, la cantina con sus puertas cerradas y el cansancio de la gente que lleva horas de espera, que se les hacen eternas y que parece comunicarse al nuevo viajero que llega!

Cuando entramos en la estación, el suelo y los tablones de los mostradores están llenos de fardos, cestas y baúles; las moscas vuelan en enjambre sobre ellos; llenan el suelo y las paredes, y más que picarnos parece que nos muerden rabiosas y con saña, como si fuéramos enemigos irreconciliables. ¡Cómo huele esta estación a tienda de ultramarinos, al aceite de sus garrafas, a los pellejos de vino, a los chorizos, al jabón, al queso y al más terrible y desagradable: al fuerte olor del petróleo! Cuando salimos de la estación, nos encontramos con los mayorales de las tartanas y coches, que nos suben al pueblo; gente descalza y desarrapada.

Entramos en Plasencia; empiezo a andar por la carretera; la ciudad está dividida por un puente de piedra, por donde pasa el río Jerte; veo muchas mujeres lavando la ropa, y a lo lejos se destaca la catedral. Antes hemos contemplado los arcos de un acueducto romano.

Para entrar en esta ciudad hay que pasar por un arco llamado Puerta del Sol; desde aquí veo, en las afueras, un cementerio muy grande, quizás señal de que aquí debe morir mucha gente.

La catedral tiene un color amarillento dorado de piedra calcinada por el sol; está encima de una muralla, y a lo lejos se confunde algo con la tierra, pues tiene su mismo color; vista más de cerca, ostenta en sus muros varios relojes de sol, y se ven sus campanarios, anchos y cuadrados, desnudos de adornos; de sus descomunales campanas penden los grandes badajos de bronce que vemos asomar desde las calles, que quedan en hondo; bajo el murallón de esta catedral quedan, como ahogados, los paradores y posadas, abarrotados de paja y carros. Estos típicos parado-

res, que tienen en sus blancas fachadas unas grandes botas de vino y la rueda de un carro, vamos leyendo sus nombres: «El parador del Alba», «El parador del Cura», «Posada de las Almas».

Frente por frente a la fachada principal, está el palacio del obispo y el Seminario Conciliar, donde no hacen más en todo el día que ir y venir monjas y curas sucios, con las sotanas llenas de lamparones. El obispo, en estos sitios, es como un rey; se aburre mucho en esta solemne ciudad y casi siempre se pasa el año en Madrid, y deja encargados de su palacio a sus intrigantes secretarios de sotana nueva y zapatos charolados.

Cuando está en el pueblo no hace más que dar comidas y pronunciar discursos llenos de lugares comunes, y cuando muere, como casi siempre suele estar fuera, le llevan a Plasencia, con gran acompañamiento de curas y militares, y aquí tiene el alto honor de ser enterrado en la catedral, bajo una losa, con sus títulos y dignidades, con inscripciones latinas. Después de hincharse bien de corromperse por los cuatro costados, espera el momento propicio para que sus admiradores pidan a Roma que se le canonice. Cerca de la catedral está la calle llamada de Maldonado, muy bien provista de esparterías y tiendas de cerería, donde se venden las velas y hachones para los velatorios y entierros. A la terminación de esta calle está el barrio de los Descalzos, donde hay muchos frailes pedigüeños que salen a limosnear por la ciudad, haciéndose los pobrecitos, y muy cerca la ermita de Santa Elena, casi siempre cerrada; en ésta hay un cristo milagroso, y en un altar enrejado las cabezas de dos mártires, colocadas en una fuente; al lado de éstas está el cuchillo que sirvió para cortarlas. También es de notar en esta iglesia el coro, hecho de una manera muy rústica; debajo de éste hay una cruz que tiene una densa capa de barniz negro, muy reluciente; de sus brazos cuelgan dos

lienzos blancos y tiesos, cruzados por dos lanzones; en la cabecera de esta cruz hay una corona de espinas, como para una cabeza muy gorda, y al pie un manojo de largos clavos. En las calles de las Cruces hay también muchas iglesias; a la caída de la tarde repican todas las campanas llamando al rosario. Muchos días, se ven por las mañanas las niñas de los grupos escolares, que vuelven de la comunión, cansadas y tristes, con las trenzas y tirabuzones caídos a lo largo de sus caras, que las hace más amarilla; las que tienen el pelo rubio parecen mas descoloridas; los ojos muy brillantes, como de cristal, parece que se salen de los párpados, que cuelgan morados y abultados por la falta de sueño; las obligan las maestras a desvelarse y madrugar y a ir a confesar y comulgar todos los días, antes de salir el sol. En la Calleja de los Toros está el hospital; en los pasillos se ven, paseando, algunos enfermos que les han dado de alta; los hay que tienen una pierna cortada y un brazo de menos, con las vendas en el muñón y la cara amarilla de la enfermedad. En la desierta calle del Sol se ven casas miserables, alguna ventana conserva una cortina echada; estaba habitada por mujeres de mala vida; hoy las han echado del pueblo, y el que quiera una mujer tiene a la fuerza que casarse. Por eso alguna vez es violada una mujer que volvía por la carretera, con un cesto a la cabeza, de un pueblo cercano, y sus gritos fueron en vano, pues no la oían, al estar en pleno campo y lejos de la ciudad, y se la encuentra muerta por las afueras de estos pueblos. La puerta del Carro está llena de pordioseros, de esos que por las mañanas van a pedir a la plaza, donde están los cafés; «uno de ellos toca el violín» y su mujer lleva un brazo lleno de ronchas y en carne viva, que lo enseña, metiéndoselo por las narices al primer forastero que llega al pueblo.

La taberna taurina de Plasencia.

Atravesamos varias calles hasta llegar a la de Padilla; es ya de noche y nos choca la luz amarilla y la repetida cortina roja de tantos figones y tabernas; a su través vemos, entre el humo del tabaco y la pesada atmósfera, a sus numerosos contertulios, que discuten a voces y se oyen en la calle. Por fin damos con el Club taurino.

Tiene éste abiertas las puertas toda la noche, dentro hay mucbo copeo y los bancos están llenos de parroquianos; otros están a la puerta. El dueño de la taberna o un chico salen a despachar a los que están en la puerta con una bandeja en la mano, en la que llevan unas cuantas copas de vino siempre muy mediadas; a esta operación la dan gran importancia, como si fueran a decir misa; los parroquianos piden otra ronda y siempre dejan cortinas.

Dentro de la taberna y colgados de la pared se ven trofeos taurinos, grandes cartelones de toros, y los más importantes de las provincias de España con dibujos canallescos y colores chillones, algunos hechos por artistas de renombre en la especialidad taurina; también se ven en las panoplias sombreros de picador, estoques, moñas de lujo de las ganaderías y unas picas canallescas con un pincho ancho y cuadrado para abrir la carne del toro, para hacer pupa, que dicen como gracia en los periódicos los revisteros taurinos El Barquero, Don Modesto y Don Pío, y pares de banderillas con los pinchos y los rizos del papel manchados de sangre ya seca, que quizás estarían mejor clavados en el craso y repugnante morrillo de un buen aficionado a la fiesta nacional; en el centro de estas panoplias están las cabezas di-

secadas de toros que se han distinguido por su bravura o que han sido muertos a manos de un torero de renombre; tienen la boca abierta, con el hocico y los labios retocados de pintura encarnada y están llenos de pelotones de moscas que se introducen por las fosas de sus narices, como si en ellas buscasen asilo.

Las mujeres de Plasencia.

Estas mujeres, con el pelo trenzado y pegado a la nuca, con las faldas largas y las botas con tacones anchos y bajos, andan muy derechas, con los brazos a lo largo del cuerpo, con sus chales; tienen un aire de muñeco y de distinción que no tienen las mujeres de las capitales; aquí no se conoce el sombrero aborrecido, las medias provocativas y los perfumes y coloretes de las mujeres de la Corte; los pañolones de colores, plegados de modo que se vea el segundo, y las toquillas, se atan a sus cinturas; la llaneza de sus modales y su andar en que sus botas suenan un poco duras y vastas en la piedra, no tendrán la coquetería y el desenfado provocativo, pero parece que son más mujeres. ¡Y qué elegantes que son! Toda vestida de negro, con una cinta de relucientes azabaches y abalorios en la cintura y bocamangas; algunas veces estas cintas negras contrastan con el trágico color morado y el collar al cuello; estos collares de cristal; otros, dorados y transparentes, de cuencas caladas; en las orejas, pendientes de oro; en las bocamangas, sobre la seda negra o el terciopelo, los botones calados como de filigrana, también de oro.

Y esas otras mujeres que van vestidas con colores claros, con chales blancos, amarillos, rosas, verdes anaranjados;

sedas brillantes y ricas que dan gran tono al contrastar sobre las faldas negras de terciopelo, verdes o rojas, y por encima de sus cuellos morenos, cómo destacan limpios los colores de la cinta de seda de los collares naranja, amarillo, y, sobre todo, la cinta rosa, la que al lado de los cuellos tostados y broncíneos tiene tanta belleza.

Salida de Plasencia.

Al mediodía bajé a comer a la posada y estuve esperando mientras hacían la comida; en unas mesas largas se sentaron unos labriegos: sacaron de las cestas y alforjas la comida; arrimadas a la pared dejaron sus guadañas, sus atos y zuecos; uno amarraba su talego y cosía su tela; daba gusto de verle trabajar: pidieron unas jarras de vino, de un vino que tenía espuma y era bueno. Entre los bebedores estaba un gran tipo de pura raza castellana; tenía el pelo blanco y las muñecas grandes; entre la abertura de su camisa asomaba su pecho, robusto y peludo. Parecía un patriarca al hablarles y partir el pan con su cuchillo y repartir la comida; cerca de este grupo dormía en un banco, en un sueño profundo, echado boca abajo, con los pies descalzos. un mozo de mulas. Pasé a la cocina y me senté delante de mi plato de sopas de ajo.

Era esta cocina de campana, y en sus vasares se veían muchos cacharros, pucheros, sartenes y asadores, y colgaba del techo algún jamón y cecina.

En unas mesas acababan de comer unos labradores; estaban tan bien agrupados, que parecían componer un hermoso cuadro.

La mesonera, gorda, que estaba embarazada. Unos al-

deanos, que descansaban en una pierna algo en arco, pero fuerte y membruda, y las varas metidas en las fajas, hablaban con los que estaban almorzando.

Dos mujeres, la una la que vi por la noche y me salió a recibir a mi llegada a la posada y otra criada compañera, estaban recostadas de codos en la mesa, oyéndoles hablar; por detrás de sus faldas se veían las piernas y los pies descalzos, y sus talles y caderas llenas y macizas.

Mientras uno de los labradores sacaba de entre los nudos del pañuelo para pagar, en la cocina chisporroteaban en la sartén y saltaban los huevos que freían; una vieja estaba acurrucada junto al fogón, y unos niños, descalzos, jugaban con un perro.

Estas criadas de la posada tenían, como las mozas del pueblo que vi, la cara roja y mucho vello rubio por la cara y cuello.

Serían cerca de las dos de la tarde; en el camino de Plasencia a Cáceres, cuando iba comiendo una tortilla, unas chuletas y unos huevos cocidos, se presentó ante mis ojos, por la ventanilla del tren, un paisaje maravilloso; vi las montañas limpias y el cielo luminoso y transparente todo inundado de sol; vi por el campo unas enormes masas de corderos blancos y negros que ocupaban mucha llanura a lo lejos y que en su marcha levantaban una nubecilla de polvo. Pasábamos junto al río Tajo; este tenía en sus bordes muchas piedras grandes y redondas; a lo lejos se divisaba un castillo derruído; yo interrumpí mi almuerzo para mirar bien lo que tan rápidamente iba a desfilar ante mi vista; pero como el tren iba muy despacio, pude ver bien unos caballos; los dueños estaban descansando sentados cerca del río y almorzando al lado de los palos de los batanes, y los molinos con sus largas aspas y una rueda de piedra apoyada en su muro.

Este río Tajo es muy ancho, ribeteado por hermosos y

frondosos árboles que brindan con su sombra a descansar, veía a lo lejos los largos rebaños de corderos que pasaban de una a otra parte en enormes balsas que unos hombres movían con unos palos a manera de remos.

¡Qué ganas daba de abandonar el tren y quedarse allí, sobre todo a esta hora en que el sol aprieta, a merendar, a beber el agua cristalina de este río y a lavarnos las manos! ¡Con qué envidia veíamos, desde la ventanilla del tren, beber el agua a los corderos, que al salir de las balsas y encontrarse en la ribera lo primero que hacían era apagar su sed en el agua de este río!

CALATAYUD

CALATAYUD

La ciudad de Calatayud tiene por escudo un hombre montado a caballo, sin estribos, y una larga lanza de banderilla, que empuña con la mano derecha, y arriba, en una cinta, la leyenda o mote: «Augusta Bilbilis o Bambala.» También se lee: «Aquis armis nobilem.»

Está situada al pie de un alto collado, y bajo su puente de piedra cruza, caudaloso, el río Jalón. Este río, que con sus aguas da al hierro un temple que hace a las hojas de sus espadas rivales de las de Toledo, las mejores de España.

Entrada en Calatayud.

Calatayud es un pueblo raro y de ensueño. Todo el camino de Terrier a él lo forma una ancha loma de granito con resquebrajaduras y grietas, en las que se guarecen pequeñas casas, abiertas en la peña. De vez en cuando una pequeña nubecilla que sale de su tejado nos hace ver que algún ser humano vive en ellas.

Otras son como pesadas bolas que brotaran caprichosas en estas rocas, a veces grandes ranuras negras y profundas que hubiera tallalado el cuchillo de un gigante.

También los barrenos han dejado aquí sus señales, y en este pueblo se ven algunos ciegos e inútiles apoyados en sus muletas o en la mano de su hijo, mirando al cielo con las cuencas de sus ojos negras y vacías.

En uno de estos cerros hay un castillo.

Existe en este pueblo la creencia de que hay duendes en él y que el guardián y su mujer tienen miedo de habitar el castillo, y por eso lo tienen abandonado. En su torre se destaca el famoso «Reloj tonto» (1).

Estos cerros, por la noche, con la luz fría y azulada del cielo en los días de luna, tienen una dureza enorme, parecen de granito, y contribuye a hacerlos más terroríficos un silencio de muerte, nunca turbado por el más pequeño ruido.

Los cafés.

Tiene Calatayud cafés bien raros, como este de Nueva España, lleno de bajorrelieves de escayola, tan ahumados y amarillentos que casi no se destacan sus dibujos; con su te-

---

(1) Cerca de aquí se cometió un horrible crimen.

Vivía en una de estas casas, que más bien parecen madrigueras, una mujer enana. muy gruesa y tan corta de piernas que, a pesar de su cabeza tan voluminosa y gorda, puesta de pie apenas nos llegaría a las rodillas, en compañía de una mujer muy morena y bigotuda que estaba a su servicio y que hacía como de criada. Estas dos mujeres aparecieron un día cosidas a puñaladas, y por más que la justicia trató de comprobar si este hecho obedecía al deseo del robo en los criminales o a alguna otra causa rara y desconocida, lo cierto es que nada se ha podido averiguar y que ha quedado hasta ahora completamente impune.

El crimen este está en la memoria de todo el pueblo, y esta casa es conocida como un lugar maldito y execrable.

cho negruzco, lleno de manchones húmedos. Luego, la luz aquí es tan escasa que nada más se ve el brillo de las mesas y hombres de mala catadura embozados en sus mantas, pues la estufa que hay en el café está medio apagada; todos están con las cartas en las manos y jugándose de paso las pestañas.

Por la noche, en aquel ambiente de humo, clarean un poco las lunas de los espejos, velados por el polvo; las paredes, por la humedad abarquilladas, doblándose poco a poco y dándoles la forma de ella a los marcos de los espejos, como si se quisieran saltar de ellos, de la pared donde están clavados, que se va agrietando y empieza a desprenderse por encima de la línea de los divanes; el suelo, combado y hundido, presenta un gran desnivel, que ha echo saltar a muchos baldosines, y hay una ranura muy grande por la línea del zócalo al quedar desprendida la pared del suelo, donde se meten las ratas, que cruzan el café de vez en cuando.

De pronto, atraviesa el café un murciélago; algunos muchachos le tiran la gorra, pero no aciertan; éste, después de dar una vuelta en redondo, sale por una de las ventanas abiertas como una flecha.

En un rincón, en el fondo del café, suena un piano de cola, viejo y remendado, donde están señalados los dedos de muchas manos que lo han sobado; toca en el teclado amarillo un ciego, vestido de negro, alto y delgado; en los descansos, baja la tarima apoyado en su bastón, y pasando a tientas entre las mesas se sienta solo en una de ellas.

Luego vuelve a tocar valses y polcas alegres, que apenas se oyen a pesar de ser tan grande el piano, moviendo la cabeza llevando el compás; sus ojos son dos boquetes, de tal expresión, que a veces parecía que nos miraban y veían.

Los espejos de este café tienen pintadas en el cristal unas

flores, y como no los han lavado nunca y han perdido el azogue, apenas se ve en ellos la gente; los camareros son muy viejos y no llevan delantales blancos; gastan faja y pañuelo a la cabeza; alguno fuma un puro de quince céntimos, todo remendado de papel, por estar roto; recogen en las bandejas el servicio de copas, platos y botellas, procurando llevar mucho de una vez.

De los otros cafés, el más simpático es el Aragonés; tiene éste un mostrador enorme, como el de una taberna, con un saliente de enrejados, donde están las botellas, y el color es también de un almazarrón triste; es el más plebeyo de Calatayud, con las paredes ahumadas, pintadas de amarillo; las banquetas, de terciopelo, roto, con remiendos hechos con aguja de estera, y el pelo caído, con esas calvas donde se ve el cuero y que les salen a los gatos viejos. Tiran las mantas, las capas, las bufandas, y toda la ropa se cobija al pie del grandioso mostrador, dentro del cual casi no se ve una mujer gorda, agraciada, a la que un camarero viejo mira con admiración; esta mujer siempre está dormida, y de vez en cuando se va a la cocina o a acostarse y aparece despachando su criada.

Al pie de este mostrador, en las banquetas, se apiñan los chicos mozos; se parecen a los hombres por el traje del buen pueblo de Calatayud; todos los pequeños y grandecitos con sus boinas, sus bufandas al cuello, de colores estupendamente hermosos por lo serios y por lo que huelen a tierra y a labranza; todos con trajes de pana; estos chicos se parecen a los hombres porque les gusta tomar café, fuman cigarros y juegan mucho a la baraja; alguno saca el dinero que lleva envuelto en el pañuelo; toman posturas elegantes; al levantarse de las banquetas, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, bien envueltos en las bufandas, tapado el pecho y la boca por encima del hombro,

miran a los jugadores sus camaradas, que están cada vez más entusiasmados y vociferando.

Alguna vez el camarero les llama al orden y les amenaza con echarlos si no se callan y siguen metiendo ruido.

Las calles.

La calle de la Unión es muy estrecha; sus casas están tan cerca unas de otras, que extendiendo los brazos tocamos sus paredes; casi todas sus ventanas están cegadas y tapiadas con tablas; el quicio de las puertas cegados por un montón de cascotes; la de Buen Aire está bien puesto su nombre, pues en Calatayud sopla mucho viento que viene de los cerros; aquí hay muchas casas de prostitución; vemos en los portales mujeres con el pelo enmarañado y las cicatrices de descalabraduras en la frente; sus caras amarillas y sucias de no lavarse, tristes y con un gesto de dolor y de bondad en la boca; parecen que miran a un punto fijo sus ojos de loca.

Nos asomamos a una ventena y vemos el tronco de una mujer, pues las piernas las tapa una pared de yeso; está durmiendo boca abajo y con el pelo extendido sobre el blanco de la almohada; se la ve la nuca y la espalda descolorida, y da la impresión, en esta cama revuelta en la que asoma el jergón, de estar asesinada; en el tabique contiguo se ve una cama de hierro, caída para un lado como rota, que ocupa toda la habitación; su colcha tiene un profundo color rojo de sangre; sale de aquí una vieja aullando y encogida de los dolores del vientre.

Las calles de la Higuera y del Recuerdo tienen portales ovalados con cerrojos y clavos oxidados; en la del Puente Seco hay señales de un río; hoy sólo conserva algunas char-

cas y está lleno de piedras; algunas puertas de esta calle están marcadas con una cruz, cerradas por defunción de algún hidalgo de este pueblo; en la fachada de una de estas casas pone:

NO PERMITE EL AMO
DE ESTAS DOS HERAS PONER
PULPAS NI ESTIÉRCOLES

Por encima de todas estas casas brotan los cerros de Calatayud; a lo lejos vemos las torres de ladrillo coronadas por un esbelto campanario de color de pizarra o de azulejos de colores, que brillan al sol. Pertenecen éstas al monasterio de San Benito, a la iglesia del Sepulcro y al convento de Dominicas.

Saliendo a las afueras del pueblo, vemos estos cerros por algunos sitios como apolillados y careados; adheridos a ellos como los fósiles, vemos el trozo de muro de casa o la cornisa de una ventana; en las hondonadas más altas, caldeadas como un horno por el sol, están las manadas de los corderos y los pastores con la onda en la mano, como figuras de un nacimiento.

A ras del suelo, las casas del pueblo y las tapias de los corrales, todo con un color amarillento de tierra; las moscas del ganado se posan, pegajosas, en nuestro cuello.

En la carretera se ven las grandes ruedas de los telares, donde unas laboriosas mujeres cardan el algodón en unos cilindros dentados; en el suelo vemos muchas rayas y agujeros muy pequeños y profundos con la tierra levantada, formando un redondel; son las hormigas, estos simpáticos y trabajadores animales, que vienen, como en caravana, acarreando sus provisiones, de largas distancias, y que pueden dar ejemplo al hombre de constancia y laboriosidad.

La calle más principal de este pueblo es la de la Rúa,

con muchas tiendas. En una dice: «Gran barato de paños.» Aquí están los sombrereros, los broncistas (¡buen oficio es éste, que convierte al más noble de los metales en objetos artísticos!); los torneros, que hacen peones, cabezas de madera para muñecos y esos maniquíes con un bolinche como remate, forrados de vayeta roja; unos son esbeltos. de forma de mujeres jóvenes, airosas, de talle y muy delgadas de cintura; otros, negros y rechonchos, de jamonas de más de cuarenta años, de cuerpos deformados, con mucho vientre y pechos.

En la travesía de los Mesones hay muchas posadas: la del Aceite, la del Pilar, la de la Campana; ésta tiene como de muestra, a la entrada, una campana pintada y un anuncio: «Se venden salvados fino, ordinario y maduro; pajas de trigo, encañaduras y hojas de maíz.» Por esta travesía pasan las recuas de mulas, y estos carros, llenos de tinajas, con su larga lanza en forma de cruz, que llega a la altura de las cabezas de sus dos mulas; un palo atravesado se ata a la silla de las caballerías.

La plaza de la Constitución.

Sus casas, de balcones de hierro corridos, con sillas, en las que se sientan por la tarde, cuando se ha quitado el sol, los viejos que sus piernas ya no les permiten andar mucho por las calles.

Aquí hay un reloj de sol tallado en la piedra del año 1793. En esta plaza se celebra el mercado todos los días; por la mañana ha estado abierto y al medio día se cerró; clavaron los toldos y ataron las banastas para la procesión del Jueves Santo que ha de salir esta tarde.

Cruzan la plaza unos cuantos presos que han asesinado a unos guardias civiles; van atados inhumanamente, como perros, de piernas y brazos; otros, montados en sus burros: son gitanos que van agachados, con sus calvas de color de caoba; entre ellos va alguna mujer; les sigue mucha gente y corre la voz de que se les dará garrote.

Enfrente está la cárcel; aquí hay la costumbre de que el reo, la noche antes de ser agarrotado, la pase en la capilla y duerma en su ataúd relleno de paja.

En medio de la plaza se está levantando un tablado: son unas maderas pintadas de un color muy triste: café y negro, con unas balaustradas con bolas; en las cuatro caras de esta gran plataforma hay unos medallones pintados con los atributos de la pasión: las tenazas, el martillo, los clavos y la corona de espinas, el látigo y las disciplinas y unos guantes de hierro para clavar la corona en las sienes al Redentor y no hacerse daño, y la columna donde le azotaron.

En su centro tiene una escalera como la de un patíbulo, por donde han de subir los ensabanados a clavar la caja de Cristo, la tapa del Santo Entierro; mientras montan el tablado está encima de una mesa para mayor respeto: es ésta de cinc, con una cruz de purpurina plateada y unos boliches dorados; parece la de un ajusticiado y mete miedo; la vi por la mañana muy temprano sacarla de una iglesia donde están los pasos de la procesión a un hombre muy bajo, que, al cargársela en las costillas, desapareció su cuerpo; nada más que se le veían las piernas; me dijo que pesaba mucho y que olía a muerto. Después de comer, he vuelto a ir a la iglesia a ver las imágenes que pronto saldrán. El paso del descendimiento lo componen dos barbudos colgados por el pecho de los brazos de la cruz, con monteras moradas, lo mismo que sus túnicas ribeteadas de amarillo; estos dos muñecos parecen gemelos, pues tienen las mismas narices, las orejas iguales y el mismo pie levantado por de-

trás con bota alta muy charolada: estos muñecos bajan sobre la larga tira del sudario a un Cristo amarillo con largas melenas y barbas; entre los labios morados se le ve el boquete de su boca negra como una fosa y se le señalan todas las costillas y huesos de los brazos y piernas. Pero en este paso tiene una gran emoción la figura de la Dolorosa: se la ve vuelta de espaldas, con la cola de su largo manto de terciopelo negro: está tan pegada a las rodillas de su hijo, que da una gran impresión de dolor; su cabeza caída, apenas se la ve la cara, tan tapada hasta la frente por un pañuelo que sube de su mano, parece que se sienten sus gemidos al deshacerse en un mar de lágrimas: en su peana hay cuatro faroles sucios, velados sus cristales por lagrimones de aceite, encendidos con lamparillas para salir en la procesión.

La oración del huerto; mientras Jesús está de rodillas rezando a un niño colgado de un árbol, los tres apóstoles con sotanas amarilla, morada y azul; lo notable de estas figuras es cómo duermen, lo amodorrados que están estos muñecos con cabezas muy gordas y desproporcionados; parece que no tienen cuerpo por lo enanos que son.

El paso de la corona de espinas son dos figurones que con unos hierros le ponen la corona de espinas al Señor, mientras que otro parece que le va a dar un garrotazo en medio de la cabeza; el mártir está sentado, con una caña en sus manos cruzadas; cubre sus espaldas un manto escarlata.

Los judíos tienen las medias caídas y enseñan la carne descaradamente; como los chicos de la escuela, llevan pantalones bombachos y en la tripa un cinturón; pero ya son mayorcitos y hombres de barba negra. Los chicos del pueblo que miran estas imágenes golpean a los judíos en las piernas con las varas y los insultan como si fueran sus conocidos y les inspiraran más confianza.

El prendimiento de Cristo, los centuriones, con las ena-

güillas encarnadas y muy brillantes por el barniz, sus sables de hojadelata, cortos y curvos; las piernas desnudas; llevan unas largas lanzas en las manos; sus caras tienen un color de chocolate, donde resaltan mucho el blanco de los ojos. Jesús va en medio custodiado por tres de estos judíos; uno le tira de un dogal, del cuello; a su lado, San Pedro, que tiene la calva en pico como un huevo de gallina, que le brilla mucho por el barniz, está vestido con un hábito verde y una lujosa capa de seda amarilla tachonada de plata; tiene el brazo levantado, que sujeta un alfanje, con el que ha cortado la oreja a Judas, que está tirado en el suelo con la lengua fuera, que se la enseña a San Pedro para hacerle burla, como los chicos malos; viste un delantal gris; tiene un manchón de sangre en el pelo que le baja por el cuello.

El paso de la crucificación representa un Cristo, retorcido como si hiciese esfuerzos por soltarse de la cruz; sus piernas, bastas y pesadas, están muy contraídas por el dolor y los dedos de los pies y manos engarabitados y cubiertos de sangre. A su lado tiene a los dos ladrones que están más abajo y con fuertes cuerdas amarrados a sus cruces; tienen la cara de mozos de cuerda; el malo está sacando la lengua al Cristo haciéndole burla, y el bueno vuelve a él sus ojos en actitud humilde como reconociendo su poder y pidiéndole misericordia. Un centurión, en una esquina, se marcha montado en un caballo amarillo en que se ven muy a lo vivo y exageradas sus partes vergonzosas; su jinete lleva la punta de su larga lanza mojada en sangre; los caballos y burros de los demás judíos tienen ojos y caras de persona.

Pero el paso que llama más nuestra atención es la cena de los Apóstoles; se compone este simpático paso de 14 convidados, todos cabezudos y barbudos, con el pelo caracoleado y las barbas como los machos cabríos; viejos todos ellos, con el cuello tieso y las orejas grandes y atentos a las

palabras que les dice Jesús, que está presidiendo la mesa. Todas estas figuras están con las manos levantadas, como si estuvieran diciendo misa, y visten unas capas con esclavinas de colores chillones, verdes, amarillas, granates, y se miran unos a otros con los ojos muy abiertos, como asustados; están sentados en unos taburetes; alguno de estos Apóstoles parece que se ha llevado de su casa al banquete su bota de vino, que está en el suelo, como hombre prevenido.

Hay en este grupo una figura de pie de un joven que lleva una túnica azul, sandalias y una melena negra; muestra unas jarras de vino en las manos; en el centro de la mesa hay una bandeja con un cordero de madera, abierto por medio; está muy mal hecho y parece que tiene orejas y cara de perro.

Estos convidados no tienen platos para comer, pero sí unas copas de madera amarillas, como las de la baraja, exceptuando Cristo, que ostenta un cáliz en la mano, de cartón dorado con purpurina. Delante de cada figura hay, clavado en la mesa, un farol tan grande como sus cabezas, para encenderlos en la procesión. Los chicos les levantan las ropas a estos muñecos y les ven los calzoncillos y, sobre todo, se apiñan delante del paso del Prendimiento, tirando de la túnica a Judas, para que se le mueva la oreja, que cuelga de un alambre. En el centro de esta iglesia está el Santo Entierro, que ha de ser llevado esta tarde a la plataforma de la plaza de la Constitución. Entre un dosel de cortinas negras, especie de decoración de teatro, hay una urna, como sábanas, como una cama en el embozo del lienzo blanco con encajes; se ve un Cristo muerto, con pelo natural; tiene el pecho desnudo, muy verdoso; los pies le salen por fuera agarrotados; la colcha es negra, con lazadas de terciopelo y crespones de luto; parece un ajusticiado, por su rostro congestionado y los labios morados; su lengua, negruzca, cuelga fuera. En unos hacheros hay mu-

chos cirios, y contribuye a hacer más lúgubre la escena el estar custodiado por dos centuriones con corpiños amarillos y faldas rojas, botas de montar de hule y cascos plateados; éstos son muy altos y derechos; se duermen de pie, apoyados en sus largas lanzas; las barbas postizas negras les llegan hasta la mitad del pecho; en la cara tienen manchones rojos y tiznaduras, para hacer más fieras sus cataduras. De prontro entran otros dos judíos en la iglesia, dando fuertes golpes con las lanzas en el suelo. Los que han venido de la calle relevan a éstos, que se marchan a su vez, dando también golpes contra el suelo, hasta llegar a la sacristía, seguidos de los chicos. Detrás del Entierro de Cristo, sentado en un sillón de terciopelo negro, está un viejo con una larga capa, muy serio e inmóvil; encima de una mesa hay una bandeja, con un montón de monedas de cobre, donde echan los perros gordos las mujeres que besan los pies al Cristo; andan por la iglesia de rodillas, y besan, tendidas boca abajo, las sucias y frías losas de piedra, dejando un círculo de babas; se dan golpes de pecho y gimen mucho. Varios viejos calvos, con escapularios puestos, velan de pie, muchas horas, el Santo Entierro; los pesados cirios que sujetan en la mano, cuyas llamas vacilantes nadan en aquel fondo negro y trágico, como alma en pena.

El pregón.

Salen a la calle: primero, dos encapuchados tocando e tambor; detrás, otros dos con trompetas; éstos llevan capuchones y capirotes grises; les sigue otro con tela de satén de color de acero; lleva en alto una cruz, y detrás de él dos filas negras de encapuchados pequeños, pues son niños, y

dos hermanos con el capuchón caído, viéndoseles las caras de arriero con muchas arrugas en las frentes y la colilla pegada a los labios; llevan la vara de la Hermandad, y tienen más elegancia que el gobernador y los concejales al llevar el cirio, pues parece en sus grandes manos un cetro. Detrás camina un cura muy anciano y el pregonero tocando el tambor a paso acompasado.

En todas las plazuelas y calles principales se detiene esta comitiva; los encapuchados tocan las trompetas con un grito cortado en seco, que recuerda a cuando sale el toro del toril, y después de recomendar el cura silencio, lee en un papel:

«En estos momentos acaba de morir, en infame patíbulo, nuestro Santísimo Redentor, víctima de la rabia, de la envidia y furor de los judíos. Su Madre amantísima se encuentra sola, no tiene a nadie que la acompañe y la ayude a bajar de la cruz el cuerpo difunto de su Hijo. En vano acude a los ángeles, éstos no la oyen; en vano a los apóstoles, éstos han huído atemorizados. Acude a vosotros, pues, a acompañarla en su dolor y a dar sepultura a su Hijo esta tarde, a las seis, en la iglesia de San Francisco.»

La procesión.

Ya están todos los faroles de los pasos encendidos y va a salir la procesión. Los judíos, montados a caballo, se extendieron en fila a lo largo de las viejas casas y conventos de esta calle; eran gente escogida entre los hombres más altos y fuertes del pueblo; llevaban unas corazas de latón, casco con plumas de gallina y una cola de crin que les caía por las anchas espaldas, vestidas con grandes capas rojas; sus

caballos eran viejos y de matadero, de esos que se emplean en las corridas de toros; las manos de estos guerreros eran rojas y agrietadas de cavar el campo; fumaban por entre los grandes bigotes y barbas de estopa, pedían copas en las tabernas y blasfemaban mucho. Luego salen de la iglesia los niños vestidos de nazareno con coronas de espinas en las cabezas y peluca; uno lleva en la bandeja una mano de hierro, y otros calvarios de madera en miniatura. Siguen las vírgenes, niñas con mantos azules, con el pelo suelto y las manos bastas llenas de sabañones y las uñas de luto; algunas no lo eran tanto, ya mujeres hechas, con el pecho caído y madres.

Van llegando los profetas, con coronas de latón y largas barbas de teatro, blancas y negras; tienen la cara llena de arrugas, imitadas con pintura, y unas cejas como plumeros, para arriba, de pegotes de algodón. Cada uno lleva un cartel en el pecho con su nombre: Jeremías, David. Moisés es el más viejo y lleva una gran serpiente de cartón dorado, imitando el metal y las Tablas de la Ley. Noé, con el Arca de la alianza debajo del brazo. Éste da muchos traspiés; tiene la nariz muy colorada y se ve que le gusta el vino. Los encapuchados que han de llevar los pasos vienen fumando y algo retrasados, por haberse entretenido en las tabernas, y, por último, cuando todos los pasos están en la calle llegan el alcalde, los concejales y los catedráticos; se colocan, en fila, detrás de la Cena de los apóstoles, que lleva todos sus faroles encendidos; les han puesto a cada convidado un panecillo, que han traído de la tahona. Los catedráticos van como amortajados en sus fracs; algunos con el pelo rapado, viéndoseles la forma del cráneo, que por la frente es amarillo y acartonado, cruzado de venas negras amoratadas; en el colodrillo tienen algunos pelos rebeldes y en punta, como una coleta; la boca, abierta, negra, asquerosa, con las encías llenas de boquetes de muelas caídas y los

pocos dientes que conservan están podridos, rodeados de un bigote amarillo a trechos por el tabaco; la barba, unos la llevan muy recortada, otros de chivo; van fingiendo una esbeltez que no tienen, para lucir con dignidad las cruces y cordones de académico. Los más viejos, que llevan más cintazos y cruces, van, a su pesar, encorvados, con la cabeza colgando, como si fueran a topar; las piernas en arco y los brazos caídos; los puños de la camisa, muy lustrosos, fuera y desprendidos de los botones, lo mismo que la corbata que se ha salido de la tirilla y llega alta hasta el cogote, triste y arrugado; algunos tienen joroba y pliega como un adefesio la levita en su espalda; en la mano llevan cirios de muchas libras, que por lo agachados que caminan van goteando de cera la calle.

Cuando llego a la plaza de la Constitución hay todavía poca gente, porque a los vecinos les gusta más ver la procesión cómodamente desde los balcones de su casa o del casino y en las puertas de los cafés. Pero los buenos baturros de este pueblo esperan junto a las columnas de piedra de esta plaza, que dan la vuelta a los soportales. Todas las mañanas forman grupos en ella, para hablar de labranza y de hambre, pues las plagas de langosta han matado la cosecha. Hoy no hablan más que de la procesión, y recuerdan que desde que eran chicos viene celebrándose sin perder su aparato de tradición. Están esperando a pie firme desde que acabaron de comer, envueltos en sus bufandas y mantas, que aunque haga mucho calor no las sueltan tan fácil.

Esta mañana han llegado muchas galeras con gente de los pueblos que vienen a ver la procesión.

En los puestos del mercado están encaramados los chicos y en los balcones de la plaza se ve a mucha gente sentada en sillas.

En un balcón muy largo se ve la nota roja de los som-

breros y fajas de seda sobre los trajes negros de las niñas ricas de Calatayud que se educan en los conventos, acompañadas de las monjas.

En otro balcón, la mancha gris y humilde de las niñas hospicianas.

En medio de la plaza se ve el tablado; en sus barandillas han puesto grandes cirios, y en la plataforma, donde se va a poner la caja, hay un túmulo cubierto con un viejo paño de terciopelo negro; están extendiendo unas alfombras negras y desgastadas, goteadas de cera, a lo largo de los escalones que dan subida al tablado, y han puesto un almohadón en cada uno.

Se oye por la cuesta de una calle el redoblar sordo de tambores, y el crujido de las andas anuncia que la procesión llega. Ya pisan la plaza los cascos del primer caballo de los judíos; éste viene medio borracho, hablando con todo el mundo y con el casco torcido.

Dos hombres vestidos de negro, con dos grandes mazas y toda la cara llena de pelo pegado, lo mismo que la peluca, les da un aspecto de hombres salvajes y de máscara; tocan unas campanas, que resuenan en el silencio imponente de cementerio que hay en la plaza; dos encapuchados, con banderas moradas, con unos brazos muy grandes cruzados, el uno negro y el otro color de carne. Mientras tanto, los de las mazas tocan a muerto, y, en medio del mayor silencio, unos hombres de pueblo van encendiendo los cirios, y como hace aire, se arrodillan y los encienden debajo del paño del túmulo. Estos maceros peludos llevan en la cabeza una cinta roja, y su misión es tocar a muerto.

Entretanto, muy lentamente, con grandes crujidos, como si se rajasen, van rodeando la plaza los pasos, que se dejan descansando en unos palos que se ven clavados en el suelo. Los encapuchados, aliviados de su carga, respiran y se se-

can el sudor de las frentes, y frotan sus manazas con satisfacción.

Pero nuestra atención está en el tablado; suben a él muchos curas gruesos y melífluos como jamones; llevan en el bonete un velo recogido, para luego echárselo por la cara durante la ceremonia; en algunos, estos velos es como la mantilla de las mujeres; su panza está llena de encajes, como los visillos, y llevan con aire algo chulo una banda negra por encima de los lomos. Suben las escaleras dos hombres con incensarios en las manos, vestidos con birretes morados y café los trajes, se arrodillan a la cabecera del catafalco y permanecen así mucho tiempo echando incienso.

Luego vienen en un carro a la plaza las tres Marías, que son mujeres vestidas de morado y con un velo en la cara que impide ver sus facciones; andan alrededor de la caja tan despacio y sin meter ruido, que parecen brujas. Estas mujeres, antes, se escogían entre la clase del pueblo, y lo tomaban tan en serio esto del entierro, que daban alaridos y lloraban como descosidas. Hoy son damas principales, que fingen más disimuladamente esta ceremonia y no la afean. Estas Marías se marchan tan misteriosamente como entraron, y se quedan a los primeros tramos del tablado.

Luego cogen la caja los dos que estaban arrodillados y la colocan en el catafalco y envuelven en un sudario el cuerpo de Cristo; hubo años que se le tiraba al suelo, pues, según me dijo uno que estaba a mi lado, pesaba más de veinte arrobas; ahora le dejan resbalar por un rodillo.

Al poco rato vienen los judíos metiendo mucho ruido con sus lanzas y pateando soezmente el tablado y dando porrazos con los palos a derecha e izquierda.

Entre ellos se abre paso Longinos, que viene con su escudo de cartón al brazo; la cabeza alta, pisando orgulloso; la larga cola de su manto la lleva un niño, criado suyo; pasea

con gran sobrepopeya alrededor de la caja de Cristo, dando un fuerte golpe en ella con su lanzón, y después, muy despacio, da varios pasos dando golpes en el suelo con su lanza, echando miradas altaneras a los curas; mira la caja y levanta su tapa para ver si está allí el que se titulaba hijo de Dios.

Una vez convencido, deja la lanza y el escudo, se recoge elegantemente la cola de su capa a un brazo, pide un martillo y clava la tapa del féretro dando fuertes golpes; a cada martillazo levanta la cabeza con soberbia mirando al cielo, amenazándole con el puño cerrado; luego mira a la caja en son de mofa, como diciendo: sal ahora si eres Dios.

Esta ceremonia se retarda mucho y la reviste de gran solemnidad los muchos curas. Las Marías se han marchado tan hipócritamente como entraron cuando llegó Longinos; la gente en la plaza ha guardado un silencio imponente y ha mirado emocionada la ceremonia.

En la cara de todos hay como una defraudación, una perdida esperanza al ver que Cristo no se ha levantado cuando parecía este el momento más propicio. Al desfilar la procesión se levantó un aire que apagaba los cirios e hizo que el cortejo se apresurase en desorden para volver a la iglesia.

En poco tiempo quedó la plaza despejada; se sentían los martillazos para desarmar el tablado; ya de noche se veían por las calles de Calatayud los judíos; sin abandonar sus lanzas, entran en las tabernas comentando los sucesos del día; las tiendas estaban todas cerradas, menos las cererías y confiterías, donde las muchachas, con la mantilla y trajes de fiesta, entraban a tomar refrescos y pasteles.

Terrier.

En este pueblo hay muchas cuestas y baches en el suelo; las calles sin títulos ni rótulos; casi todas las casas tienen sus puertas cerradas y parece que nadie vive en ellas. En alguna encrucijada se ve dentro de los portales una cocina como un cocedero de yeso, y en la mesa una vasija para el agua, y en otros un arado arrimado a la pared entre un montón de estiércol.

En la plaza hay una barbería, la del practicante Lorenzo Camuesco, y un estanco, con las maderas rajadas y desteñidas por la lluvia; a las fajas de que está pintada la bandera española se les ha caído todo el color. Arrimados a las paredes del Casino de la Unión, que es como un corral, están los baturros viejos; toman el sol apoyados en sus cayadas, con los pañuelos anudados a sus frentes; gastan casi todos gafas, los pantalones se les caen por la culera y las fajas les viene muy grande, pues son pájaros de pocas carnes. Por una cuesta bajan dos viejas que van a misa; llevan los devocionarios en las manos, cruzadas en el vientre, y el rosario colgando arrollado a la muñeca; se quedan paradas y se ponen a hablar al oído; una la levanta el velo a la otra y pega su boca al oído de ella, y la habla a gritos porque es más sorda que una tapia; ésta la hace señas con las manos y mueve mucho la cabeza, como diciendo que se ha enterado.

La degollación de los inocentes.

Entro en la iglesia de Santa María; es muy modesta; hay una verja de madera, pintada de color de plomo, que encierra una capilla con un retablo muy tosco; representa el descendimiento de Cristo; unos muñecos, con los mantos estofados y dorados a fuego, con grandes monteras y zapatones, subidos en unas escaleras, le descuelgan de la cruz, y tienen a un Cristo muy pequeño encima de un sudario y parece que le están manteando; debajo está la Soledad con los brazos abiertos, acogiendo bajo su manto a muchos cojos y pobres. En lo alto de este relieve se ve la ciudad de Cuenca, resguardada por una gran roca; sus casas, en lo alto del barranco, están como apretadas por gatos de carpintero y puestas en el torno de la tortura, haciéndolas rechinar y crujir. Debajo de este retablo hay una pila bautismal con una tapadera de madera. En medio de esta iglesia, sobre un gran tablado, hay un monumento que representa la Degollación de los inocentes en figuras sueltas. Es muy bárbaro y tiene mucha tragedia y crueldad; el escultor antiguo que hizo estas tallas puede estar satisfecho bajo tierra de su obra. En la colocación de las figuras y en su aparato artificial han intervenido el cura de Terrier, hombre austero y montado a la antigua, y sus dos grandes amigos el barbero y el médico del pueblo.

Entre unos peñascos, hechos con piedras naturales en el suelo, zarzas y tierra, hay el pórtico de un templo; sus columnas de madera están salpicadas de sangre; se ve la huella de manos señaladas; por los peldaños de la escalera hay trapos empapados en sangre, vestiduras abandonadas,

que entre el cura y el barbero han teñido de pintura, para imitar la sangre y hacer que la escena resulte más real. Un sayón, con un gran casco, cuyo remate es un bicho con cola de serpiente, alas y garras, tiene a un niño cogido entre sus manos, y le había dado una cuchillada en el cuello; su madre, rabiosa, le salta un ojo fuera; este ojo aparece como una bola, sangrando; con la otra mano le rasga la boca y le hace sacar la lengua fuera; una mujer se apodera de su espada y se la hunde en el pecho; la sangre sale a gruesos borbotones, y parece de lacre, por el bulto, en la talla. El sayón ha dado antes una cuchillada a una de las mujeres en un pecho; ésta, llena de dolor, le muerde, rabiosa, un muslo; el sayón, al caer mortalmente herido, y como un león, suelta un rugido; con su mano de gigante se hunde sus dedos en el vientre, como de manteca, de un niño de pocos meses, que lo ha despanzurrado y le ha hecho soltar por la boca un caño de sangre.

En el suelo se ven montones de niños de pecho muertos, unos encima de otros, descoloridos y con los ojos cerrados, como si fueran de cera.

Uno de los judíos tiene a un niño boca abajo, descabezado y sin brazos; otro, a dentelladas, le abre el vientre, le come las manos y los pies; las madres arrojan peñascos a éstos, y uno tiene una piedra dentro de la cabeza y otro los sesos fuera y los ojos saltones como un loco.

Otro representa un tipo con barba cuadrada; tiene unas faldas blancas como un valenciano y el pecho con vergonzosos pelos rizados como las mujeres.

Una mujer le muerde en un brazo, haciendo saltar la mala sangre del valenciano; su pie descalzo aplasta la cabeza de un niño recién nacido y le hace soltar por la boca la papilla; su madre, rabiosa, le agarra de sus partes sensuales y las muerde; el valenciano está pálido y tiene los

ojos en blanco. Otro de los judíos le mete los dedos en la boca a un niño para ahogarle.

Una figura de hombre está aullando como un perro; tiene todas las manos, hasta los antebrazos, llenas de sangre de matar niños; la nariz la tiene sangrando y los labios partidos; le faltan muchos dientes y su boca cerrada no puede contener la sangre que chorrea en la tierra de las pedradas que le han tirado las madres, que se baten como leones.

Una mujer se inclina envuelta en su manto para dar de mamar a un niño que está muerto: al hijo de sus entrañas. ¡Qué susto se llevaría esta mujer si la dijesen que estaba dando de mamar a un cadáver!

Por todas partes se ven judíos con los cuchillos desnudos y llenos de sangre hasta la empuñadura; unos con el manto en alto para evitar las piedras y las cuchilladas de las mujeres que se aprestan a la lucha despatarradas y con el cuchillo en alto.

Los viejos padres, temblándoles las barbas por la rabia, valientes y bragados, con los dos brazos en alto, emplean toda su fuerza en tirar enormes piedras a los barrancos para aplastar a los sayones que arrojan por los precipicios a los niños de pecho. Junto al furor y crueldad de los viejos destaca la de las viejas iracundas y terribles que van en chanclas, con el pelo blanco suelto y enmarañado por la lucha; éstas son las más valientes, y resguardándose bajo sus mantones arrojan una lluvia de piedras y matan muchos judíos. Todas las figuras de mujer tienen las bocas contraídas, por la rabia, y los ojos salidos de las órbitas; se respira aquí un aire de tragedia que hace que no nos movamos y pasemos mucho rato contemplando estas figuras.

ZAMORA

ZAMORA

El vagón de tercera en que viajamos van algunos labradores y cabreros; otra vez sentimos de nuevo en las rodillas los pliegues duros y recortados de sus capas; miramos sus pesadas botas llenas de barro endurecido.

Las cribas del asiento las palpamos con los dedos como hacen los ciegos; aquí una hendidura, aquí un papel de grasa o la espina de una sardina y algún mendrugo de pan duro como una piedra.

Cuando nos asomamos a la ventanilla, dentro del túnel hace borrar nuestro cuerpo el humo de la máquina; vemos los chorros de agua que manan de las junturas de las piedras; un farol, de tarde en tarde, nos da idea de lo largas que son estas cuevas.

¡Cómo sentimos los pitidos desesperados de la locomotora!; al poco tiempo de encontrarse en pleno campo, al respirar el viento sano y recordar la niebla espesa, y aquel fuerte olor de carbón que parecía nunca acabar. Otras veces, cuando vamos a llegar a un pueblo, notamos el cansancio de la máquina; parece que la faltan fuerzas para llegar; al pararse no vemos la estación, pues está interrumpida por un largo tren de mercancías; mientras la máquina en el que vamos toma agua de una gruesa manga, primero vemos la mancha negra e imponente de una locomotora parada; luego los vagones, en los que están sujetos con argollas y cadenas unos cajones pintados de gris, con refuerzos de

hierro, donde van los toros que casi no se pueden mover; éstos patean y bufan rabiosos, destinados para las corridas de los pueblos y que proceden de los campos de Salamanca.

El estribo de nuestro coche está tan alto sobre el acero de los rieles, llenos de aceite y carbonilla, que aunque tenemos ganas de apearnos, no lo hacemos por lo junto que están los dos trenes; un hombre, con traje azul de obrero y muy agachado, da unos fuertes golpes en las ruedas con unos martillos de hierro y desaparece misteriosamente.

Cuando el tren se vuelve a poner en marcha vemos, con algunas interrupciones, los vagones-jaulas llenos de corderos, cabras y carneros, van muy molestos; entre los hierros asoman el cuello y balan; luego los coches llenos de sacos de trigo y de troncos de árboles atados con cuerdas.

Cuando se para en alguna estación lejana al pueblo, parece que se cuentan los segundos y que el silencio tiene hasta sonido, como la máquina de un reloj.

De pronto sentimos sobre nuestras cabezas las fuertes pisadas de un hombre sobre el techo del coche que renueva las luces ya muy mortecinas al volver a colocar los faroles; por su grueso cristal resbalan las gotas de aceite. Pasa un tren, y van desfilando delante de nuestros ojos los diferentes coches; unos de mercancía con cubiertas de encerados, amarrados fuertemente los bultos, cruzados y anudados a las argollas, de trecho en trecho; alguno ocupado por viajeros, donde van soldados cantando y tocando la guitarra; el último vagón, con un farol rojo, le vemos perderse a lo lejos. Vemos la esfera iluminada del reloj (estos relojes de las estaciones, que son tan puntuales y todos tienen la hora fija). Todo el camino del andén está lleno de vagones sueltos que tapan las primeras casas del pueblo que están alrededor de la estación; en estos vagones vacíos la luz de los faroles hace brillar sus cristales, cruzados de gotas de escarcha, y las sombras misteriosas de su interior semejan

siluetas sin vida e incorporeas de viajeros caídos de nuca y durmiendo sentados.

En la velocidad del tren las maderas del coche se estremecen y parecen abrirse y volver a cerrarse con grandes crujidos en el techo, y el suelo parece querer desfondarse, quedando limpio de tabiques y sólo con las ruedas; el viento brama en dirección contraria a la que caminamos; se ve la espesa nube negra del humo de la máquina, que se esparce por el cielo. Vemos desfilar pueblos y más pueblos; el suelo, los hilos del telégrafo y los árboles nos siguen como si corrieran. Cuando pasamos por los puentes su estruendo de hierro y el vértigo de sus arcos nos hace meternos dentro del vagón. El ramaje de los árboles, que se suceden como una exhalación, tiene un ruido sonoro y trae un viento fresco y húmedo, que se nos mete en los huesos. El tren va acelerando su marcha. El cielo clarea y empieza a despuntar el día; el sol es como un redondel rojo, que poco a poco se extiende e incendia a las nubes con rayos deslumbrantes. La llanura agranda a las personas y las esbeltece; esas caravanas de labradores que vemos desde las ventanillas se destacan enteras, y el horizonte parece más limpio; entre la panza y finas patas de las mulas, arrastrando los arados, y parece algo gigante ese hidalgo, que sale de su pueblo montado en su caballo envuelto en la capa, que tapa, paternalmente, el trasero de su cabalgadura. Estamos delante de Zamora; al cruzar el tren su estación y pasar por las planchas giratorias de hierro, van dando brincos los coches y topetazos, metiendo mucho ruido; con este sobresalto vemos las primeras casas de la ciudad.

En la plaza de la Puebla.

Me siento en un banco; cruzan delante de mí unas mujeres montadas en caballos, con pañuelos de colores, y las alforjas zamoranas colgando de las ancas, donde va metido el paraguas; gastan estas mujeres unas medias peludas blancas y zapatos con suela de madera; llevan al brazo sus cestas para comprar la comida en el mercado.

En la plaza, las tiendas ya están abiertas; bajo los soportales hay muchas boterías y almacenes de vino; en las de ropa, donde venden corsés y camisas, hay trajes de hábito morados con el cordón amarillo, azul claro, y otros de paño, color de tierra como los sacos; en unos cartones pone: de los Dolores, de la Soledad, del Perpetuo Socorro, de las Angustias.

En una droguería entró una mujer con un hombre de edad a comprar una trenza, pues había salido de una enfermedad y estaba casi calva, con la cara amarilla y la frente llena de arrugas como una vieja; miraba al suelo como avergonzada, y no hablaba sino para regatear y decir que eran muy caras, mientras que el viejo, que la trataba de tú, y debía ser su querido, iba colocando las trenzas de pelo junto a la frente de esta criada para encontrar un pelo igual al suyo.

En una casa baja hay parado un modesto coche de muerto, blanco, con dos caballos negros con plumeros y gualdrapas blancas de galones amarillos, como las cajas de dulces de la confitería del pueblo; el cochero, con librea, chistera y guantes blancos, ribeteada su librea de galones amarillos y una fila de metálicos botones dorados. Un hom-

bre, con el pelo blanco, sale de la casa con una caja de niño, debajo del brazo, y la deposita en el coche. En los balcones de la casa hay gente asomada, y unas mujeres, con las faldas por encima de la cabeza, lloran.

Cuando el coche se pone en marcha, detrás de los cristales de un balcón se oyen los desgarradores gritos de la madre; unas vecinas que lloraban, decían que antes de morir la niña vomitaba toda la leche que tomaba y se le llenaba la boca de moscas que iban allí a beber la leche. Un poco más abajo hay dos coches de muerto parados; las mujeres comentan la muerte de dos esposos, comerciantes, sin hijos; el marido murió ayer y la mujer murió también a las pocas horas. En este momento irán juntos al camposanto; se querían mucho y siempre vivieron juntos.

El hospital de San Lázaro.

Pasamos frente al convento del Amor de Dios; en sus balcones vemos monjas con sus tocas voluminosas muy pulcras y planchadas; en la blanca tela, como una mancha de sangre, resalta un corazón, rodeado de bayeta; las colegialas se asoman y miran a la calle, con traje negro, mantilla, bandas azules, corbata roja sobre el cuello almidonado y un ramo de pensamientos en el pecho, preparadas para la procesión de la tarde. Al lado está el hospital. En sus blancas paredes de yeso se ven algunas ventanas que dan a un jardín; en la pared central de un salón muy grande y alto de techo, cruzado de vigas, hay un altar adornado de flores de papel y un santo; en un sitio alto del muro dice:

«Los que fueren heridos
de pestilencia
imploren el favor de
San Roque y alcanzarán su salud.»

Sentados en unos bancos hay unos cuantos leprosos con los dedos de las manos comidos por esta terrible enfermedad; de los labios y las narices se les caían los cachos de carne. Por los pasillos vemos las puertas de los salones dormitorios; el más angustioso silencio reina en ellos; se ven en éstos muchas camas vacías por defunción; sólo se ve un enfermo sentado en la cama, con la espalda en arco, acariciando sus piernas desnudas y amarillas, que se las ve todos los huesos, pues conservan muy poca carne.

En una sala hay varios enfermos; uno mira al techo, con los ojos fijos; otro tiene la cabeza hundida en la almohada, y uno, caído para un costado, se tapa el rostro con las manos. En medio del salón hay un grupo de viejos embozados en sus harapos, mirando al suelo; se quejan de frío y de que no encienden la estufa; algún anciano morirá vestido, colgando su cabeza del respaldo de la silla y sosteniéndose sentado, con las piernas estiradas y apoyados con las puntas de los pies.

La catedral.

Es muy grande y está dividida en varios cuerpos, en la que descuella una maciza torre con muchos ventanales; cerca de ella está el palacio del obispo.

Cuando entro en la catedral todas las imágenes están tapadas por velos negros, por ser hoy Jueves Santo; en las ca-

pillas se ven los sepulcros góticos de piedra y mármol. Da miedo y se siente la muerte muy de cerca en la frialdad de estos cuadrados bloques, en medio del mayor silencio. Algunos sepulcros miran a la tierra, de inclinados que están; otros, boca arriba, con los párpados abultados y pegados, muy estirados por la rigidez de la muerte; los guantes tienen las puntas vacías y están como arrugados, por no haber llegado hasta allí las yemas de los dedos al meterlos forzados. ¿Y la peana de estos sepulcros? Ocupada toda ella por las bárbaras figuras que van de acompañantes en los entierros, tienen flequillos recortados y caras duras y de entrecejo; a unos no se les ven los brazos por tenerlos debajo del levitón abrochado; otros con las narices comidas; delante de estas pequeñas esculturas pasea un caballo enfundado todo él, hasta la cabeza, con rica tela; el guerrero que lo monta lleva un escudo en su brazo y un gran espadón; unos hombres barbudos dan el pésame a la viuda y le recomiendan resignación, y en grupo aparte caminan las lloronas, las caras cubiertas con velos, llevándose las manos cruzadas al corazón, retorciéndose los dedos y dando gritos de dolor.

Cuando salimos de la catedral damos con la ermita de «Santiago el Viejo», donde armó caballero doña Urraca al Cid Campeador; todo está en ruinas, conservando sólo un arco, donde se ven labradas en la piedra los Siete Pecados Capitales; algunas de las figuras son muy obscenas; rodean a esta ermita un solar llamado «El campo de la verdad», donde los guerreros luchaban con la lanza; aquí murió don Sancho. Cerca de este campo se ve una escuela, que tiene todos los cristales rotos; desde una ventana, a través de unos barrotes, asomamos la cabeza y vemos los pupitres negros, los tinteros de plomo y algunos cuadros en las paredes; la ballena que tragó a Jonás, el oso hormiguero y el reinoceronte gigantesco, con su piel dura que no atraviesa

el hacha, con un colmillo que le llega hasta la frente de sus hocicos; el cuerpo lo tiene lleno de arrugas, pero todavía está poseído de su fuerza, aunque tiene la cabeza gacha. Los chicos, como no hay escuela, juegan a la pelota en las paredes del colegio.

Me voy a la fonda; el comedor está ocupado por un corro de mujeres, algunas con los niños en brazos; son enfermas que consultan con el médico, que está hospedado aquí; una de las mujeres se levanta las faldas y enseña unos bultos en las ingles; otra se desabrocha la blusa y muestra los pechos llenos de pústulas; después se pasa a las enfermedades análogas de sus hijos. Cuando acabo de comer, bajo por la «Puerta de Tierra»; por encima de su arco se ve el torreón de un castillo cercano: pasan los carros con la trasera atada con un toldo; otros pesados, tirados por bueyes, abarrotados de cubas de vino.

Las mancebías.

Tienen éstas las puertas aporreadas de los aldabonazos, de tantas llamadas intempestivas, saliendo corriendo el que lo hace; por eso cierran media puerta, que se parece al burladero de una plaza de toros. En la puerta de una de ellas está sentada una vieja, que cierra el paso a un hombre que quiere entrar dentro. «No se puede pasar; la «Chuchi» está en el hospital; vete a verla allí.» Después de esta contestación, se retira avergonzado, pegado a los portales de las casas. Los chicos de la calle miran con admiración pararse en los portales a los hombres del pueblo, despatarrados, hablando con ellas y palpando el dinero en los bolsillos para entrar dentro.

Estas pobres mujeres reciben cartas lejanas de sus parientes y de alguna amiga de su profesión: «Sabrás que se ha suicidado la «Manca de Tetuán». Las estupendas colchas rameadas con dibujos, que parecen una granada abierta, tapan sus portales; ya van perdiendo el color y poniéndose amarillas de tantos lavados. Por dentro vemos los tramos desgastados que conducen a los cuartos de arriba; subimos; un cántaro está en el quicio de una ventana tomando el fresco de la calle; las pisadas resuenan en los cuartos de abajo; en una sala están peinando a una mujer amarillenta, con la espalda desnuda y blanca de no darla la luz; se abre una puerta, y en su hueco obscuro vemos muchos brazos y espaldas morenas, como mozas de campo de mujeres medio desnudas; miramos una habitación con un baúl derrengado y muy baja de techo; tiene una ventana un agujero con una cuerda para tirar y abrirse; pensamos que esta ventana no dará a ningún paisaje espléndido de Zamora. Bajamos la escalera; techos bombeados por la humedad y cromos canallescos en las paredes.

La iglesia del Hospital.

Al entrar en esta iglesia, se está celebrando el oficio de tinieblas; se ve un monumento en medio de ella y unos tenebrarios con varias hileras de largos cirios.

En el muro de la pared, muy alta y blanca, debajo de una reja pequeña, hay un arco grande enrejado; lo tapan unos velos negros para que no entre la luz; en medio hay un facistol con libros, iluminados por cirios; las monjas viejas, sentadas en la sillería del coro, con hábitos morados y cubiertas las cabezas de crespones, canturrean una salmodia en latín con voces compungidas como dueñas doloridas.

Por un pasillo se entra a otra iglesia de elevados muros, donde se abren algunos balcones; unas señoritas, las doncellas nobles del colegio, con uniformes negros y cuellos almidonados, miran el monumento, que tiene las iniciales de María, hechas con hileras de cirios; algunos de estos balcones dan a las habitaciones interiores del hueco oscuro de la puerta; sale una monja pasando las cuentas del rosario; lleva muchas llaves a la cintura, y se sienta en una de las sillas, asomada, viendo la iglesia, donde entran a rezar y ver el monumento los grupos escolares de niños y niñas de colegios pobres y humildes.

La ermita de Jesús el pobre.

Encima de unas parihuelas para llevar en la procesión, se ve un Cristo metido entre las sábanas; está hasta medio cuerpo desnudo, como hecho de un tronco de árbol, con las manazas abiertas para arriba, como para abrazar y apretar entre sus brazos a todos los pobres y enfermos que le fueran a contar sus penas.

Cerca de él, desde el púlpito, un cura pronuncia un sermón patético; habla de pestes, inundaciones y plagas que han de caer sobre el mundo; en el altar, vacío, donde colocarán otra vez la urna después de la procesión, está rodeado de exvotos, muletas, cabestrillos, escapularios y rosarios y una larga vitrina; tras el cristal se ven muchas trenzas, con flores de trapo y cintas de desmayado color y trozos de flequillos de niñas; al verlos, adivinamos sus frentes descoloridas y sus caras del color de la cera; en una trenza, rubia y empolvada por los años, cuelga, atado de su punta, un papel que dice:

Recuerdo al Santísimo Cristo,
en los últimos días de vida de
la joven Felisa Barbero Stevez,
a los diez y ocho años de edad.
Zamora, marzo de 1890.

El lavatorio de pies.

Los ventanales de la Catedral en estos días de Semana Santa están tapados por cortinas negras o azules que no dejan transparentar la luz, y esta penumbra da al templo un aspecto triste y de tragedia; los cirios, todos encendidos; en las lamparillas se va consumiendo el aceite, que chirria en sus vasos de cristal con crujidos extridentes y débiles gemidos, al pie de un Cristo cubierto con un velo negro que hay delante de un altar tapado por tela morada. Entran en la catedral los hipócritas seminaristas, con manteos negros, y a ambos lados de los hombros tienen vueltas de seda roja. Los canónigos bostezan y se estiran para desperezar un poco su animalidad, se sientan en sus butacas, dispuestos a berrear después de esta ceremonia. Sobre caballetes de madera hay una tarima, donde están sentados en sillas diez viejos pobres con largas capas negras con esclavinas forradas de morado; entre sus rodillas apoyan los bastones y cachabas; todos tienen en la mano el sombrero negro de alas anchas. Entre estos viejos los hay muy encorvados, con el pelo blanco como la nieve; otros, que se conservan más fuertes, con el pelo duro y canoso y grandes calvas; los hay defectuosos, tuertos o jorobados. Esta tarima está colocada frente al altar mayor, y el corro, donde hay apiñada una gran aglomeración de gente del pueblo, los

chicos se suben por los hierros de la verja, y todos quieren presenciar el lavatorio, que empieza con una plática un cura delgado y alto; después de pronunciar alguna frase en latín, dice:

Dios lavó los pies de los Apóstoles, como debéis vosotros lavaros todos los miembros, para que os halléis con la penitencia limpios de pecado, para que no caminéis por el camino del odio, con los pies limpios y el alma limpia también del pecado y os améis los unos a los otros. Dios murió de amor por todos; en el momento más culminante de su sermón se quita el bonete, y los canónigos y prelados el virrete. Los pobres escuchan demostrando mucho interés y asintiendo con la cabeza, mirando a los aldeanos, para que vean que ellos comprenden bien estas frases; los más ancianos, durante el sermón, se han quedado dormidos con las manos cruzadas; otros se apresuran a desatarse las correas de los recios zapatones para tenerlos sueltos y no hacerse esperar; uno se ha descalzado ya un pie y lo esconde en la otra bota; estos viejos no llevan calcetines para hacer más breve el momento del lavatorio; tienen los pies aseados un día antes. Mientras se hacen estas ceremonias preparatorias, el sermón y la reserva, esperan la llegada del obispo. Cuando éste llega, le abren paso dos maceros, que apartan a la muchedumbre; detrás van los sacristanes y los curas con largas varillas de metal, en las que lucen pequeñas velas. El obispo sube a la tarima; es muy pequeño, y encogido por la edad y medio durmiéndose, se arrodilla encima de un almohadón de terciopelo rojo; un monaguillo lleva una palangana de plata, el obispo moja sus manos en el agua y lava los pies del primer pobre. Algunos se suben los pantalones y se remangan los calzoncillos, como esperando a que les laven también las rodillas, llenas de roña; luego les regalan, de un cesto, un pañuelo, que les dan a besar; ellos palpan el pañuelo por la punta, para ver

si están cosidas las dos pesetas que les dan y guardárselas en sus bolsas de cuero.

El osario de Zamora.

Es éste una casa baja, de paredes blancas de yeso, donde los chicos han pintado con carbón caras y monigotes; tiene una gran ventana en su centro, con columnas de madera pintadas de añil y una chapa de hierro, cerrada su cerradura por un candado; en el fondo de esta cueva se ve un montón de calaveras, tibias, rótulas, choquezuelas, pelvis sueltas y huesos sacros. Estos huesos, que en sus agujeros y cavidades se albergaron tantos gusanos, que comieron su podrida carne. También se ven algunas momias recostadas contra la pared; la cabeza, hundida, como durmiendo de pie; otra, tan agachada y retorcida que su cabeza toca con las puntas de los pies, como si quisiera comérselos de lo rabiosa que está; otras parecen reir, viendo el boquete abierto de su boca.

En las esquinas del osario se ven encima de unos zócalos de tablas unas maderas de forma de lanza con calaveras y tibias cruzadas.

Entre el montón de calaveras hay aceiteras rotas y latas de pimientos y algún sombrero hongo y agujereado, que han tirado los chicos.

¿Cómo han llevado aquí a estos difuntos? ¿De quién serán estas calaveras? ¡Cuántas damas ilustres zamoranas estarán perdidos sus huesos con los de algún pordiosero, cuando la muerte le agarró del rostro barbudo y de la capa en medio de la carretera y no le dió tiempo de entrar en el pueblo! ¡La calavera de algún cardenal, la de algún rey confundida con la de algún carretero o tendero!

Este osario tiene un olor frío de humedad y cementerio que trae las emanaciones de los féretros podridos y desclavadas las maderas, que conservan al difunto dentro, de los cementerios abandonados al derrumbarse sus nichos.

En las paredes, por fuera de este osario, se ven los excrementos de la gente que viene allí a hacer sus necesidades.

Los curas pobres.

Son estos hombres algo anticuados y pasados de moda, tanto en su espíritu como en la indumentaria. Llevan sombreros con el felpudo caído; sotanas de color verde, parduzca, color de ala de mosca, que ha sido negra en algún tiempo, zurcidas, con muchos hilachos en las bocamangas; los botones se les caen, y no cuidan de guardarlos, pues su cabeza está ya muy desmemoriada. Esta gente humilde vive en un pueblo apartado, y no medran en su carrera; cuando entran en el palacio del obispo lo hacen con la cabeza baja, sujetando su sombrero de teja en sus manos temblorosas, y se asustan del lujo y se avergüenzan. Ellos no tienen nada que ver con estos cardenales que llevan encajes y faldas como las señoras llenas de puntillas.

Si alguna vez van a Roma, vuelven con la fe más perdida, escandalizados y más cohibidos del lujo que gasta el Papa y sus cardenales, para enterrarse más y más en su pueblo, en las paredes de yeso de su casa; miran las pieles de gato o conejo rellenas de paja y colgadas de unos clavos, con las orejas secas y tirantes; su pelo ya está caído y enseña la pelleja. Estas pieles, que pusieron a secar siendo jóvenes, no les hacen tanta gracia al verlas, pero las dejan

donde están, y las tiran de las orejas y les entretienen un rato (nada ha de cambiar de su sitio).

Estos curas son muy madrugadores; sus gafas marcan ya una sombra en sus sienes, porque se van hundiendo; guardan en el bolsillo una petaca de cuero aculatada y ennegrecida por sus dedos, y un gran pañuelo de hierbas, que sacan de vez en cuando de su sotana para limpiarse la moquita. El estuche de los lentes, que se abre de golpe sobre la mesa, se va quedando viejo. Sus manos se van haciendo huesosas y los dedos algo separados, pero son muy expresivas, llenas de venas gruesas y salientes; cuando no las apoyan en algún sitio fijo, les tiemblan como si tuvieran el baile San Vito.

Alguna vez estos curas, por desgracia, cuando son jóvenes, tienen un hijo con una criada o el ama de llaves; éste suele ser un bárbaro que juega a los bolos, pero que tiene la misma forma de nariz y le sale muy parecido; entonces le señalan con el dedo en el pueblo.

Él da un puñetazo sobre su mesa, y abre un arcón, tirando de unas cuerdas por agarradero, y abre los cajones; no hay dínero ni tabaco. Baja a su huerto, y coge de una panocha una hoja de maíz y, revolviendo sus bolsillos, hace un cigarro.

Ya no tiene más que lo que le da alguna misa y las limosnas que recoge en un plato de cobre con una cruz; los Santos de su iglesia, las damas distinguidas del pueblo los quieren cambiar por nuevos, diciendo que los viejos son horribles y atemorizan a todos; él cierra los puños, y las dice que nunca se cambiarán por otros mientras viva.

Se va haciendo amigo del zapatero, su vecino, y allí pasa toda la tarde hablando y juntando los dos sus calvas cabezas; él se quita las botas, donde los juanetes y los callos han dejado su molde para que le haga una nueva remendadura; las orejas se le van desprendiendo, como si quisie-

ran marcharse de su cabeza. Va quedándose poco a poco como un esqueleto, macilento y triste, pero siempre protestando del lujo y de las innovaciones de otras iglesias; mas la de él seguirá siempre lo mismo hasta que se muera.

La partida.

Cuando me despierto, al otro día me encuentro en el cuarto de la fonda, algo sin humor y envejecido; desde la cama veo, en medio de la habitación, mis botas caídas para un lado, tanto conservan la forma de los pies, que resultan tristes; también están cansadas, como yo; ya es hora de volver a casa, me he dicho, de ir a Madrid; has andado mucho y dado bastantes vueltas.

Salgo a la calle: recorro algunas tiendas de muestra, en una veo un sombrero de labrador, clavado a la puerta ha perdido el color de estar a la intemperie; a su lado, dos zapatos muestran sus suelas, remachadas con gruesos clavos puntiagudos; del techo cuelgan alforjas y trenzas de cáñamo; también vemos los calcetines gruesos de estambre verde, para ponérselos debajo de los zuecos de madera; cerca del mostrador hay ruedas de piedra de molino, que parecen hundir la tarima con su peso. Muchas varas de avellano, cayadas de pastor y unas cachiporras, bastones muy historiados, donde en la madera muy dura el filo de la hoja de un cuchillo ha dejado sus labrados.

En medio de la calle, en un potro de recios tablones como tronco de árbol, en su centro de una cadena sujeta a una correa que cruza su testuz, cuelga un buey de mucho peso. Por la panza tiene un cinturón, que sube con unas cuerdas al techo de la horca; sus piernas traseras es-

tán abiertas y las tiene amarradas a dos estacas clavadas en tierra; un hombre, con unas tijeras. le corta las uñas para herrarle; en un tronco de árbol, agrietado el sol y más por el fuego del hornillo, se ven las tenazas; el hermoso animal, con sus enormes cuernos, mueve las orejas para espantar a las moscas y babea como un toro; con sus patas delanteras da sacudidas como queriendo soltarse de la cadena y poder embestir; viendo la inutilidad de su esfuerzo, abre la boca bondadosamente, se relame la lengua, y estirando sus cuatro patas y abriendo las piernas, se ensucia, llenando el suelo de buen pasto, para el campo que les regala a los dos buenos amigos que le van a poner zapatos nuevos. Estos hombres, altos y fuertes, honrados y trabajadores, se secan el sudor con la palma de la mano; su camisa abierta deja ver su peludo pecho; la boca resalta entre los pelos negros y fuertes del bigote y la barba, difíciles a la navaja del barbero; después de su trabajo, cuando el buey, contento, se ha sentado, abrazan la cazuela y se ponen a comer; llevan a la cintura unos cinturones de piel de toro; parecen tipos pintados por Zuloaga.

Zuloaga.

Es difícil al viajero que recorra estos pueblos españoles y que vaya con el espíritu despierto para ver y sentir que el recuerdo del gran pintor vascongado no se apodere de él.

Unas veces nos sale al paso con la creación de tipos recios y rotundos como tallados en maderas; son esos alcaldes o caciques de los pueblos con sus capas harapientas,

pardas y pesadas como mantos de reyes, y que empuñan la vara de la justicia o un cirio con sus manos membrudas, llenas de rayas en que parece haber dejado una huella a través de los años la tierra de Castilla.

El alcalde de Torquemada, la figura más recia de la pintura moderna. Otras nos asalta su recuerdo en las bárbaras capeas de los pueblos de Sepúlveda, Medina del Campo, en que las barreras están sustituídas por estacas y fuertes carros de labranza desaparejados; y no tardamos de nuevo en encontrarnos en los soportales de los viejos pueblos españoles Segovia, Avila, Zamora; aquí volvemos a ver de nuevo las viejas capas españolas, esas capas que se confunden con el color de la tierra, tan españolas, únicas, tan distintas de las andaluzas petulantes, cortas, de embozos chillones, llenas de bordados y flamenquismo, la capa adulterada de nuestros antiguos chisperos y manolos.

Oras veces nos lleva más allá, nos traslada a Andalucía, la calle del Amor; los vendedores de flores, los sombreros paveros anchos y garbosos, las chaquetas cortas con coderas, los pantalones ceñidos y abotinados y las caras morenas y cetrinas, y sus admirables mujeres llenas de gracia y donosura; cómo se recogen la falda a su cuerpo y a sus muslos; con qué gracia enseñan las enaguas planchadas y bordadas viéndose las medias picarescas y sus menudos y bien calzados pies; ¡qué faldas las de estas mujeres, llenas de volantes, de telas chillonas y ligeras, rameadas de flores o de lunares, telas que no pesan y que parecen hechas para que luzcan mejor sus cuerpos ondulantes y garbosos! y esos pañuelos de gitana que anudan a su cintura, rojos, verdes y amarillos; qué bien hacen con los rojos y reventones claveles en sus negras cabelleras y el continuo chirriar de sus inquietos abanicos.

A todas ellas las veremos más tarde en las silenciosas y apartadas rejas de sus calles, rejas conventuales pero llenas

de flores, y en que a través de sus hierros, a la luz de un farol o en las noches de luna, vemos brillar una cara morena como una dolorosa, y unos ojos negros y tristes que se clavan a nuestro paso; son estas mujeres que al día siguiente se compondrán y acicalarán unas a otras con todos sus cariños para asistir a las corridas.

Pero Zuloaga salta pronto de Andalucía; la comprende y admira, pero no la quiere; necesita de Castilla, de su amada Castilla; aquí adquiere toda su fuerza, se siente más fuerte él, y aquí nacen sus obras inmortales «El Cardenal», «Las brujas de San Millán», «Torerillos de pueblo», «Gregorio el botero», monstruo de pesadilla, contrahecho, ridículo, espantable. con sus manos torcidas, manos de manco; una apoyándose en un enorme pellejo, y en la otra un jarro de barro, en que parece ofrecer el vino a todos los bebedores; vino de discusiones, de reyertas, de pendencias, de crímenes. La víctima de la fiesta el cielo negro y de pesadilla en que se destaca un viejo bárbaro y cansado, con la lanza mirando al suelo: nuevo Quijote sin ideales que nunca conoció un día de gloria, y triste rocinante este viejo caballo, que produce pena y que parece ha de estar recorriendo estos viejos pueblos de España entre las rechiflas y el aplauso de un pueblo bajo y cruel.

De esta Castilla salió su obra magna «El Cristo de la sangre», exangüe, enfrente de este pueblo español que tan bien lo ha comprendido. Avila, pueblo amurallado, recio, fuerte, mucha piedra, seco, con su aire frío, que corta como la hoja de un cuchillo, y en que volvemos a ver de nuevo las recias capas y sus curas con gafas, cenceños malhumorados, atrabilarios, como sus piedras y sus murallas.

A Zuloaga no basta ésto; viajero incansable, va recorriendo los pueblos y creando sus paisajes, que unas veces son los admirables fondos de sus retratos Toledo, Avila, Sepúlveda, Segovia, y otras veces el paisaje escueto, sin

figura, La Virgen de la Peña, Motrico y tantos otros, creando y moldeando con sus manos de gigante esta España, que ha hecho ver a los cegados ojos de pintores y escritores, y a la que irá unido con su nombre inmortal.

EPÍLOGO

EPÍLOGO

Después de este largo viaje, me encuentro por fin en casa, un poco cansado, más envejecido, algunas canas brillan en mis sienes y la juventud parece que quiere despedirse de mí.

Tengo mi vieja maleta abierta en medio de la habitación, toda revuelta, por la que veo asomar alguna ropa y muchos papeles, apuntes de viaje, los que tendré que poner en orden.

Más lejos, y apoyándose en la pared, están mis botas; ahora que me he librado del tormento de ellas, parece que las aprecio más; están deformadas, y casi no conservan la suela; los tacones enormemente torcidos; han andado mucho.

En un testero, y enfrente de mí, está el cuadro de la reunión de Pombo; son los buenos amigos del café, a los que mando mi primer saludo. Es un cuadro a medio conseguir, y ahora verdaderamente siento el no haberle podido dar una forma más acertada y más decisiva. En el centro está nuestro querido amigo Ramón Gómez de la Serna, el más raro y original escritor de esta nueva generación. Está puesto en pie y en actitud un poco oratoria; recio, efusivo y jovial. un tanto voluminoso, pero menos de lo que deseamos verle, para completar su gran semejanza con un Stendhal español o un nuevo Balzac de una época más moderna y me-

nos retórica; cerca de él está su cartera, esa buena amiga que siempre le acompaña llena de pruebas de imprenta y dibujos que hace rápidamente para ilustrar sus escritos son comentarios gráficos admirables, siluetas rapidísimas llenas de humorismo y amenidad y que dan un encanto más a los artículos que publica casi diariamente en *La Tribuna* y *El Liberal*.

A su lado Bacarisse, Coll, Bartolozzi, Cabrero, Borrás, Bergamín, Abril, y encima, el prodigioso espejo de Pombo, este espejo cinematográfico, cuya luna patinada cambia constantemente de expresión; unas veces nos sugiere ideas antiguas, nos transporta a la época de Larra; los viejos con grandes levitones y las enormes chisteras, los fraes, las corbatas de muchas vueltas y los chalecos rameados, de los que cruzan las pesadas y largas cadenas de oro.

En las mujeres las faldas ahuecadas de seda magnífica color de plomo, cuyas boquillas y pliegues resuenan duras, como si fueran de hojadelata; en otras los tonos desmayados violetas y verde de hojas secas; por todos los volantes, desde el pecho, cuelga una hilera de flores de trapo, que tienen más aroma que las flores vivas, porque al pasar un siglo parece que cobran vida en los maniquíes de los museos, lo mismo que sus abanicos de plumas, los añadidos de sus rizos y sus zapatos con hebillas de acero, que brillan como diamantes. Época romántica de largas melenas y barbas que se iban comiendo el color de sus caras, descuidándose en un mar de placeres y fiebre de verdaderos suicidas, borrachera, vino y mujeres, óperas de Rosini cantadas por Ronconi y la Malibran.

Otras veces, este espejo se rejuvenece, y en los calurosos días de verano, en los meses de julio y agosto, cuando las puertas del café están abiertas, vemos pasar por ellas los tranvías iluminados y atestados de gente los automóviles silenciosos y ligeros y los coches de punto, tirados por es-

tos caballos siempre viejos y cansados, y ya más en las altas horas de la noche, los transeuntes que cruzan por las aceras o en el empedrado de la calle. Pero este cuadro resulta pobre; faltan grandes artistas; donde están Iturrino, los hermanos Zubiaurre, Bagaría, Maeztu, Rusiñol, Romero-Calvet, Victorio Macho, no puede dar idea ninguna de su animación, de esas mesas que se van llenando de contertulios: Vighi, Espinosa, Llovet, Jiménez Aquino, Heras, Guillermo de Torre, Alberto Hidalgo, Garza Rivera, Isaac del Vando-Villar, Pascual, Alcaide de Zafra, Pepe Argüelles y tantos otros. A veces, en Pombo, se hace el silencio; aparece por él algún músico que nos deleita un rato, se comentan las excelencias de la guitarra española y portuguesa y hasta se hacen comparaciones. Pero los grandes días de Pombo son los que Gómez de la Serna lanza un nuevo libro; es un escritor infatigable; con facilidad pasmosa se suceden sus admirables obras: *El Rastro*, *El Circo*, *Senos*, *Pombo*, *Muestrario*, *El libro nuevo*. Los reparte con gran generosidad, y siempre hace el milagro de encontrar un nuevo ejemplar para el contertulio más rezagado.

Al lado de este cuadro están otros míos más antiguos; son procesiones de los pueblos encapuchados, cirios, escenas de pobres y hospitales, cuadros negros y tristes, y que a estas horas de la noche parecen serlo más. Encima de esta antigua mesa está, llena de polvo, mi caja de colores; este olvido me indigna un poco; mi obra me parece pobre e insuficiente; hay que romper con lo superficial y la bagatela; llegar al mismo crimen si fuera preciso. Para distraerme de estos malos humores, abro esta cartera de láminas y dibujos de artistas, a los que tengo cariño. Aquí aparecen de nuevo las viejas láminas de Charivari y la Caricature; son litografías de Gavarni y Daumier; algunas en color; Gavarni hizo admirables tipos de mujer, sobre todo en sus máscaras; estas mujeres pequeñas llenas de gracia,

vestidas de marinero, algo culonas y con pantalones, que se ciñen fuertemente a sus caderas y que las dan una gran sensualidad; suelen llevar unos sombreros de copa baja y unos lazos muy coquetones; también vistió a algunos animales con trajes femeniles, principalmente las ratas; pero siempre viéndose en ellas el admirable tipo creado por él, esa mujercita pequeña, sensual y alegre. También hay algunas litografías de Deveria; una de ellas representa un baile; es un salón grande con columnas y cortinones. La amplia estancia está iluminada por las velas de una araña de cristal que pende del techo. Una joven toca un piano anticuado, a la que dirige cumplidos, mientras tanto un joven caballero, y a su derecha una jovencita, que empieza a ser mujer, le vuelve cariñosamente las hojas del libro.

De la pared cuelgan algunos cuadros con marcos Imperio, y la sala la ocupan una porción de parejas que bailan. Los caballeros, con frac, corbatas de dos vueltas, y unos pantalones, que se ciñen a sus piernas como si fueran medias, y unos pies inverosímiles y femeniles. Ellas, muy descotadas; las mangas abombadas, y las faldas llenas de volantes; los peinados, complicados y llenos de lazos, que hacen más voluminosas el tamaño de sus pequeñas cabezas. Lo más admirable de estas mujeres son sus cuellos; unos cuellos largos y finos colocados sobre unas redondas espaldas que parecen estar pidiendo besos.

Pero muy superior a Gavarni y Deveria, es Honoré Daumier; este caricaturista es uno de los más grandes artistas franceses; es el más creador y literario, es el Balzac del lápiz; pero la mayoría de las veces lo supera por ser más conciso. Por sus dibujos va desfilando toda la vida francesa de su época: los mercados cuando se abren, las limpiezas de París casi al amanecer, los trasnochadores, las escenas callejeras, el organillero, el carnicero, los políticos, los bur-

gueses, la vida del teatro. Unas veces exagerado, otras deforme; pero siempre grande y humano. Yo le veo con su cara rasurada, envuelto en su abrigo, con sus melenas blancas y rebeldes bajo las alas de su enorme sombrero de copa, su traje algo aviejado, con su cartera debajo del brazo, llena de dibujos inmortales, camino de su casa; ya anciano, cargado de hombros y cansado, después de una noche de insomnio y trabajo en una redacción de un periódico, de París, entrar en una modesta casa, donde una portera, casi centenaria, acaba de abrir el portal y empieza a hacer la limpieza.

Daumier habla bondadosamente con ella, se interesa por su salud y comienza la subida de una interminable escalara. Ya, por fin, llega el gran artista, busca en el bolsillo del paletó la llave, la introduce en la cerradura con el pulso algo temblón, y después de cruzar un pasillo lleno de cuadros—unos con cristal, otros clavados con chinches—, llega a una pequeña habitación, deja la cartera sobre una mesa, se desnuda rápidamente y se mete en la cama. Un gato negro, que es el único que le espera, salta sobre ella y se acurruca a sus pies. Daumier le llama por su nombre y le acaricia las orejas; luego, se duerme.

En algunos grabados de Hogarth, se ve una obra desconcertante; unas veces da la impresión de un moralista que arremete con todo para poner en ridículo las flaquezas y debilidades humanas; otras veces lo hace contra la crueldad con grabados tan crueles como ella misma; otras, el admirable pintor y dibujante se nos muestra como un caricaturista grotesco, y hasta grosero, pero siempre original y como un enorme artista lleno de exquisitices y elegancias, con sus casacas, sus espadines, los lunares, las tabaqueras, las pelucas empolvadas; la sensualidad: una media al descubierto, un pecho blanco y admirable de mujer escapado

del corpiño; en fin, tras él iba todo el admirable y galante siglo XVIII.

El gran pintor de los retratos impecables, y, en una palabra, Hogarth, es algo desconcertante y genial.

Las aguas fuertes de Rembrandt era algo maravilloso y difícil de explicar; es el Shakespeare del grabado; tiene, como éste, la pujanza creadora; es algo enorme en riqueza pesadilla y claro obscuro. Unas veces lo muestra en una cortina en pliegues, pesada y fastuosa pieza rara y única tejida en la India, tras la que asoma una figura que se destaca en un claro obscuro tan brutal, que no se sabe qué admirar más, si lo que se ve o lo que se adivina.

A veces cubre una mesa un tapete con ricos bordados de oro y plata; sobre ella, una copa de nácar, cuyas asas y pie de oro parecían estar tallados por un Benvenuto Cellini; a su lado, en un rico sillón, está sentada una mujer rubia; el pelo, formando una especie de melena, sujeto por perlas, y las mangas y el traje recamados de bordados de oro y perlas: toda la suntuosidad de Venecia y Oriente juntos. Otras eran enormes elefantes, sobre los que cabalgaban indios con sus turbantes y cimeras de plumas. Luego los síndicos, con sus bastones, agrupados alrededor de una mesa cubierta de rico tapete, y destacando sobre pesadas cortinas sus trajes de terciopelo y seda. Este comerciante, con su rica mesa, pesando las monedas de oro, los sacos y cofres de mil complicadas cerraduras, y un paje arrodillado, presentándole una bolsa.

Luego, un vulgar soldado, ya viejo, de bigote cano y recortado, y con un casco de oro en su cabeza, que valía por todo un pueblo.

La madre del autor, surcada su cara de arrugas, apoyadas sus manos tumefactas en un bastón, cubierta de pieles y ricas preseas.

Estos viejos mendigos llenos de harapos, con la cabeza

inclinada hacia el suelo. Tipos populares: el vendedor de ratas muertas; el pobre violinista; el viejo tuerto, cojo y manco, apoyado en un palo; el mendigo calentándose, y la vieja friendo huevos.

También tengo en esta cartera algunos grabados que no he visto nunca en las obras que tratan de Rembrandt; sólo un genio puede tratar estos asuntos sin caer en la grosería y en la vulgaridad, este hombre y esta mujer haciendo sus necesidades cara a cara del espectador y no resguardados por una pared, como lo hacía Teniers en sus cuadros de costumbres, y este hombre admirable, grabado humorístico que representa un fraile algo calvo y con la capucha colgando, fornicando con una monja, a la que tiene fuertemente aprisionada entre sus brazos; una sandalia se le ha salido del pie en estas refriegas al reverendo padre. De fondo le sirven a esta escena unos maizales, y a lo lejos se ve a un hombre con una hoz en la mano, entregado tranquilamente a las faenas agrícolas del campo.

Luego aparece esta lámina estupenda: el retrato de don Francisco Goya y Lucientes, el mejor pintor del mundo y el último aldabón de la pintura antigua y moderna. Goya, en este retrato, lleva su gran levitón gris y su inseparable sombrero de copa.

En esta otra habitación atrae de nuevo mi atención esta vitrina, llena de figuras mejicanas. Se las mandaron a mi padre de este país. Están hechas en cera, revestidas de trapo. Son tipos populares: vendedores de pulque, de cacharros de barro, de pájaros, de sombreros de paja, y todas tienen un gran carácter y expresión.

De esta pared penden dos admirables obras de Regoyos, pertenecen a su juventud; una representa una escena familiar, y está hecha con todo el cariño y emoción que este gran artista ponía en sus obras; seguramente lo presentó hace muchos años en alguna Exposición de Madrid, y pasaría des-

apercibido, rodeado de los cuadros de historia entonces en boga y de la banalidad de las pinturas detallistas a lo Fortuny; esta mala acogida le acompañó siempre en las Exposiciones madrileñas formada por jurados ineptos para poder comprender la emoción y el arte de su pintura al lado de tanto lienzo de relumbrón y oropel.

El otro cuadro sen las inmediaciones de una estación; pertenece a ese género de pintura que Regoyos llamaba su época negra; está hecho en Bruselas, en este pueblo donde encontró franca acogida y cordialidad y se admiró en lo que valía su genio.

En este momento, y al mirar sus obras, me acuerdo de la persona de Regoyos y las conversaciones que tuve con él tres o cuatro veces; era yo entonces muy joven, pero pude admirar, en parte, lo que valía su entusiasmo y cariño por el arte, y su alma noble y generosa, quizá un poco infantil. Ahora puedo reconocer en su verdadero valor la obra de Regoyos; está un poco secuestrada, y en poder de coleccionistas y es necesario darla a conocer para poder comprender lo que vale este gran artista, que ha de tener una trascendencia única y definitiva en el paisaje español.

FIN

INDICE

	Páginas
Prólogo de un muerto	9
Santander	17
Un entierro en Santander	29
La feria	39
El tiro del tonel	46
El pim pam pum de la risa	46
El Museo de figuras de cera	47
Las figuras mecánicas: Potoloschy y su sory	50
Los clowns malabaristas	50
Las demás figuras de cera	51
El Sagrado Corazón	55
La procesión	59
Santoña	63
El presidio	67
Las demás salas del penal	70
Los locos	73
La corrida de toros en Santoña	75
Romería de la Aparecida	79
Medina del Campo	89
El pueblo	93
Valladolid	101
El museo	111
Los bajorrelieves anónimos	112
Las esculturas de Berruguete, Juan de Juni y Gregorio Hernández	114
Gregorio Hernández	175
La Plaza Mayor de Segovia	119
Avila	129
El mercado	135
Las monjas	137
Las solitarias de Avila	138
La ermita del Cristo de las embarazadas	139
La casa de Santa Teresa	141
Las murallas	144

Páginas

Oropesa..... 149
Entrada en Oropesa..... 152
La pesadilla..... 153
Museo de cerámica de Oropesa..... 157
Los hombres de Oropesa..... 161
Las mujeres..... 162
Las calles..... 162
La boda..... 166
En plena fiesta..... 167
Camino de Lagartera..... 168
Tembleque..... 173
Los carreteros de Tembleque..... 182
Los carros..... 183
Las mulas..... 184
La marcha..... 185
Plasencia..... 187
La taberna taurina de Plasencia..... 193
Las mujeres de Plasencia..... 194
Salida de Plasencia..... 195
Calatayud..... 199
Entrada en Calatayud..... 201
Los cafes..... 202
Las calles..... 205
La plaza de la Constitución..... 207
El pregón..... 212
La procesión..... 213
Terrier..... 219
La degollación de los inocentes..... 220
Zamora..... 223
En la plaza de la Puebla..... 228
El hospital de San Lázaro..... 229
La catedral..... 230
Las mancebías..... 232
La iglesia del Hospital..... 233
La ermita de Jesús el pobre..... 234
El lavatorio de pies..... 235
El osario de Zamora..... 237
Los curas pobres..... 238
La partida..... 240
Zuloaga..... 241
Epílogo..... 245

University of
Connecticut
Libraries